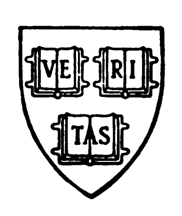

VE
RI
TAS




BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CONSEJO DE CIENTO, 259. — BARCELONA



IRENE ALBAR

NOVELA CUBANA

POR

EUSEBIO GUITERAS

TOMO PRIMERO





AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA
Trocadero, 28. — HABANA

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CONSEJO DE CIENTO, 259.
AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA—TROCADERO, 28—HABANA

IRENE ALBAR

NOVELA CUBANA

POR

EUSEBIO GUITERAS

TOMO PRIMERO.

BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
21 Y 23, ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1885

IRENE ALBAR

CAPÍTULO PRIMERO.

LA ESTRELLA GADITANA.

Por los años de 1838, en una mañana de noviembre, apiñábase la multitud en el muelle de Caballería de la Habana, para ver entrar la fragata *Estrella gaditana*, procedente de Cádiz. Millares de ojos, llenos de la más viva ansiedad, se fijaban en ella, mientras lenta y trabajosamente venía por el angosto canal de la boca de la bahía, presentando el espectáculo desastroso de la nave que acaba de ser combatida por la furia desatada de los elementos. La pérdida del botalón de foque

privaba al casco de toda la gallardía de su arquitectura; de las bordas colgaban en desorden jarcias desgarradas, arrastrándose en las aguas de una mar picada y gorda que reflejaba la celajería cenicienta del cariz amenazante. En la cubierta de la cámara de popa, desnuda de cuanto se dispone para la seguridad ó comodidad de los pasajeros, formaban éstos diversos grupos; y pintábase en los rostros de todos, áun en medio del gozo de verse ya seguros en el puerto, la expresión asombradiza que señalaba las angustias sufridas.

No así, por cierto, habíase presentado la *Estrella gaditana* tres días antes frente á las majestuosas rocas que ciñe la corona mural del famoso castillo de los Santos Reyes del Morro. Después de un corto y felicísimo viaje, al caer de la tarde, llegó ante ellas, brillante como el pájaro de los trópicos, bella con la belleza que dan el escrupuloso aseo y el orden más esmerado. Su llegada había sido anunciada por el telégrafo de banderas del castillo; y las familias, los amigos de los que á bordo venían, se prometían con júbilo verse dentro de pocas horas en los brazos abiertos por el cariño. No era ésta, con todo, sinó una vana esperanza, como suelen serlo áun aquellas que se nos ofrecen con los colores de la reali-

dad. El viento contrario impidió que la fragata entrase antes de la hora señalada por las ordenanzas que en la plaza regían, y fué preciso dejarse correr á la mar. La noche cerró amenazadora; y antes que trascurrieran muchas horas, la malhadada embarcación, sin más velamen que el de las gavias, y ese con los rizos cogidos, crujía con el embate de furiosas olas, y se apartaba con desenfrenada rapidez de las deseadas costas.

Los pasajeros, que habían hecho todos los preparativos necesarios para ir á tierra, tuvieron que bajar de nuevo, mustios y descorazonados, á la cámara, y encerrarse en ella para trocar en breve tiempo el digusto y sinsabor de lo que al principio no parecía sinó un contratiempo, por la zozobra y el horror de una situación que comenzó pronto á tomar el aspecto de desesperada. Cuando amaneció, lejos de calmar, el viento arreciaba más y más, corriendo con la velocidad del huracán; y la *Estrella gaditana* trabajosamente navegaba á una gran distancia al nordeste de la Habana. En vano el capitán y alguno de los pasajeros, hecho á andanzas semejantes, trataban de dar aliento y valor á los más tímidos; en sus propios rostros se pintaba la inquietud, sus ademanes todos decían en alta voz el riesgo que estaban corriendo en aque-

llos instantes. Apartemos, empero, los ojos de tan triste espectáculo, ya que no es nuestro ánimo describir detalladamente las horribles angustias de que fué teatro la combatida nave durante tres noches y dos días; ni tendría nuestra descripción interés ninguno para el lector, á quien hemos ya puesto de antemano en conocimiento del desenlace final, presentándole por delante á la *Estrella gaditana*, si bien en el lastimoso estado que hemos dicho, en el acto de tomar puerto con mejor fortuna. Preferimos, con mucho, trasladarnos en su compañía á la cubierta de la fragata, teniendo, como sin duda tenemos, la singular ventaja de no necesitar del auxilio de los barqueros que, con una mano en el remo y la otra alzada en señal de llamada, solícitos pululan en las gradas del muelle. Allí, junto al palo de mesana, cuyo tope, tronchado por el huracán, ha dejado el cordaje flojo y desordenado, queremos llamar la atención hacia el más interesante de los diversos grupos en que se hallan los pasajeros divididos.

Fórmanlo don Bernardo Albar, dueño de la fragata que tan á pique ha estado de jugarle una mala pasada, y su señora, con dos señoritas, por cuyos bellos labios á ojos vistas se conoce que pasa el suave y blando aliento de la primavera de la

vida. Están los cuatro apoyándose uno en otro, sin osar separarse un momento, como si estuviesen aún sobrecogidos del pasado temor y las ansias pasadas. La señora de don Bernardo estaba asida de un brazo de éste; y, pegadas á ella, las dos niñas se estrechaban las manos y juntaban los rostros pálidos todavía y atemorizados. Indiferentes al hermosísimo panorama con que la metrópoli de las Antillas suspende y deleita al forastero que llega á sus playas, los ojos de los pasajeros todos se dirigían con ansiedad hacia el gentío que, como hemos dicho, cubría el muelle; y se llenaba de animación cuando el flamear de algún pañuelo ó el agitar de algún sombrero daban á entender á los de á bordo que había allí quien los esperase y reconociese.

Pasando en tanto el muelle de Caballería, llegó la fragata frente al de San Francisco; y lanzando de su seno, á manera del gemir de un guerrero herido, el rechinido de la cadena del ancla, giró sobre ella según el viento la movía, y quedó segura y en reposo. Un centenar de botes, ligeros como disparadas flechas, se lanzaron al punto hacia la escala que dos marineros fijaban al costado del barco; pero, haciéndose á un lado, tuvieron que dar paso á la falúa del capitán del puerto que

venía, cubierta de su blanco toldo y dando al aire las ondas rojas y jaldes de la bandera nacional, impelida por el vigoroso y acompasado golpe de sus remeros. Apenas tocó la falúa la ya asegurada escala, cuando apresuradamente subieron á bordo varios individuos. Al poner uno de ellos el pié en la cubierta corrió con los brazos abiertos á una de las jóvenes gritando: «¡Hija!» mientras que otro, con no menos precipitación ni menores muestras de afecto, se dirigió á don Bernardo. Pronto la cubierta se vió llena de gente; los abrazos, los besos, las exclamaciones de alegría, de gratitud, expresaban con ardoroso anhelo lo que pasaba en tantos corazones unidos por el sentimiento del pasado peligro y la seguridad presente. La misma escena se representó en el muelle cuando desembarcaron los pasajeros; y la misma se repitió de nuevo en la casa de cada uno de éstos, cuando, pocas horas después, yacía la fragata inmóvil en sus amarras, disponiéndose para dejar pasar por las abiertas escotillas el valioso cargamento.

En la noche de aquel mismo día, concluída la retreta de la plaza de Armas, entraron dos jóvenes á tomar helados en el vecino café de la Lonja, que brillaba entonces con los colores de sus pinturas al temple, atrayendo á todas horas una

numerosa concurrencia, y que, hace ya fecha, cedió á otra industria sus espaciosos salones. Uno de ellos, el actual poseedor del título de conde de Palmasola, vestía con todo el rigor que á sus sectarios imponía la moda en los primeros años del segundo tercio de este siglo, cuando la revolución literaria y científica del romanticismo no se desdeñaba, en su efervescencia, de intervenir despóticamente áun en el vestido y ornamentación del hombre. Una larga cabellera rizada salía de los bordes del sombrero ligeramente piramidal del conde, cayendo sobre los hombros en bien dispuesto desorden: cubría la barba, negra como el pelo, toda la parte inferior de la cara; pero, á pesar de la parcial ocultación de las facciones que esta ausencia de navajas y tijeras necesariamente producía, tanto más cuanto era de rigor encasquetarse el sombrero hasta las cejas, notábase cierta altivez en el personaje de quien hablamos, la cual, tomando vida en los ojos, era como el sello de sus movimientos todos. Esta expresión armonizaba con sus formas atléticas, que francamente se dibujaban bajo la levita de paño abotonada hasta el cuello y el ajustado pantalón, ceñido por las trabillas al pequeño pié, cuyos puntiagudos zapatos, adornados de delicadas hebillas de

oro, dejaban ver el tinte encarnado de la finísima media de seda. Mucha semejanza con el conde de Palmasola presentaba su compañero, don Fernando Arenas; pero un escrupuloso escrutinio daba en este último por resultado un tanto de esa exageración de los preceptos de la moda que va siempre reñida con la sencillez, un si es no es severa, de la legítima y genuína elegancia. Pero en lo que ambos jóvenes materialmente formaban mayor contraste, era en los modos y movimientos, que son, por decirlo así, el énfasis del pensamiento: en el conde predominaban la serenidad y la mesura, mientras que Arenas cambiaba sin cesar de posición, paseaba la mirada por todo cuanto en su derredor había, y con innecesaria prontitud despachaba los helados que acababan de servirle.

—Yo también las ví al desembarcar,—dijo el conde, después de haber oído con un silencio un tanto desdeñoso una larga y entusiasta relación de su compañero;—pero no sabía que estuviese tan próxima la llegada de Carolina. Yo estoy seguro de que la familia no la esperaba.

—Así es,—repuso Fernando;—lo que es de fijo no se sabía nada de su venida en la *Estrella gaditana;* pero la esperaban por uno de los primeros paquetes de la línea... ¡Qué muchacha, Carlos!

Me ha dejado pasmado con su hermosura. ¡Qué ojos! en la vida he visto un par de ojos que brillen como los suyos. Además ¡qué modales aquellos! Nadie diría que es una niña que acaba de salir del convento. Te digo que va á ser la admiración de toda la Habana.

—¿Has hablado con ella?

—No, todavía no. Estuve en su casa esta tarde; porque, si he de decirte la verdad, la impresión que me hizo, cuando la ví desembarcar, fué tan grande, que estaba como fuera de mí. Pero me dí chasco. Carolina estaba recogida: no se sentía bien con motivo de las angustias que pasó durante el huracán.

—No era para menos. Yo la ví de paso en el muelle, y noté la palidez del rostro al través del color que le daba la agitación del momento, viéndose en salvo y al lado de su padre. En medio de la confusión que había en el muelle, no me fué posible acercarme á hablar con ella. Tienes razón en decir que va á llamar la atención en nuestro círculo; y según á mí me parece, no sólo por su hermosura, sinó por el aire aristocrático que la distingue. Pero dime, Fernando; las jóvenes eran dos. ¿Sabes tú quién es la que desembarcó junto con Carolina?

—Yo ¿qué sé?—exclamó Fernando, encogiéndose de hombros, y empujando con un movimiento brusco la copa vacía hacia el medio de la mesa.—Yo no ví más que á Carolina; ni pude ver otra cosa. Estoy perdido, Carlos.

—Me alegraré que te encuentres, Fernando; y no es poco desear. Mira, por allí viene Dimas Caspa que nos va á decir todo lo que hay sobre el particular, y áun algo más, si le viene á las mientes. Convídale á tomar helados.

—No te apures, que Dimas Caspa no espera á que le conviden. Ya nos ha visto.

—¡Una apuesta, caballeros! ¡una apuestecita! ¡doble contra sencillo! Vamos, Fernandito, tú que sabes buscarle las vueltas á la suerte.

Así llegaba diciendo el recién venido á voz en grito y dirigiéndose á la mesa con pasos precipitados, pero con cierta incertidumbre y vacilación, debidas, no al encogimiento de su genio, por cierto, sinó á lo desmesurado y enteco de sus piernas. Aunque joven, podíansele echar algunos años más de los que contaban el conde ó Fernando Arenas; y si bien se observaba cierto desaliño en su persona, era evidente que á todo trance se esmeraba por hacer lucir un gran alfiler de diamantes prendido en la bordada pechera de la camisa.

Si era su nombre un apodo, ó si su fe de bautismo le daba el indisputable derecho de llevarlo, cosa es que, á pesar de nuestras diligentes pesquisas y plausibles conjeturas, no nos ha sido dado averiguar de una manera satisfactoria. El documento que acabamos de mencionar y que resolvería de todo punto la dificultad, fué destruído en el incendio de los libros de la parroquia donde fué el santo sacramento administrado; y, tocante á papeles autógrafos, es sabido que, aunque indudablemente don Dimas Caspa sabía escribir, nadie hay, sin embargo, que pueda decir que haya visto su firma.

Mientras hemos hecho esta aclaración que, por más que nada aclare, es de la mayor importancia, como el lector no podrá menos de admitir, el sugeto en cuestión se ha instalado en la mesa de nuestros dos jóvenes y sigue con su estribillo de «¡Una apuesta, una apuesta!»

—Pues ¿qué hay? ¿de qué se trata?—preguntó el conde, dejando, al sonreír, ver bajo el bigote la hilera blanca é igual de sus dientes, y alzando al mismo tiempo ligeramente el sombrero, como para contener con una oportuna señal de cortesía la familiaridad intempestiva del recién venido.

Fernando, con mayor franqueza, le interrumpió diciendo:

—Basta, hombre, no fastidies, y acaba de decir á qué viene eso.

—Nada, chico nada,—contestó Caspa, dando ya buena cuenta de la copa de helados que, por orden de Fernando, un mozo le había puesto por delante flanqueada de los correspondientes barquillos de canela.—Apuesto á que están ustedes hablando de la feliz llegada de la perla, la linda Carolina de Valmoral... ¡Eh! ¿no lo dije? si no podía menos...

—Cuidado, Caspa, que puede usted encontrarse con un rival formidable en mi primo Fernando.

—¿Quién no se rinde ante el insigne Caspita, el ídolo de las damas?—exclamó Fernando, echándose sobre el respaldo de la silla en que estaba sentado, tendiendo un brazo sobre el de la que al lado tenía, y riendo estrepitosamete.—Pero, vamos, Caspa, tú que en todas partes te cuelas y todo lo sabes, cuéntanos cómo ha sido esa inesperada llegada.

—¡Vaya! ¿que no lo saben ustedes? Pues yo estaba en el muelle con el marqués, y fuí á bordo con él en la falúa del capitán del puerto. El marqués esperaba á la hija, pero no con seguridad. El caso es...

—Sí, cuenta, cuenta,—dijo Fernando, poniendo entrambos codos en la mesa y retorciendo con los

dedos el bigote.—¡Eh, mozo! otra copa de helados para el señor.

—El caso es,—continuó Caspa,—que hacía ya meses estaba el marqués arreglando ciertos negocios urgentes para emprender viaje á España en busca de la hija, que había ya concluído su educación en un convento de Cádiz; pero la grave enfermedad que padeció y de que acaba de convalecer...

—Ya sabemos todo eso, hombre de Dios,—interrumpió Fernando con impaciencia;—y sabemos también que el marqués escribió á la madre superiora del convento que, en la imposibilidad en que él se hallaba de salir de la Habana, aprovechase la oportunidad de la venida de alguna familia de confianza para que en su compañía hiciese el viaje Carolina.

—Así es punto por punto, Fernandito,—repuso Caspa; y, poniéndose la mano abierta en el estómago, y haciendo una contorsión con la boca, añadió:—Esta segunda copa de helados me ha enfriado el estómago.

—Mozo,—gritó Fernando,—una copa de Jerez para el señor... ¿Quieres bizcochos?

—¡Vaya! si te empeñas ..

—No te hagas el chiquito.

—A poco de recibir la carta la superiora,—siguió diciendo Caspa,—llegó á Cádiz don Bernardo Albar.

—Y ¿quién es ese don Bernardo Albar?—preguntó con indiferencia el conde, aplicando la punta de un cigarro, sujeto en tenacillas de oro, á las brasas del anafe que, por orden suya, había puesto el mozo sobre la mesa, después de servir el vino á Caspa.

—Vamos, conde, ¿quién no conoce en la Habana á don Bernardo?

—Yo.

—El buey de oro, engordado con tasajo de Montevideo, arroz del Norte, manteca de idem, harina de Santander y chorizos de Extremadura.

—¿Has cenado, Dimas, que tienes esa lista de comestibles en la punta de la lengua?—preguntó Fernando.

—Todavía no; pero no te haré el desaire, Fernandito.

—Veremos: sigue adelante.

—La madre superiora, que es señora de distinción... y yo la conozco muy bien, porque es de aquí y está emparentada con una prima política de mi madrastra, que murió el año del cólera...

—¿Quién murió? ¿la prima ó la madrastra?—preguntó Fernando.

—Mi madrastra, por supuesto.

—En paz descanse. Bien: la madre superiora...

—Siguió al pié de la letra, como era de esperarse, las instrucciones del marqués, y confió la linda Carolina á don Bernardo, que había ido á Cádiz á sacar á su hija Irene del mismo convento. Admiren ustedes la casualidad.

—De manera que la otra joven ¿es hija de don Bernardo?—preguntó el conde.

—Justamente,—contestó Caspa con la boca llena de bizcocho.—No es la compañera que se merece Carolina, es claro. Diferentes esferas, muy diferentes; ya lo ven ustedes. Con todo, aunque de baja extracción, tiene la muchacha su airecito distinguido. Ya se ve; algo debe de habérsele pegado de Carolina, que es noble por los cuatro costados.

—Sí, sí,—afirmó Fernando, levantándose de la silla, y dejándose caer en la que tenía al lado,—ahora me acuerdo que reparé en ella. Bonita es, no cabe duda; y tiene el pelo más negro y más hermoso que he visto en todos los días de mi vida.

—¡Cómo!—exclamó el conde de Palmasola, manifestando por primera vez, durante la con-

versación, señales marcadas de un vivo interés,—con que la rubia es...

—Carolina de Valmoral, hija del marqués de Peñas Altas,—contestó Fernando, dirigiéndose admirado al conde.

Este, fijando una mirada ceñuda en el suelo continuó casi como temeroso de oír la respuesta:

—Y la de pelo negro, alta...

—Es hija de don Bernardo Albar, comerciante de la plaza de San Francisco,—dijo desdeñosamente Caspa, tomando el último sorbo de Jerez.

—¡Maldición!

Esta hiperbólica interjección estaba en aquella época muy en boga, particularmente entre los aficionados al drama ultraromántico. Al pronunciarla, levantose el conde, y paliándola un tanto con «Buenas noches caballeros,» salió del café.

—¿Qué mosca habrá picado á Carlos?—dijo Caspa, abriendo los ojos y levantando las manos.—Fernandito, lo ofrecido es deuda ¿vamos á cenar?

—Será otra noche: á Dios, Caspa.

—Pues estamos frescos,—soliloquió Dimas, mirando asombrado á los que se iban;—por fortuna habían pagado ya.—Y poniendo las piernas en movimiento, tendió la vista por las otras mesas

del café, y se dirigió tambaleando á una de ellas, donde desentonando el estómago con los helados y entonándolo con el vino de Jerez, pagó su escote con la relación de todo lo concerniente á la llegada de la *Estrella gaditana*.

CAPÍTULO II.

LOS VALMORALES.

Carolina de Valmoral era la hija única del marqués de Peñas Altas. Si no el título, el cual, como veremos más adelante, es de nueva creación, el apellido, por lo menos, se remonta á los tiempos en que la monarquía fundada por Ataulfo comenzaba á dar las primeras señales de querer salir del degradante abatimiento causado por la invasión berberisca. El primer Valmoral de quien hay noticias auténticas, incontrovertibles, que, á no dudarlo, encontrará el curioso que se tome el trabajo de desatar, desenmarañar y dilu-

cidar los vetustos, apolillados y empolvados legajos de los antiguos archivos nacionales, figuró en la para siempre famosa batalla de las Navas de Tolosa. Así consta en el árbol genealógico de la familia, documento que, en materias de nobleza de sangre, sabemos todos que falla sin apelación; y cábenos la satisfacción de poder asegurar á los que quieran oirnos, que hemos tenido en nuestras manos aquella veneranda hoja de ya gastado pergamino. El nombre de la nobilísima raíz de tan ilustre estirpe era Pero Morales, el cual servía bajo las órdenes del señor de las Sierras Bermejas, á quien con heróico denuedo salvó de las garras de los infieles, que en una celada dieron sobre él mientras hacía un reconocimiento. En premio de este y otros no menos importantes servicios que no es del caso especificar, el señor de las Sierras Bermejas, que, como es de suponerse, tenía gran mano y valimiento, concedió á Morales la hidalguía; y no satisfecho con esta muestra de su estimación, le hizo generosa cesión de ciertas tierras que poseía en el reino de León, y que con este motivo vinieron á apellidarse Valdemorales, nombre que las generaciones subsecuentes acortaron y redujeron hasta quedar en Valmoral.

Los descendientes de tan noble tronco, zelosos

de las alcanzadas glorias, continuaron distinguiéndose, según consta en las historias, ya en la carrera de las armas en que Pero Morales había cobrado honra y fama, ya en las otras que el servicio del estado abre á la legítima ambición; y así se ve á los Valmorales ocupar altos puestos, ora envueltos en la toga, ora ceñidos con la mitra, ora, en fin, y más frecuentemente armados de bruñido acero; sin que en zaga quedase el sexo femenino, que en la corte supo y pudo brillar por su talento y hermosura.

Consta que á principios del siglo XVI la familia se estableció definitivamente en el reino de Granada, en tierras concedidas por los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, cuando se hicieron los repartimientos del tan bello como feraz territorio, cuya pérdida, según la historia nos refiere, lloró Boabdil como una mujer, no habiendo tenido suficientes bríos para defenderlo como hombre. Pero como no hay en este mundo sublunar nada que sea estable é imperecedero, según, sin ir más lejos, lo ejemplifica el desventurado monarca que acabamos de mencionar, sucedió que la familia de Valmoral, que á la sombra del trono se había granjeado tantos laureles, sin descuidarse en añadirles ventajas positivas y de cuenta, comenzó á

sufrir notables descalabros, ocasionados por la tendencia que tuvo el que era á la sazón su jefe, á inclinarse á las ideas que habían ocasionado los serios disturbios de las comunidades de Castilla. De aquí se originaron persecuciones y confiscaciones que trajeron en breve tiempo la ruína y el aniquilamiento sobre una fábrica tan feliz como laboriosamente levantada; y el nombre de Valmoral dejó de sonar en los fastos de la nobleza española.

No para siempre, empero, pues es notorio que el día primero de julio del año 1764 vuelve á aparecer en la ciudad de la Habana en uno de los miembros de la familia, perteneciente á una rama colateral, el cual venía en uno de los cuatro navíos con que á aquella ciudad llegó don Alfonso Funes de Villalpando, conde de Ricla, á tomar posesión de la isla de Cuba, que la Inglaterra había osadamente intentado arrebatar á la corona de España. Podemos con muchas veras asegurar á nuestros amables lectores que quisiéramos, al llegar á este punto de nuestra narración, cuyo curso se ha visto enlazado con personajes y acontecimientos, estos de tanto bulto y aquellos de tal talla, que la verdad histórica no nos atara las manos y constriñera á declarar que el Valmoral, cuyo nombre de pila

era Diego, arribado á las playas cubanas en aquella memorable ocasión, no pertenecía al Estado Mayor del conde. Lejos de eso, en la más humilde oscuridad, era su ocupación servir de asistente al encargado de condimentar los alimentos que se servían en la mesa de aquel ínclito magnate.

No nos ha sido dado averiguar el nombre del navío que condujo á la Habana tan preciosa carga: verdad es que siendo este, como sin duda lo es, un punto de importancia secundaria, hemos de confesar paladinamente que no pusimos toda la diligencia necesaria. Ni ha sido mejor nuestra fortuna al indagar cómo dejó Diego Valmoral su humilde empleo y cuáles fueron sus primeros pasos en aquella capital; pero consta de una manera incuestionable que, pocos años después, tomaba posesión de una casa, sita á corta distancia del convento de san Francisco, en la cual tenía, gozando de buen nombre, una posada bien conocida, cuyo título, pintado en una tabla, fija á una de las jambas de la puerta, indicaba un caballo que había sido blanco, pero de tal manera era tratado por los elementos, que ya se hacía de todo punto imposible fijar su color con certeza.

Inútil y enojoso sería que nos detuviésemos á narrar con todos sus pormenores, más ó menos

placenteros, los sucesos de una vida destinada pura y exclusivamente á la árdua empresa de labrar una fortuna. Basta á nuestro intento decir que, cuando llegó á don Diego de Valmoral la hora de ir á reunirse con sus mayores, dejó del lado de acá un gran caudal y un número considerable de hijos é hijas, habidas en legítimo matrimonio. Estos, como es natural, casaron á su tiempo; y, como tuvieron la buena suerte de heredar, junto con la plata, la industria y laboriosidad del padre, la familia fué medrando á más y mejor. Así es que, cuando en 1818, por un acto de política y de justicia, el rey don Fernando VII abrió los puertos de la isla de Cuba al comercio de naciones extranjeras, don Ignacio de Valmoral, hijo mayor del difunto don Diego, se lanzó al campo de las especulaciones mercantiles, sin descuidar el de la política, pues siempre se mostró acérrimo defensor de los derechos de aquel monarca. Don Ignacio murió á su vez, dejando un gran cafetal, un gran ingenio de fabricar azúcar y junto con esas y otras no menos valiosas propiedades, el título de marqués á su hijo único, don Diego María, que es el que tenemos la honra de presentar á los lectores de este verídico libro como padre de Carolina de Valmoral.

La malhadada circunstancia de que de un solo hijo dependiese una sucesión que bajo tan brillantes auspicios se presentaba, movió naturalmente á don Ignacio de Valmoral, primer marqués de Peñas Altas, á adelantar un tanto la época de poner en estado á su hijo y heredero; y buscando con todo el ahinco y ansiedad que el caso demandaba, quién fuese digna de ser llamada á asegurar su descendencia, puso los ojos en la hija de un alto funcionario, oriundo de Irlanda, uno de cuyos antepasados, huyendo de las persecuciones religiosas, había pasado á servir en los ejércitos de la católica España. A una ilustre cuna y riquezas cuantiosas unía Brígida O' Connor todos los seductores rasgos de una belleza septentrional, de manera que el joven don Diego María entró del mejor talante en las ideas de su señor padre; y éste, si bien un tanto cuanto pesaroso de que el primer fruto de esta codiciada unión fuese una niña, bajó á la tumba halagado con la esperanza de más propicia descendencia.

No quiso Dios, sin embargo, que así fuera, pues la marquesa, dos años después de haber dado á luz á Carolina, contrajo una fiebre perniciosa que en breve espacio puso término á los contentos de la familia. Las flores que embalsamaron el ambiente

para celebrar el alegre bautizo de la niña, pronto se marchitaron al calor de los fúnebres blandones, primero del marqués de Peñas Altas y luego del de la bella joven que acababa de añadir ese mismo título á su nombre. Cerrose la casa, cubriéronse de blancos paños espejos, arañas y cuadros, y el nuevo marqués y su excelente madre dieron rienda suelta al dolor, sin mirar otro rayo de luz en la enlutada mansión que el que despedía de su frente la linda y vivaz Carolina.

Viendo al hijo tan profundamente afectado por tamaña pérdida, doña Matilde, que así era el nombre de la madre del marqués, logró persuadir á éste á que se ausentase de su patria por algún tiempo, lo cual verificó embarcándose para Cádiz, no sin llevar consigo al ángel que la bondadosa Providencia le concedía en medio del tristísimo naufragio de sus esperanzas.

A su llegada á la Península, vió Peñas Altas de cerca los acontecimientos que vinieron al fin á culminar en la intervención francesa y la temporal suspensión del rey Fernando; y, movido de la lealtad á que, por su alta clase, se juzgaba obligado, y deseoso al mismo tiempo de buscar otro canal á la actividad de sus pensamientos, ofreció á la Junta Suprema sus bienes y su persona. De-

más está decir que sus ofertas fueron pronta y cordialmente acogidas, y que desempeñó con tanta fidelidad como desprendimiento las comisiones que se le confiaron; de tal manera que, cuando con la acción de la toma del Trocadero, quedó restaurado el monarca en el trono de sus mayores, aumentó su munificencia el prestigio de la familia de Valmoral, concediendo á su digno jefe los más altos honores.

En Cádiz residían los parientes de la malograda marquesa, y entre ellos pasó su niñez Carolina, siendo objeto de las más señaladas atenciones, con tanta más razón cuanto que había más de una joven en la familia que hubiera con el mayor placer dado al ilustre viudo su blanca mano. Este, empero, fué de bronce á tantas blandas seducciones y volvió á la Habana, después de algunos años de ausencia, en pleno dominio de la libertad de su corazón.

Antes de emprender su regreso, se encontró perplejo sobre lo que más convenía hacer con Carolina, la cual estaba ya en edad de que se pensase en atender á su educación. Con este motivo escribió á la Habana, á doña Matilde, dejando el asunto á su prudente decisión, confianza digna de entrambos. La determinación de la marquesa viuda no se hizo esperar; y fué que la niña se quedase en Cádiz, en un convento del cual era á la sazón

superiora una excelente señora, parienta suya y que había sido la íntima amiga de sus años juveniles. Hízose así, y al cuidado de las buenas madres creció la heredera de los Peñas Altas. Sus años de colegio, sea dicho en honor de la verdad, no estuvieron completamente exentos de perplejidades, alternativas y áun sinsabores, dando lugar á que no pocas veces estuviese á punto el marqués de ir en busca de la niña; y así lo hubiera hecho si no le sosegara su señora madre, haciéndole ver las dificultades que en la Habana se oponían, así por la falta de escuelas como por los inconvenientes del servicio doméstico, á que una señorita recibiese la educación apetecida.

El hecho es que Carolina, á la par de los rasgados ojos, la blanca tez nacarada y la rubia cabellera, había heredado de su madre una sensibilidad, que, desarrollándose de una manera gradual pero segura, iba tomando el carácter de exagerada, y amenazaba influír directamente en sus ideas y conducta. Sus maestras, valiéndose de todos los medios posibles, hacían por combatir esta funesta inclinación; pero lo que ellas de su parte construían, demolíanlo indiscretamente al punto las parientas de la niña, las cuales, aunque esta vivía en el convento, estaban con ella, como es de

suponerse, en frecuente contacto. La indocilidad, á que daba pábulo su genio impulsivo, y á que tías y primas daban el nombre de gracias de la vivacidad infantil, servía de rémora para todo, y las madres se hubieran visto perdidas, si casi en la misma época no entrara por fortuna á educarse en la misma casa otra niña habanera, á quien tomó Carolina un cariño que, en oposición á todo caso precedente, tuvo la rara cualidad de la constancia. Era esta niña Irene Albar, hija, también única, de uno de los comerciantes más acaudalados de la Habana, el cual, en uno de los frecuentes viajes, que, con motivo de sus negocios, hacía á Europa, determinó, á instancias de su esposa, dejar á la niña en aquel convento, que casualmente ambos habían visitado, saliendo prendados de su orden y buen gobierno. Estimulábale asimismo á tomar esta determinación el observar que la niña, sobre ser de una índole amable y cariñosa, tenía una grande inclinación al estudio, unida á un talento reflexivo y justo. Irene decía que quería mucho á Carolina y Carolina que idolatraba á Irene. Juntas, pues, y siempre muy apegadas una á otra, pasaron los años felices de su vida escolar; y juntas como hemos visto, por una singular coincidencia, volvieron á la ya casi olvidada patria.

CAPÍTULO III.

LA FIESTA EN CASA DEL MARQUÉS.

La llegada de Carolina y los riesgos corridos á esa llegada, no podían menos de dar ocasión á que se hiciese alguna muestra de regocijo y fiesta. Tanto el padre como la abuela, la cual manifestaba siempre en favor de la niña la más tierna solicitud y el más bondadoso cariño, se empeñaron en dar el mayor brillo á esta celebración, con tanta más razón cuanto que, con este plausible motivo, se salía de la especie de retraimiento en que la familia vivía desde la muerte de la marquesa. La parentela toda fué, por consi-

guiente, invitada, y no se hablaba en los altos círculos de la sociedad habanera sinó de los preparativos que á toda prisa se efectuaban en los salones del marqués de Peñas Altas. Pero como no hay gusto que por muy agradable que sea no lleve consigo algún dejo amargo, sucedió que, justamente en este asunto de las invitaciones, hubo que luchar con algunos obstáculos inesperados.

El caso fué que apenas anunció doña Matilde el proyecto de la fiesta á su nieta, ésta, rebosando de contento y castañeteando con los dedos, exclamó:

—¡Ay! ¡qué bueno! y tendrá que venir Irene vestida de listado. ¿No se llama listado ese lienzo ordinario de que se visten las negras del campo, mamita?

—¿Qué estás diciendo, niña? ¿ni qué tiene que ver Irenita con lo que estamos hablando?

—Mucho que sí, mamita; sí señora. Pues ¿no ha de tener? Ahora verá usted. Cuando estaba el temporal en toda su fuerza... ¡Jesús! ¡qué miedo me da acordarme de esa noche!... Mire usted, ya estoy temblando toda, y siento como si se me erizara el cabello.

—Vamos, y ¿qué? Eso ya pasó, y no hay por

qué temblar ni hacer exclamaciones,—dijo doña Matilde, acariciando á la asustada joven.

—Creíamos que el mar nos iba á tragar. Si hubiera usted visto los balances que daba el barco...

—Ya me has dicho antes eso, hija,—repuso doña Matilde con voz suave, tratando de sosegar á Carolina, que, con los ojos cerrados como para huír de un espectáculo horroroso, se había echado en sus brazos.—Es menester recordar las amarguras pasadas con ánimo tranquilo para ofrecérselas al Señor y darle gracias por haberlas hecho terminar felizmente.

—¡Oh! eso sí; y bien que se las doy: ¿no había de dárselas? Pues escúcheme usted ahora: aquella noche terrible Irene hizo la promesa de dar al Señor una muestra de humildad vistiéndose de listado la primera vez que se presentase en un baile.

—Hizo lo que debía,—dijo la abuela interrumpiendo á Carolina.—Y tú ¿no hiciste también alguna promesa?

—Yo no, mamita: ¿qué promesa iba yo á hacer, si no sabía lo que pasaba por mí? Pero ¿qué le parece á usted? La primera reunión á que asista Irene será la de casa, yo estoy segura; y en lugar

de los hermosos trajes que le hizo hacer don Bernardo en París, tendrá que venir con un vestido de listado... ¡Ha, ha, ha! Estoy ya rabiando por verla... ¡la pobrecita!

—No es ese motivo para tenerle lástima: en otros bailes podrá lucir sus hermosos trajes. Mas dime, ¿cómo sabes tú que vendrá Irene á la fiesta?

—Pues ¿no ha de venir?

—Será necesario que la inviten; y eso puede no ser, porque nosotros no visitamos su casa. Además, aunque sea invitada, puede muy bien suceder que ella no venga, ó porque no quiera venir, ó porque sus padres no se lo permitan.

—¡Ave María! no diga usted eso, mamita: ¿no venir Irene al baile?... Me ha echado usted un jarro de agua fría encima. Ya se me ha ido todo el gusto que me dió usted hablándome de la fiesta que va á dar papá... Pues Irene ha de venir: si no, me voy á morir de pena.

—Escucha, niña; estás hablando sin fundamento; y por desgracia esa es cosa que te acontece más á menudo de lo que yo quisiera. No es á tí á quien toca decir si Irenita Albar ha de venir ó no ha de venir al baile; porque en eso tu padre sabrá lo que ha de hacer. Yo sí puedo prometerte que haré cuanto pueda para que reciba una invitación,

porque será darte á tí gusto, y porque, además, yo tengo muchos deseos de conocer á una señorita que ha merecido los mayores elogios de parte de las buenas madres del convento de Cádiz. Lo de que te vas á morir de pena...

—Es una simpleza, abuelita; ya lo sé,—dijo Carolina con rostro compungido, concluyendo la frase.

Aquel mismo día, de sobremesa, luego que Carolina se hubo retirado, y mientras el marqués saboreaba el aroma de un puro de Vuelta Abajo, en compañía del formidable é impertérrito don Dimas Caspa, que, por una de las más raras coincidencias, había llegado á la casa á la hora crítica de la comida, aquel mismo día, decimos, doña Matilde, en cumplimiento de su promesa, comenzó á tentar el vado por donde había de pasar la esquela de invitación de la hija de don Bernardo Albar. Y así como Dimas Caspa había llegado á la casa, como hemos asegurado, por una casualidad, que le proporcionó la doble ventaja de comer bien y husmear algo de los preparativos de la gran fiesta, doña Matilde, que no dejaba de participar de la inclinación, peculiar á su sexo, á creer que nada se consigue del sexo opuesto sin su poco de diplomacia, comenzó, por casualidad, á

hablar de las invitaciones, dejándose sutil y delicadamente caer en la que por entonces mayor interés para ella tenía.

—¡Invitar á la familia de Albar!—exclamó el marqués, sacudiendo con el dedo índice la ceniza del tabaco.—No había pensado en ello, y me alegro de que usted me lo haya hecho recordar: es un obsequio que debo á la bondad de don Bernardo.

Ambos oyentes manifestaron sorpresa, que en doña Matilde iba acompañada de satisfacción y agrado, pero no así en Dimas Caspa.

—Y ¿creen ustedes que esa gente vendrá?—preguntó éste, poniéndose de una zancada al lado del marqués y hablando del modo insinuante que le era propio, y consistía en acercar su cara á la de su interlocutor con una sonrisa que era un visaje y dejaba escapar de vez en cuando alguna que otra salival llovizna.—No vendrán; lo verán ustedes. Cuando sepa don Bernardo Albar que va á reunirse toda la familia, no se atreverá á aceptar la invitación. Cada oveja con su pareja, marqués. No porque un hombre tenga cuatro reales, ni diez, sin que se sepa de dónde los ha sacado, ha de pretender alternar en las más altas esferas de la sociedad. Consideren ustedes las personas que

se van á reunir en esta casa. Bueno y santo es que se tenga despreocupación; pero....

—Escucha, Dimas,—dijo el marqués interrumpiendo á Caspa, y retirando la cabeza hasta donde el respaldo de la silla en que estaba sentado se lo permitía,—hazme el favor de volverte al lugar en que estabas; y advierte que no soy planta para que me riegues.

—Pero, marqués...

—Mande usted la invitación, señora madre, mándela usted; y con un recado muy particular para que tengamos el gusto de ver por acá á la amiga de Carolina, que parece ser una joven tan buena como hermosa,—prosiguió el marqués con tono concluyente, dirigiéndose á doña Matilde.

La esquela de convite y el recado verbal que la acompañó, causaron no poca conmoción en el pacífico hogar de don Bernardo, el cual, al recibirlos, tenía asimismo su consejero al lado en la persona del hijo de una difunta hermana suya, el cual se llamaba Francisco Rojas, ó Pancho, como le llamaban todos, y es el mismo que vimos á bordo de la fragata *Estrella gaditana* llegar á recibir á los tíos. Este joven, apreciabilísimo bajo todos conceptos, desde el momento que vió á

Irene, se dejó fácil y naturalmente vencer de sus hechizos, y dábala ya por suya, fabricando más de un castillo en las vagas é insustanciales regiones del espacio. Por fortuna no se hallaba presente Irene en el momento de llegar la esquela, de manera que Pancho Rojas pudo á su sabor abrir el camino por donde pretendía influír en el ánimo del inocente don Bernardo.

—¿Sabe usted, tío, que esta esquela me huele á cumplimiento? ¿Cuándo se ha visto que á esos encopetados Valmorales les haya pasado por el magín invitar á los mantequeros, como tienen el insolente descaro de llamarnos? Verá usted como, cuando lo sepa la tía Clemencia, se resiste á ir... Si la conozco como á mis manos... Vayan ustedes, y verán que no será sinó para recibir desaires, si no del marqués, de todos sus parientes, que son tres mil y trecientos; y que estarán allí con toda seguridad, cada uno de ellos con más humos que Carlomagno. Cada oveja con su pareja, tío; y ese es el camino derecho.

—Dime, Pancho, ¿has acabado ya?—preguntó don Bernardo, aprovechando la primera pausa que hizo el sobrino, y sin salir de su imperturbable calma.—Si no has acabado tu discurso, dalo por acabado; y si es que has acabado, no permitas que

te dé la tentación de volverlo á empezar; porque sarta mayor de desatinos no se encuentra por ahí á dos tirones, ni á tres... ¿A qué viene todo eso?

—Nada, tío, nada, no he dicho nada.

—Así es,—contestó el tío riendo.

No debió ser enteramente del mismo parecer que su esposo doña Clemencia; porque, si bien instó mucho y muy de veras para que su hija aceptase la invitación, se negó á pié juntillas á llevarla al baile, confirmando el dicho de Pancho Rojas. Con este motivo don Bernardo, después de agotar su almacén de argumentos, buscó y halló al fin un pretexto que alegar para no asistir á la fiesta; y después de algunas idas y venidas y ofrecimientos, parabienes y gracias, se convino por entrambas partes en que Carolina iría temprano, el día del baile, en busca de Irene, y esta permanecería en casa del marqués hasta el día siguiente al cuidado de doña Matilde.

Según á sus respectivos círculos puntualmente refirieron don Francisco Rojas y don Dimas Caspa, haciendo los comentarios que su más ó menos parcial espíritu les sugería, la fiesta de que hablamos tuvo lugar á su debido tiempo, comenzando por una misa solemne en la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes. Por la tarde hubo

gran comida, para la cual salió de sus arcas la magnífica vajilla, regalo que había hecho á la familia el rey de los franceses, agradecido á la hospitalidad con que fuera de ella recibido, cuando pobre y emigrado, llegó, años atrás, á las playas cubanas. La comida fué un tanto formal, pues asistieron á ella personas del más alto rango, así del clero como de la milicia, del foro y áun del gobierno. Doña Matilde, acostumbrada á la vida retirada, no dejó de hacer más de un esguince al oír de boca del marqués esta parte del programa; pero tuvo que ceder á las consideraciones que él hizo, la más importante de las cuales fué que el baile con que había de coronarse el día, daría lugar á más variadas y extensas invitaciones y mejor entretenimiento para la alegre juventud.

La casa de los Peñas Altas se prestaba admirablemente á la recepción de una grande concurrencia. La gran puerta de caoba maciza, adornada de tachones y picadores de luciente bronce, daba entrada á un ancho vestíbulo que terminaba en un arco sostenido por dos columnas dóricas, y de cuya llave colgaba una vistosa lámpara de cristales de diferentes colores. Pasábase por este arco á un elevado pórtico de arquería con columnas de aquel mismo orden que rodeaba el patio cuadri-

longo, en el centro del cual, como en las casas de Pompeya, mostraba sus elegantes curvas el brocal del aljibe. De este pórtico, cuyo pavimento de mármol formaban losetas alternadas, blancas y negras, arrancaba la ancha escalera, también de mármol, con pasamanos de bruñida caoba, dando en su único descanso entrada á los aposentos del entresuelo que, por propia elección, ocupaba la señora madre del marqués, y donde ahora se habían preparado las habitaciones de Carolina. La escalera terminaba en el pórtico del piso alto, que correspondía, aunque con menor elevación, al que dejamos descrito. Este pórtico superior estaba cerrado con persianas que lo hacían fresco sobremanera; y con él se comunicaban directamente la sala principal de la casa y las habitaciones todas, señalándose los huecos de las puertas, del mismo modo que estaban en el interior, con marcos estriados de caoba. En la sala las puertas opuestas á las del pórtico daban á un balcón de hierro que corría por todo el frente de la casa. El piso superior del edificio estaba solado de mármol, y las paredes de estuco eran de colores bajos con pinturas al temple sobre las puertas de los principales aposentos.

A la hora señalada los que acababan de saborear

los platos confeccionados bajo la inteligente dirección del cocinero en jefe del marqués, que hacía poco había venido de la capital de Francia, y manejaba *à merveille* todos los resortes y secretos de su arte, vieron llegar la numerosa concurrencia invitada para el baile. Salas, gabinetes, pórticos, todo era un hervir de gentes, y áun resonaba la calle con el rodar de los carruajes y el pisar de los caballos, conduciendo los resplandecientes astros del firmamento habanero. La crujiente seda, la centellante pedrería, el delicado encaje, las raras flores se cruzaban en todas direcciones, y, con la luz que á torrentes despedían las arañas de cristal, reflejábanse en los magníficos espejos, formando marco á peregrinos rostros rebosando de amor y de alegría.

Todos los Valmorales estaban allí; allí las Valmorales todas, y allí todos cuantos eran considerados dignos de figurar en la más alta esfera social. ¡Qué de resortes pusiéronse en juego para obtener una invitación con el solo objeto de poder decir: «Yo estuve allí»! No con mayor fulgor tiéndense las brillantes constelaciones en el cielo de una noche tropical. Los títulos de Castilla, los opulentos hacendados, los abogados elocuentes, los sabios, los literatos, los elegantes, todos se

mezclaban y confundían. El antiguo militar, herido en Bailén ó Zaragoza, el joven recién llegado de los campos de batalla de Navarra, unos y otros ostentando cruces, placas ó veneras, codeábanse con el poeta que electrizaba los corazones con sus apasionados versos; dábanse la mano el patriota que agenciaba la construcción de un ferrocarril y el profundo pensador que, teniendo abiertas por delante todas las carreras, escogía para sí con asombro general la de simple maestro de escuela.

No dejaba, en medio de tanto brillo y resplandor tanto, de ver puntos nebulosos algún espectador frío y desencantado. ¿Cómo podía ser de otro modo? Así es el mundo. La condesa del Cañaveral estaba allí. La condesa del Cañaveral que en semejantes ocasiones habia ya, gracias á su tacto, colocado tres de las hijas que el difunto conde la dejó cuando hizo la tontería de morirse al hacer juício de espera, venía ahora con la cuarta y última, revestida de un falso aparato de opulencia, esperando que, estimulada por el ejemplo de sus hermanas, sacara un ingenio de azúcar en galardón de sus gracias y hermosura. ¿Qué cuadro hay que no tenga sombras? ¿Queréis saber la historia de ese lujo deslumbrador que en el salón ostentan el marqués de Fuentefría, su altiva con-

sorte, y sus desdeñosas hijas? Pues preguntadlo á Dimas Caspa, y él os dirá que todo es debido á una negociación con el bien conocido don Félix Utroque de las Amarillas, cuya benevolencia, unida al fácil y acomodaticio tanto por ciento, sabía sacar á las gentes de alto copete de los más horripilantes atolladeros. Y si el lector, como es de razón, tuviere la curiosidad de saber los pormenores de esa negociación, Caspa, que todo lo sabe, podrá satisfacerla plenamente. Estamos seguros de que á más de uno contó la historia aquella noche. Por la tal negociación quedaba en poder de don Félix Utroque de las Amarillas una buena parte, no de la próxima zafra del ingenio del marqués, pues esa estaba ya hipotecada á favor de aquel benévolo señor, sinó de la subsecuente. ¡Tanta es la previsión humana! Para este arreglo, según aseguraba Caspa, no hubo obstáculo ninguno, puesto que, el uno para solicitar un empréstito y el otro para realizarlo, eran ya duchos entrambos. En esta ocasión la dificultad estuvo en que don Félix porfió, se obstinó y puso resueltamente la condición *sine qua non* de que Fuentefría había de conseguirle una esquela de invitación para el baile de los Valmorales. El marqués de Fuentefría bufó, y otro tanto hizo la

marquesa; pero don Félix se mantuvo en sus trece; y después de jugar al tira y afloja por más de una semana, el resultado fué que el testarudo prestamista obtuvo lo que con tanto ahinco deseaba; y, luciendo en el ojal del frac la cinta que indicaba sus pretensiones de caballero, tuvo la satisfacción de hacer á los Fuentefrías en los salones de Peñas Altas un saludo de los más profundos: saludo que, sea dicho de paso, fué perdido; porque precisamente en aquel instante tenían el marqués, la marquesa y sus hijas clavados los ojos en el cielo raso de la sala con tanta pertinacia como si en ello les fuera la vida.

CAPÍTULO IV.

EL BAILE.

En el testero de la gran sala, Carolina de Valmoral, sentada junto á su abuela, recibía el homenaje de la complacida concurrencia. Un vestido de seda azul celeste cubría su esbelta forma; y del borde del escote caían, como una cascada de purísimas aguas, los pliegues de un vuelo de exquisita blonda. Un cintillo de oro con ópalos engarzados ceñía su frente; y ópalos asimismo en sus pendientes se mecían. Irene Albar á su lado, ajena á un falso rubor, formaba con su amiga extraño contraste, cubriendo su airoso cuerpo bajo

un sencillo traje de listado de colores bajos. El cabello, negro y lustroso, caía por delante en rizos naturales sobre los blancos hombros, y, recogido por detrás en una espléndida masa trenzada, perfumábase con la esencia de tres hermosos claveles unidos, el uno rosado como sus mejillas, rojo el del medio como sus labios y blanco el tercero como sus bien emparejados dientes. Sólo una observación atenta descubría algo de suntuoso en su atavío, en una pequeña cruz de diamantes de gran valor, que pendía del cuello por medio de una sutilísima cadena de oro; el menudo y bien modelado pié, además, veíase cubierto de fina media de seda y escondido en ligerísimo zapato de raso blanco. A un artista, quizá, hecho á los estudios del bello ideal, no parecería la belleza de Irene tan perfecta como la de su amiga; pero nadie podría negar que, cuando sus facciones se ponían en movimiento para hablar ó sonreír, la expresión de sus rasgados ojos negros y de la boca, cuyas delicadas curvas se perdían en unos hoyuelos seductores, era verdaderamente irresistible, llena de dignidad, de inteligencia y gracia.

Rodeadas estaban entrambas jóvenes de una turba de caballeros admiradores de tanta gentileza y donosura, cuando apareció en la sala el elegante

conde de Palmasola, y todos le abrieron paso como al más digno de llegarse á la reina de aquel brillante sarao. Sereno y desembarazado, acercose á Carolina, y con voz que cautivaba á las damas, le dijo:

—Antes debí venir á verte, Carolina, para darte el parabien por tu vuelta; pero precisamente aquel mismo día de tu llegada, tuve que ausentarme de la Habana. Cuento con tu perdón.

—¡Carlos Valmoral, mi primo!—exclamó Carolina, que por doña Matilde supo quién era el bello joven que con tanta familiaridad le dirigía la palabra.—Seguramente, Carlos, que estás dispensado. Te doy las gracias por el recado que me dió papá de parte tuya.

—Fué lo único que pude hacer, en el momento de partir, para felicitarte. Ya se te habrán pasado los sustos del viaje. Bueno nos lo hiciste pasar á nosotros.

—El susto pasó,—contestó Carolina con una sonrisa;—pero todavía está vivo el sentimiento por las muestras de cariño que de todos he recibido desde el momento que llegué á la Habana.

El conde hizo en seguida un profundo saludo á Irene; y viendo que la conversación del grupo se hacía general se retiró á una de las puertas que

daban al balcón; y dominándolo todo con una mirada altiva, parecía absorto en sus pensamientos. Ni fué parte á distraerle de ellos el movimiento de damas y galanes que se preparaban á bailar una contradanza, invitados por la orquesta que llenaba el espacio de vibradora armonía, apagando la voz del animado concurso, y dejándose oír, áun en lugares distantes, en medio del silencio de la noche.

No era aquella la contradanza incivil y desmañada que constituye uno de los entretenimientos favoritos de la generación presente, y es mísera degeneración de la de aquellos tiempos. No se veían entonces las parejas perderse, aisladas, insociables, en el recinto de los salones, como aves cansadas que buscan, sin encontrarla, una rama amiga donde posarse. Blancas ¡ay! están ya las cabezas de los que, con todo el ardor de los años juveniles se entregaban al placer que promovía aquella renombrada danza, donde no se sabía qué admirar más, qué apetecer con mayor ansia, si la marcha triunfal y jubilosa de la primera parte, si la segunda, cuya cadena parecía un torneo en que denodados paladines se disputaban la posesión de las hermosas, ó si la tercera, en fin, en que diríase que los danzantes se reposaban, meciéndose

lánguidamente, para tomar nuevo aliento y cobrar nuevos bríos.

Una voz hizo salir á Palmasola de sus meditaciones, voz que partía de una matrona cuyas formidables dimensiones no bastaba á encerrar un apretado corsé, que, por carambola, mantenía en movimiento perpetuo las blancas plumas de un lujoso abanico. Bajo la augusta sombra de tal tronco respiraba, pálido y enteco, un pimpollo que á más y mejor bailaba con los ojos por la sencillísima razón de que pasaban los preciosos momentos sin que persona acudiese generosamente á proponerle hacerlo con los piés. Viendo desocupado al conde doña Martina, que éste era el nombre de la corpulenta señora, tomó la ocasión por los cabellos que pudo alcanzar, para tentar el terreno, esperando... ¿quién sabe todo lo que doña Martina esperaba?

—¿No baila usted, Carlos?—preguntó con insinuantes tonos.

—Ya lo ve usted, mi señora doña Martina; esta noche no me es posible bailar,—contestó el conde con un respetuoso saludo, y volviendo á su anterior actitud.

—Dile algo, Dolorcita,—en un rápido aparte dijo doña Martina al pimpollo, que era su hija.

—¡Qué romántico es usted, conde!—exclamó Dolores después de titubear un momento, y tratando de poner la cara aniñada que le habían celebrado diez ó doce años antes.

—Pues ¡qué! ¿no bailan acaso los románticos, Doloritas? Mire usted todas esas mangas perdidas del figurín de modas del siglo décimotercio; mire usted todas esas rizadas melenas, cómo flotan y se mecen al compás de la danza. Todos somos ahora románticos. ¿Quién quisiera ser clásico en estos tiempos?

—Esta Dolorcita siempre ha de echar á volar las comedias, y por eso no tiene pretendientes,—dijo para sí doña Martina, añadiendo luego en alta voz, con temor de que concluyese tan pronto la conversación, y sin dejar de la mano su plan de ir tentando el terreno:—¡Qué linda está Carolina!

—Está lindísima,—repuso el conde,—y tiene unos movimientos muy graciosos.

—Y ¿qué idea ha tenido la otra... ¿Cómo se llama, mamá?—preguntó Dolores encogiendo los hombros, lo cual parecía muy interesante, por lo que tenía de abstracto y ensimismado, en aquella época en que era pecado estar rollizo.

—Yo ¿qué sé?—contestó doña Martina, cerrando con furia el abanico.

—Querrá usted decir la señorita de Albar,—observó el conde, frunciendo ligeramente las cejas.

—¿Se llama así?—preguntó doña Martina, dejando ver las ventanas de la robusta nariz.—No se me hace extraño el nombre... el almacén de víveres... sí, eso es; pero, ya se ve, es amiga de Carolina...

—¡Jesús! ¿á quién se le ocurre venir á una reunión como esta con un vestido de listado?—exclamó Dolores, tratando de reprimir una risa burlona.

—Será una promesa—opinó el conde.

—La que hace promesa de vestirse de listado, se queda en casa,—replicó la joven con decisión.

—Por supuesto,—añadió doña Martina.

—Buen modo de cumplir la promesa... tal vez será romanticismo,—dijo secamente el conde; y, advirtiendo que la danza había cesado, se despidió y volvió al lado de Carolina.

Después de un rato de conversación con esta señorita, anunciaron los compases de la orquesta que iba á bailarse una mazurka, danza exótica y repulsiva hasta en el nombre, importada por la caprichosa moda de allá de las distantes orillas del helado Neva. El conde vió en un instante á su bella interlocutora salir invitada por un almiba-

rado galancete; mas como no cupo igual suerte á Irene, y se encontró solo junto á ella, procuró, según cumplía á un cortés caballero, entretener su soledad.

—De mucho gusto es para mí haber conocido á una señorita que mi prima tanto estima,—dijo el conde con un respetuoso saludo.

—También yo.....—repuso Irene, bajando los ojos modestamente, y concluyendo la frase con su saludo que no pasó de un lijero movimiento de cabeza.

—Para Carolina es usted la mejor de las amigas. ¡Dichosa ella que posée tan precioso tesoro!

—¿Tan difícil es encontrar amigos, señor conde?

—La dificultad está, no en encontrarlos, sinó en conservarlos,—observó el conde con una sonrisa.

—No alcanza á tanto la experiencia de mi vida. Hasta ahora no he visto sinó constancia en la amistad. Siempre he respirado en una atmósfera de cariño que mis padres y mis maestras han mantenido fresca y sana con el suyo. Pero ¿no cree usted, conde, que el que padece desengaños en la amistad, padece porque puso su confianza donde no debiera de haberla puesto?

—Y ¿cómo podremos nosotros saber dónde he-

mos de poner nuestra confianza? Nos dejamos llevar de nuestras pasiones, y las pasiones nos ciegan.

—Eso me lo han enseñado á mí, y también me han dicho dónde está lo único invariable y eterno, —repuso Irene tomando un aire pensativo, y más bien como respondiendo á sus propios pensamientos.

Por un momento permanecieron ambos en silencio. El conde fué el primero á romperlo.

—¿Sabe usted,—dijo,—que cuando desembarcaron ustedes en la Habana, yo me hallaba en el muelle, y tomé á usted por Carolina?

—¿A mí? Eso debía de llenarme de orgullo, porque Carolina siempre ha sido considerada como una belleza perfecta,—repuso Irene con una ruborosa sonrisa que hizo resaltar los seductores hoyuelos de sus rosadas mejillas.

—Por mi equivocación puede usted juzgar de la suya propia.

—Gracias, conde,—contestó Irene, sin atreverse á levantar los ojos, y sintiendo que su rostro se encendía y que una agitación desconocida hacía redoblar los latidos de su tierno corazón.

El conde, notando la impresión que sus palabras habían producido, desvió los ojos, y ten-

diéndolos por la animada escena que el salón presentaba, observó que aquel espectáculo debía de formar un singular contraste con la vida de encierro del convento.

—No tanto como á usted le parece,—contestó Irene, recobrándose prontamente de su agitación; —porque nosotras pasábamos las vacaciones fuera del convento. Cada una se iba con sus parientes ó amigos. Si por ese tiempo mis padres se hallaban casualmente en Cádiz, sucedía también que hacíamos algún viaje á Francia, á Suiza, á Italia ó por la misma España. Lo malo era que, siempre que por algún motivo salíamos del convento Carolina y yo, teníamos que separarnos.

—Pero ¿por qué tenían ustedes que separarse? Dispense usted si hay indiscreción en mi pregunta.

—¿Indiscreción? ¡oh! ninguna: la razón es muy sencilla: mis parientes no visitaban á los de Carolina.

—Verdad es que en la sociedad se hacen distinciones...

—Así parece; y en cuanto á mí, puedo asegurar á usted que todavía no he podido comprenderlas.

—El vestido de promesa de usted ha llamado

mucho la atención, Irenita,—continuó el conde, desviando la conversación de un asunto que le parecía un si es no es resbaladizo.

—No he dejado de notarlo,—contestó Irene,—pero ya yo estaba preparada para eso, así es que no me ha sorprendido. No es nada agradable, á la verdad, llamar la atención, particularmente si la causa es una cosa tan insignificante como el vestido. Puede ser que alguien lo tome á mal y se burle. Tanto mejor entonces para mí, si es mayor mi mortificación. Pero, como quiera que sea, á mí me basta que hayan aprobado mi conducta, en primer lugar mis padres, y en segundo la señora doña Matilde, que me ha tratado con una atención muy superior á lo que yo merezco.

—Todo lo merece usted, Irenita. Puede usted estar segura de que no sólo ellos, sinó muchos otros aprueban los motivos tan justos de usted.

Con razón hablaba Irene de esta manera, pues había tomado al vuelo, entre los concurrentes, más de una sonrisa burlona y desdeñosa; y sin duda más que nadie habíase hecho, aunque disimuladamente, reo de tal indiscreción nuestro conocido el joven don Dimas Caspa, el cual, á pesar de que acababa de hacer á Carolina la más rendida declaración de amor, no había aún logrado bailar con

ella, y andaba, según suele decirse, como pájaro bobo, sin saber dónde posarse. El diablo hizo, sin embargo, que viniese ahora á observar que el elegante conde de Palmasola no se desdeñaba de dirigir la palabra á tan humilde persona como era Irene Albar; y como, por otra parte, la chica era bonita, que eso no se podía negar, dirigiose á ella, interrumpiendo la conversación, y se ofreció á ser su compañero de mazurka. Irene titubeó un instante, tanto más cuanto que le parecía notar en aquel individuo cierta familiaridad, por lo menos, fuera de sazón: con todo, conjeturando, y no sin razón, que debia de ser un amigo de la casa, y deseando bailar, pues era natural que así fuese, aceptó la mano que Caspa le ofrecía; y excusándose con el conde por medio de un gracioso saludo, salió ligera como el colibrí del jardín, dió un beso, al pasar, á Carolina que estaba bailando con Fernando Arenas, y ocupó su puesto entre los danzantes.

El conde, empero, que con la vista la seguía, y lo mismo Carolina, observaron con alguna extrañeza que, á pocas vueltas, volvía Irene á su puesto, sin siquiera dignarse, según costumbre, dar la mano á su compañero que iba tras ella con la desmaña que era consiguiente, y que tuvo que

retirarse delante del altanero saludo que al sentarse le dirigió la bellísima joven. El conde no se había movido aún de su asiento; y, levantándose al verla llegar, le entregó con mucha urbanidad el abanico que había dejado olvidado en la silla, y que él había tenido durante aquel corto rato en sus manos.

—¿Ha sentido usted alguna indisposición?... El calor quizá... Perdone usted: este es su abanico...

—Gracias... no he sido afortunada en aceptar la invitación de ese joven. ¿Quién es? Pido á usted á mi vez perdón, si hay alguna indiscreción en mi pregunta.

—Ninguna, Irenita. Es Dimas Caspa, que á la fuerza ha de ser amigo y hasta pariente de todo el mundo. No hay casa donde no se le encuentre, en los más escogidos círculos de la Habana, y sabe todo lo que en ellos pasa, siendo eso, á mi entender, lo único que sabe... ¡ah! miento; sabe otras muchas cosas. Sabe destapar una botella de vino de Champaña sin que se vuelva todo espuma, y arreglar los anzuelos para la pesca de las diferentes clases de peces, y la carga de una escopeta para la caza de las diferentes clases de aves: posée los más eficaces remedios para todas las enferme-

dades á que están sujetos los caballos y perros, conoce el camino más corto para ir á todas partes, está siempre dispuesto á ser padrino cuando no hay quien quiera serlo, calcula lo que pesa un gallo sin tomarle en la mano, y no hay juego de naipes cuyos más intrincados resortes no conozca; está comprometido á casarse con todas las mujeres que ve; y por fin, hace, si se le presenta la ocasión, maravillas con la sartén y la olla. Ya ve usted si es hombre de consecuencia, y si habrá para él puerta cerrada.

Riose Irene del bosquejo hecho por el conde, y antes que pudiera hacer las observaciones que el carácter de un ente tan singular requería, llegaron Carolina y Fernando, y tomándola este por la mano y pasándole aquella el torneado brazo por la cintura, condujéronla al piano, que estaba en el gabinete próximo á la sala. El marqués la esperaba de pié á la puerta, y le rogó con muy urbanas y afectuosas frases les diese á todos el gusto de hacer oír su voz, que Carolina con tanto entusiasmo encarecía.

—El gusto será mío, señor marqués,—contestó Irene sin turbarse,—ya que así me da usted la ocasión de mostrar mi agradecimiento.

Carolina se sentó al piano para tocar el acom-

pañamiento; y vibró la sala con la suave y á la par robusta voz de contralto de Irene, cantando la famosa aria de Romeo con que entonces la Pantanelli llenaba de eutusiasmo á los filarmónicos habaneros. Un movimiento de viva admiración se apoderó del auditorio; los ojos todos estaban fijos en los de la bellísima cantora, que, al romper en el animador alegro

La tremenda ultrice spada,

no sólo la voz, sinó todo el rostro y áun la acción de la mano, dieron muestra de la noble energía de su alma. Cuando cesó de cantar, un aplauso atronador se escuchó en todo el ámbito de la casa.

A la mañana siguiente, mientras las dos amigas repasaban los acontecimientos de la noche anterior, haciendo sobre ellos mil comentarios, dijo de repente Irene:

—Dime, Carolina, ¿serás siempre mi amiga?

—Me gusta tu pregunta: la muerte sola podrá separarme de tí, mi buena, mi querida Irene.

—Eso es mucho decir. Tu círculo, Carolina, está distante del mío, y me parece que en ninguna parte nos encontraremos... á menos que no sea en la iglesia, que no hace distinciones.

—¿Qué dices? Nosotras sabremos encontrarnos.

Tú has de ser mi consejera aquí como en el convento, ¿estás? no me vengas con cuentos.

Irene, por toda contestación, suspiró, y Carolina le llenó la cara de besos.

No sólo estas dos niñas, como es de suponerse, hacían comentarios la mañana siguiente. Debimos, para ser exactos, decir el día siguiente, porque durante la mañana no es creíble que estuviese ninguno de los convidados en disposición de hacer comentarios, á menos que se practicase este ejercicio en sueños. Aclaraba ya la luz del alba el horizonte, cuando partieron de las hospitalarias puertas del marqués de Peñas Altas los últimos carruajes, mientras los músicos, con los instrumentos bajo el brazo, agobiados por la fatiga, salían medio dormidos en busca de sus humildes chiribitiles.

Otros, pues, además de las señoritas de Valmoral y Albar, hacían, con no poca balumba de altisonantes exclamaciones, sus respectivos comentarios. Dimas Caspa acababa por decir á los que le prestaban atención, que Irenita Albar no sabía bailar la mazurka; más de cuatro daban por hecho el matrimonio del conde de Palmasola con la heredera del marqués de Peñas Altas, rumor que á todo trance se esforzaba por apagar Fernando

Arenas con sonrisas maliciosas acompañadas de su acostumbrado manoteo. También negaba á pié juntillas este proyecto de enlace la señora doña Martina, que seguía alimentando las esperanzas que en favor de su romántica hija había concebido; y con tanta firmeza lo negaba, que su marido, el señor de Alerte, empleado de Hacienda, tuvo que sostener tantas disputas cuantos eran sus compañeros de oficina.

Después de almorzar en casa del marqués, volvió Irene á la suya, colmada de los más afectuosos ofrecimientos de parte de aquel señor, así como de doña Matilde. Y desde aquel día nuestras dos ex-colegialas entraron en el nuevo género de vida que, por sendas cuajadas de flores, ante ellas se ofrecía.

Carolina tomó posesión de su casa, no para manejarla, porque eso era de la incumbencia de doña Matilde, sinó para recibir el constante homenaje de la parentela, que la trataba como á niña mimada, llevándola de aquí para allá en un verdadero torbellino de flores, música y palabras de almíbar. Otro homenaje no menos constante ni menos halagüeño era el que le rendía la numerosísima servidumbre de la casa, esclavos todos humildes y sumisos de la amable y condescen-

diente señorita, ansiosos de servirla y merecer una sonrisa de sus labios. El festin, el baile, el paseo, la ópera, llenaban de impresiones aquella alma tierna, impulsiva y entusiasta.

Irene, por el contrario, entró en vida de continua ocupación.

La casa de don Bernardo, si bien no tan espaciosa, tenía una distribución semejante á la del marqués. Carecía de entresuelo, y el escritorio se hallaba en el piso bajo. Doña Clemencia, madre de Irene, aunque no había recibido una educación muy esmerada, poseía las dotes necesarias para ayudar al marido á aumentar su fortuna: á decir verdad, él á boca llena y en todas partes decía que se la debía á ella. La parte que con este buen fin la discreta señora para sí había tomado y de la cual con sobrada justicia en lo interior de su alma se vanagloriaba, comprendía el orden y la economía que en su casa tenía establecidos. Aunque no se mezclaba ni ingería en nada de lo que pasaba de escaleras abajo, con todo, su bondadosa solicitud buscaba y hallaba algún modo de ser útil á los dependientes de su marido, entendiendo en la comida que se les servía y acompañándolos en sus disgustos y enfermedades.

El viaje que doña Clemencia acababa de hacer,

terminado por tantos sustos y alarmas, había menoscabado no poco su salud que siempre era escasa; de manera que Irene, la cual por un impulso de su sano y recto juício, comprendía pronto lo que le tocaba hacer, se empeñó en que su madre, siquier fuese por algún tiempo, había de entregarse á un completo reposo; y logrando su intento, tomó por su cuenta el manejo de la casa. Esta ocupación, aunque le tomaba buena parte del día, dejábale, con todo, sus horas de vagar que destinó á satisfacer el deseo manifestado por su padre de que siguiera algunos de los estudios que había interrumpido su salida del convento, y á los cuales tenía afición marcada. Tomó, pues, los mejores maestros de idiomas, música y pintura con que la Habana en aquella época contaba; y fué fortuna para ella que el del primero de los ramos indicados fuese un mister Eddy, norte-americano de claro talento y nada escasa erudición, converso protestante que, para vivir en tierra católica, había fijado en Cuba su residencia. Mister Eddy no tardó en observar que su discípula se hallaba dotada de juício recto y penetración viva; así es que, aparte de las lecciones de idiomas, tenía placer en entrarse por campos más interesantes y facilitar á Irene periódicos y libros que servían de sugerirle

ideas nuevas ó corregir y madurar sus juícios. A pesar de sus quehaceres, no dejaba á veces de sentirse sola y aislada; pero no era este sentimiento bastante á traer consigo la tristeza. Las memorias del colegio, las de los viajes que había hecho, hacíanle dulce compañía, sin que dejase de saltearla con no poca frecuencia la del baile de Carolina con su ambiente perfumado de aristocrática elegancia.

CAPÍTULO V.

ISABEL LUNARES.

Poco tiempo habia trascurrido después de los sucesos que hemos narrado, cuando, con motivo de la salud cada día más desmejorada de doña Clemencia, determinó su esposo llevarla á un cafetal llamado *Santa Rosalía*, que tenía en las inmediaciones de Bahía Honda, donde á la vez pudiese respirar los aires más puros del mar y del campo. Irene, si bien lamentaba el triste motivo que á aquellos lugares la conducía, no dejaba de sentir una dulce satisfacción al pensar en los agradables

ratos que un género de vida, nuevo para ella, iba á proporcionarle.

Un viaje en carruaje, y por caminos que de tales sólo tenían el nombre, es penoso por extremo, y más lo hubiera sido este de la familia de Albar, si no lograra hacerlo entretenido la compañía de Pancho Rojas, sobrino, según hemos apuntado ya, de don Bernardo; y que, como encargado de muchos de los negocios del tío, conocía á palmos el terreno, y tenía vara alta en todas partes; á lo cual hay que añadir que trataba, por todos los medios posibles, de captarse la voluntad de su bella prima.

La vida de campo produjo en doña Clemencia el resultado apetecido, de modo que pudo Irene á placer realizar sus deseos de hacer más ó menos largas correrías á caballo por aquellos pintorescos sitios. Acompañábala á veces su padre, pero más frecuentemente Pancho, en cuyo último caso, según lo exije la decorosa costumbre cubana, uníase á entrambos jóvenes la esposa del mayoral de la finca, joven asimismo, jovial y complaciente.

—¡Molestia, doña Irenita!—exclamó la mayorala, cuyo nombre era Candelaria, la primera vez que se solicitó su compañía y cuando iban ya los tres cabalgando por el camino real;—¡Jesús! no diga usted eso: al contrario, si me alegro mu-

chísimo de servirla de pararrayos, como que así podré ver los cafetales de las cercanías, que dicen que son de lo más bonito que hay en el mundo.

—¿Qué quiere usted decir con eso de pararrayos, Candelaria?—preguntó Irene entre risueña y sorprendida.

—Nada; lo digo porque como yo vengo para cuidarla á usted y á don Panchito...

Irene se quedó un instante pensativa, como si, en la inocencia de su alma, no pudiese comprender aquella extraña situación; y probablemente sin alcanzar á comprenderla de lleno en lleno, acabó al fin por reirse de buena gana, y lo mismo hizo, aunque con sus puntas y ribetes de malicia, la buena de Candelaria.

—Como si yo pudiera hacerte daño alguno,—dijo Pancho, fingiendo enfado,—yo que quisiera verte en un peligro para exponer por tí la vida.

—¿Qué le parece?—exclamó Candelaria.—Escuche si llueve.

—A mí no me parece bien,—contestó Irene;—Pancho no sabe lo que se dice; porque eso de querer que yo me vea en un peligro...

—¡Oh! no; no es eso, y tú bien me entiendes,—repuso Pancho.

—¡Qué calle de palmas tan hermosa!—exclamó

Irene, deteniendo de repente su caballo, y contenta de que el espectáculo que en aquel momento á sus ojos se ofrecía, hiciese dar otro rumbo á la conversación.—Parecen columnas de mármol como las que he visto en las catedrales de España. ¡Qué ruído tan agradable hacen sus hojas! ¡cómo brillan con el sol! Este es también un cafetal, ¿no es así?

—Sí señorita, este es el cafetal de un marqués de la Habana,—contestó Candelaria.

—Está medio abandonado,—añadió Pancho;—es del marqués de Peñas Altas, el padre de tu amiga Carolina. Han sacado la mayor parte de la dotación para llevarla á un ingenio que está fomentando el marqués cerca de Matanzas. No hay nada que ver.

Estas últimas palabras fueron como una respuesta á Irene que hizo un movimiento con las riendas para dirigir el caballo á la monumental portada de hierro que daba paso á la calle de palmas que tanta admiración le había causado. A pesar de la observación de Pancho, ella, movida de la curiosidad, insistió; y los tres llegaron en breves minutos á la casa, que al extremo de la calle se levantaba.

—¡Nada que ver!—exclamó Irene, volviéndose á su primo que parecía confuso;—esto es magnífico.... ¡Qué casa! ¡qué jardines!

dándole las riendas en la mano:—eso le estaba yo diciendo á don Panchito. Como la niña del amo ha venido hace poco tiempo de España, piensan pasar aquí unos días; y parece, según yo aquí me figuro, que habrá mucha gente, porque las carretas que estoy esperando vienen hasta el tope con un sin fin de cosas. Así me lo dijo el mayordomo del amo que estuvo aquí el otro día á ver la casa y darme aviso.

Irene escuchaba pensativa, apoyando en los labios el delicado mango de nácar del latiguillo; y dando al mayoral las gracias luego que éste hubo acabado de hablar, partió, adelantándose á sus compañeros, como deseosa de entregarse sola á algún dulce pensamiento.

Al llegar á casa, se sorprendió de encontrar á su padre en acalorada conversación con el mayoral de su finca. Candelaria también, en cuanto entró tras Irene en la sala de la casa, con el semblante todo demudado, hizo un gesto de admiración, y se dirigió al punto á su marido; pero detúvose al ver una mujer sentada en un rincón; y reconociendo en ella á la hermana de aquél, exclamó:

—¡Belica! ¿tú aquí? ¿qué ha sucedido?

La mujer á quien estas palabras iban dirigidas, y que no se movió de su asiento, ni dió señal

ninguna de querer hacerse cargo de contestar aquellas preguntas, era Isabel Lunares, hermana del mayoral de don Bernardo, como acabamos de apuntar. Tan joven aún, que no tenía más de catorce años, llamaba la atención por su singular aspecto. La frente era angosta en extremo, defecto que procuraba disminuír, llevando todo el pelo, que era muy negro y abundante, hacia atrás, y alisándolo en cuanto le era posible. La cara, desproporcionadamente corta, parecíalo áun más por la nariz reducida y arremangada y los labios delgados y sutiles. Sólo un examen escrupuloso, sin embargo, hacía notar estas faltas; porque era de pronto difícil ver otra cosa que sus ojos, los cuales eran de una belleza fascinadora: negros, rasgados, líquidos, lucientes, con largas pestañas, y una expresión tal que parecían reconcentrar en los rayos de su mirada las pasiones todas del corazón humano. Un gran lunar negro resaltaba en una de sus mejillas, cerca de la boca. El busto de Isabel, que, á favor de una precocidad harto común en las razas meridionales, había llegado á su completo desarrollo, hubiera podido servir de modelo á un escultor. Vestía un traje de muselina de color anaranjado que armonizaba con su tez morena; y el pañuelo de seda que cubría sus

hombros, se cruzaba sobre el pecho, meciéndose con el movimiento de la respiración.

Al entrar Irene en la sala, fijó en los de su padre los ojos, como pidiendo la explicación de aquella escena; pero antes que él pudiera darla, se enteró de lo que pasaba, oyendo á Lunares que decía á su esposa de esta manera:

—Nada, no tienes que preguntarle á ella. Ni te lo dirá; porque está tan emperrada que ni una yunta de bueyes le arranca una palabra de la boca. Aquí no hay más, Candita, sinó que mi madre ha mandado acá á Isabel, porque no puede entenderse con ella; y yo estaba aquí pidiendo licencia al señor don Bernardo para que la deje estar algunos días con nosotros. El señor don Bernardo no tiene inconveniente, aunque es una molestia, por lo que pudiera suceder; porque donde está esta muchacha, siempre ha de haber trifulcas. A nada le tiene ley; pero bien puede no descuidarse conmigo, que donde se me hinchen las narices... ya lo verá. Cada día está más encaprichada con ese condenado de Martín, que, para mi gusto, es mulato; y mi madre quiere que se case con Simón, que la acaba de pedir, y es todo un hombre.

Mientras Lunares hacía esta relación, con tono alterado y voz balbuciente, su hermana, como si

de ella no se tratara, permanecia callada, sin hacer otro movimiento que pasarse de vez en cuando una punta del pañuelo de seda por la frente bañada de un sudor calenturiento.

—Escúcheme usted, Lunares,—dijo don Bernardo luego que el mayoral se detuvo,—yo consiento de buena voluntad en que la hermana de usted permanezca en mi casa; pero es preciso que usted se modere, y que de ninguna manera la violente usted: eso no; téngalo usted entendido. Si ella tiene juício y es dócil, verá que le tiene cuenta no ir contra la voluntad de su madre; porque los padres no se equivocan fácilmente, si se trata de la suerte de sus hijos.

—¿Quién?.... ¿ella juício? ¿ella seguirse por lo que su madre le diga?.... ¿esa?.... no la conoce usted, señor don Bernardo,—gritó Lunares cada vez más irritado, sin duda por la aparente impasibilidad de su hermana.

—Bien, basta, Lunares,—continuó don Bernardo; y, volviéndose á la hermana, le dijo con tono amable y conciliador:—Isabelita, piense usted bien en lo que va á hacer; piense usted en que lo que su madre quiere, lo quiere para bien de usted. Usted puede vivir en esta finca con su hermano, y nadie la molestará. Si desea usted alguna

cosa, diríjase con franqueza á mi esposa ó á mi hija, que tendrán placer en servirla á usted en lo que sea justo.

Irene, al oír esto, se encaminó llena de amable solicitud hacia Isabel, y se sentó á su lado; pero ni á ella, ni á don Bernardo, hizo la áspera guajira la menor demostración de gratitud.

—Y ahora,—concluyó don Bernardo,—bueno será que se retiren ustedes.

Candelaria hizo ademán de tomar de la mano á Isabel para retirarse; pero ésta, sospechando su intención, se puso en pié como movida por un resorte, y echó á andar sin hacer un gesto ni decir una palabra.

—Ese es tu cuarto,—le dijo Lunares, cuando llegaron á la casita en que vivía el mayoral, señalándole uno al lado del que él ocupaba con su esposa.

—Y de aquí me sacarán con los piés por delante primero que yo consienta en casarme con Simón, —contestó Isabel, fijando en los de su hermano los grandes ojos, encendidos por el odio y el despecho como dos ascuas.

Luego que se hubieron retirado Lunares y las dos mujeres, acercose don Bernando á una mesa, donde estaba recorriendo su correspondencia en el

momento en que había sido interrumpido por el lance que acabamos de referir. Volviendo ahora á su tarea, dijo á Irene, que había venido á sentarse á su lado.

—Aquí hay algo para tí, hija; una carta y esos cuadernos.

—Es letra de Rebequita,—contestó Irene, la cual, mientras don Bernardo continuaba en su ocupación, leyó la carta, que era de la señora de mister Eddy, su maestro de idiomas. Habíase ésta hecho grande amiga de la discípula de su marido; y, como aficionada que era á las letras, dábale en su carta cuenta de las recientes publicaciones, mandándole el *Aguinaldo habanero*, libro que entonces llamó mucho la atención en los círculos literarios de la capital, y del cual hoy nadie se acuerda.

—El lance de esa muchacha me tiene caviloso, —dijo, al fin, don Bernardo, recogiendo sus cartas y metiéndolas en el bolsillo.—Mucho me temo que nos acarrée algún disgusto serio que desasosiegue á tu madre y le haga perder lo que va ganando en salud. Lunares es un buen hombre, y honrado como pocos; pero es más cerrado que pié de mulo, y la hermanita no le va en zaga, según parece por la muestra con que acaba de regalarnos.

—No lo quiera Dios—contestó Irene.—Y ¿es verdad, papá, que ese hombre de quien hablaba Lunares tiene tan malos antecedentes?

—¡Qué va á tener! Figúrate que no hay más sinó que este Lunares ha dado oído á rumores que no tienen fundamento alguno, sobre la limpieza de sangre del que quiere la hermana darle por cuñado. Verdad es que el tal Martín Quintana no tiene tras qué caerse, porque, aunque es listo y trabajador, se le van los ojos, y también el dinero, detrás de las patas de un gallo. Pero esto mismo le sucede á Lunares que está orgulloso con su cría de gallos finos; y otro tanto puede decirse de Simón, que tiene fama de ser un mozo completo. Si Lunares prefiere á Simón, es porque Simón está bien emparentado, y la echa de caballero.

—Es cosa singular que no haya clase, por ínfima que sea, en que no se observen distinciones, —dijo Irene con aire pensativo.

—Así es, ni más ni menos, hija mía: hasta un negro criollo se cree superior al de nación, como llamamos aquí á los que han sido traídos de África. Pero á mi ver, no hay en eso ningún mal..... se entiende, si no se atropella la justicia. ¿Habremos de culpar á una persona que trate por medios legítimos de elevarse á un estado más alto que el

que ocupa en la sociedad? No por cierto: el deseo es bueno y natural. Isabel Lunares ganaría mucho, y haría un buen servicio á su familia, casándose con Simón; y es muy justo que la madre y el hermano quieran realizar ese matrimonio. El mal está en que, para lograrlo, no se paren en los medios, y traten de violentar á la muchacha, que, sea por amor ó por capricho, se ha decidido á favor de otro hombre que seguramente no merece se le haga una oposición tan obstinada.

—Pero ¿no será cosa común valerse, en esos casos, de medios reprobados?

—Más de lo que puedes imaginarte con tu inexperiencia del mundo; y ese mal, que acarrea á muchas almas la ruína, existe, por desgracia, en mayor escala en América que en Europa. Las diferencias, en las clases sociales, están allí más marcadas que entre nosotros. En Europa, el hombre, para salir de una ínfima condición, tiene que presentarse rodeado de méritos personales extraordinarios. En América, y lo mismo en todo país colonial, puede decirse con mayor verdad que el hombre es hijo de sus obras, á lo cual contribuyen la escasez de población que hace comparativamente fácil la adquisición de las riquezas, y la circunstancia de que, aquí, el individuo que se

eleva, se presenta solo ante la sociedad, sin que le haga perjuicio el espectáculo de parientes humildes y menesterosos.

—Si la adquisición de las riquezas,—observó Irene después de un momento de silencio,—hace que el hombre logre elevarse á un alto rango en la sociedad, ¿por qué es que hay ricos que no se contentan con serlo, sinó que solicitan condecorarse con títulos de nobleza?

—Eso no es más que efecto de la vanidad humana. Entre nosotros no existe la nobleza histórica de las naciones antiguas, creada para galardonar á individuos que se distinguieron en la guerra ó en los consejos. La nobleza entre nosotros no es más que la representación de la riqueza. El título del noble, por sí solo, nada dice: lo que le eleva es su riqueza; y esa elevación es tanto más acatada, cuanto es más puro y legítimo el modo con que haya sido la riqueza adquirida. La dignidad del noble está en conservar la riqueza aumentándola, y en hacer de ella un buen uso. La riqueza del individuo representa los pasos que nuestro país ha dado hacia su prosperidad y cultura. Todo hombre está obligado á ayudar al país á dar esos pasos; y por una ley providencial el que ayuda al país se ayuda á sí mismo, de la misma manera

que, según nos enseña el Evangelio, quien ejerce la caridad, pone para sí tesoros en el cielo. Mira á la familia de Valmoral con la cual has venido tú, por una casualidad, á ponerte en contacto y que entre sus individuos cuenta marqueses y condes. La raíz de su elevación es la riqueza; y es justo añadir que no hay quien pueda decir que haya sido mal adquirida. Es notorio que el abuelo del marqués era un hombre de lo que se llama baja extracción.

—¡Es posible, papá!

—Tan posible que es un hecho. Ni ese abuelo, ni su hijo, que fué el que tituló, han hecho otros servicios que aquellos que se identificaban con la adquisición de una gran fortuna. Y esos servicios han sido grandes y de mucha importancia; porque sus riquezas han levantado el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar á una altura tal, que se ha convertido en el elemento principal de la prosperidad de la Isla. Sus riquezas han hecho, además, navegar vapores en nuestras costas, han promovido la construcción de ferrocarriles, y, por fin, han erigido templos y abierto escuelas. Yo me hallo en el mismo caso. En pocos años he visto, con el favor de Dios y la ayuda de tu madre, crecer mi caudal de una manera extraordi-

naria; y gran parte de ella está empleada en todas esas empresas.

—Y ¿podría usted obtener un título de nobleza?

—¿Quién lo duda?... y no faltaría quien me fabricara un árbol genealógico tamaño como el camino de aquí á la Habana, haciéndonos descendientes de los siete infantes de Lara... ¡qué! ¿quisieras tú ser condesa?

—No he pensado en eso, papá,—contestó Irene, acompañando á su padre en la risa con que éste le hizo la pregunta.—Pero me parece muy extraño que haya quien conceda cierta superioridad á una familia de título, sin que parezca alegarse otro mérito que el del título.

—Eso no pasa de ser una solemne tontería.

—Ahora oirá usted lo que me sucedió en la noche del gran baile de Carolina. Uno que, según me dijeron, se llama Dimas Caspa, y tiene algunas pretensiones de pertenecer á la familia de Valmoral, me sacó á bailar. De buenas á primeras empezó á hablarme como si me hubiese conocido de tiempos atrás, haciendo de mi cara unas celebraciones que chocaban por exageradas. Yo hice lo que pude por dar un corte á la conversación; pero él seguía adelante con el mayor descoco. En resumidas cuentas; ¿puede usted creer

que se atrevió á decirme, que si yo fuera hija de mejores padres, podría aspirar á casarme con el más encopetado de aquella reunión? Al oirle, sentí toda mi sangre en la cara, perdí toda mi paciencia y me fuí en derechura á mi puesto. Después he pensado que por mejores padres tal vez quiso decir padres nobles, de manera que no hay duda que para muchas personas la palabra *noble* no tiene sinó una significación.

—Yo me rio de eso, Irene, aunque no puedo menos de sentir que pasaras ese mal rato.

Irene, al acabar de hablar, se había puesto en pié, y acercándose á su padre con los ojos húmedos de lágrimas, pasó por su cuello el brazo, recostando la blanda mejilla sobre su cabeza, donde ya alguna que otra cana hacía relucir su línea de plata. En esta actitud los sorprendió Pancho Rojas, que también había recibido su correspondencia, y venía á anunciar que se veía obligado á ir sin pérdida de tiempo á la Habana. Después de conferenciar algunos minutos con don Bernardo, despidiose de todos, montó á caballo y partió.

Irene y su padre salieron al pórtico de la casa acompañando á Pancho; y mientras éste se alejaba, le seguía con los ojos su tío, dirigiéndose al mismo tiempo á su hija.

—Algunas veces habrás oído á Pancho decir lindezas de la aristocracia: en tratándose de este punto, no se muerde la lengua, no, porque Pancho.....

—Sí señor; y algo me ocurre ahora sobre esto... pero ¿qué iba usted á decir?

—Pancho es joven; y, aunque ha viajado un poco cuando le hice ir á Inglaterra á aprender el inglés, no conoce el mundo más que tú, y le sucede lo que á tí te ha sucedido; no puede, como yo, reirse de ciertas tonterías. No hace muchos días vino indignado á quejarse de que el conde de Palmasola le había tratado con poca urbanidad.

—¡El conde!

—Nada,—prosiguió don Bernardo, que, habiendo perdido de vista á Pancho, volvió con Irene á sentarse en la sala.—Ya yo ni me acuerdo del lance. El conde no le brindó asiento en su casa, ó cosa por el estilo... Ni era una visita... pero, en fin, nada entre dos platos. Pancho es puntilloso, y tiene su poquito de orgullo... muy poco, muy poco, porque su corazón es generoso. Gracias á su laboriosidad y honradez, se está labrando una fortuna independiente: se compara con don Carlos de Valmoral, conde de Palmasola, que es el más orgulloso de la parentela, y se considera tan bueno

como él. Y tiene razón. Porque el conde es un hombre inútil á la sociedad. Teniendo talento y virtudes que, en justicia, nadie, ni el mismo Pancho, le niega, pasa la vida en la mayor indolencia, dejando que manos ajenas, y no siempre limpias, manejen la pingüe herencia que con el título le dejó su padre. Me consta que ya hoy con dificultad le alcanzan las rentas para subvenir á sus gastos tan fútiles como cuantiosos. Si una circunstancia favorable no le arranca de su situación actual, se verificará en él el dicho vulgar de «El padre tabernero, el hijo caballero y el nieto pordiosero...» Pero tú ibas á hacer alguna observación...

—Lo que yo iba á decir á usted, papá, es que extrañé mucho, hoy mismo, la especie de oposición que manifestó Pancho cuando quise que visitásemos el cafetal del padre de Carolina.

—Tendrá miedo,—dijo don Benardo riéndose,—de que puedas pasarte al bando contrario. Porque has de saber, hija, si es que tú no lo has notado ya, que Pancho te tiene inclinación.

—¿Quién?... ¡Pancho!

—No es de ahora; te la tenía desde que estabas en Cádiz; y se le conocía hasta por las costuras de la levita cada vez que se leía alguna de aque-

llas largas cartas que nos escribías, tan llenas de cariño y tan salpicadas de descripciones interesantes... Luego, nos tiene ley á tu madre y á mí... Ya se ve; perdió á sus padres en la niñez, mi hermana me le recomendó al morir, y se ha criado en casa como si fuese mi hijo. Si he de hablarte con franqueza, te diré que tanto tu madre como yo hemos visto con mucho gusto que esa inclinación, lejos de disminuír con tu presencia, ha ido aumentando más y más. En suma... ¿por qué he de ocultártelo?... Pancho, con toda lealtad, me ha hablado sobre esto, y hasta me ha pedido tu mano; pero su pecho es tan generoso, que con el mayor ahinco me suplicó no te dijera nada; pues está muy distante de pretender que mi voluntad ejerza la menor influencia sobre la tuya. Yo no quise prometerle que callaría, porque no hay para qué hacer de esto un misterio; y que, cualesquiera que sean mis deseos, tú tienes tu voluntad, y yo confío mucho en tu juício y discreción.

Irene callaba, y lágrimas brotaban de sus ojos.

—Ya lo veo,—continuó don Bernardo enternecido,—no hay esperanzas para Pancho... vamos, hija, no quiero verte llorar. Figúrate que nada he dicho... se acabó... Vamos en busca de tu madre para que demos una vuelta por la arboleda.

CAPÍTULO VI.

RAFAELA.

EL cuidado que su madre requería y los estudios, á los cuales cada día con mayor ardor se inclinaba, no impedían á Irene el interesarse por lo que en el cafetal se hacía. Su pecho tierno y caritativo hallaba desahogo en la compasión que le inspiraban los esclavos, compasión tanto más profunda cuanto que su educación en la Península le había hecho perder el hábito de rozarse con aquellos seres infelices. Eran los enfermos objeto de su más tierna solicitud; pero donde á la par que se daba á sí misma la satisfacción de

cumplir con un deber, encontraba solaz y esparcimiento, era en la que, en las grandes fincas de la isla de Cuba, llaman casa de criollos. Estaba ésta, en el cafetal Santa Rosalía, situada sobre la falda de una ligera cuesta en medio de un frondoso platanal; y á todas horas veíanse retozar allí los hijos más pequeños de las esclavas que estaban en estado de atender á sus quehaceres, y que, á ciertas horas venían á dar el pecho á los que áun lo necesitaban. Sobre todos ellos dominaba con autocrática dignidad, con un pañuelo de algodón de vivos colores por corona, Rafaela, negra entrada ya en años, y cuya obesidad no era parte á disminuír un punto el continuo movimiento á que la obligaba la natural viveza de sus indómitos vasallos. Por fortuna para estos y también para ella, era Rafaela de índole jovial y bondadosa, de manera que nunca dejaba de proporcionar momentos agradables una visita á la casa del platanal.

Irene, que, siempre que llegaba á su puerta, había de ir con un cesto de frutas y dulces, era, como es de suponerse, recibida con gritos de júbilo y miradas llenas de la inocencia del cariño infantil. Los más atrevidos corrían hacia ella y se colgaban de su vestido, sin dar oídos á las terri-

bles y nunca realizadas conminaciones que lanzaba la buena de Rafaela. Para los más pequeños pronto repartía la codiciada cesta sus preciosos tesoros; pero de algunos que tenían ya seis ó siete años exigía Irene condiciones, que, si eran un tanto onerosas, no dejaban de ser gustosamente aceptadas, gracias al buen humor y á la paciente amabilidad de quien las imponía. Reducíanse estas condiciones á repetir las oraciones del catecismo; y tal era la maña de que se valía la hábil maestra, que la lección, antes que tarea, era un placer; y más de una vez se le humedecieron los ojos de gozo, contemplando á aquellas inocentes criaturas arrodilladas delante de una hermosa estampa de la Virgen de las Mercedes que ella, con sus manos y en medio del asombro general, en la pieza más grande de la casa había colocado.

Cierto es que no solía contener la cesta cosa alguna para Rafaela; pero no lo es menos que Irene le llevaba lo que ella más apetecía, y era la compañía de una persona que bondadosamente se prestaba á escuchar sus largas y complicadas relaciones; porque es de saber que coserse la boca era misterio punto menos que incomprensible para la digna guardiana de aquella falange infantil; y que, cuando no tenía con quien entablar un diá-

logo corriente, sabía forjarse una especie de soliloquio, dirigiéndose á los chicos, que no la entendían, y hasta á la mesa, las sillas y las cacerolas, que ni podían escucharla: siempre acalorada, y siempre haciendo con la risa relucir, en medio de la negrura de su tez, la blancura de sus sanos y bien acondicionados dientes. Pero oigámosla una de las muchas tardes que fué allá Irene.

—Buenas tardes le dé Dios á la niña. Yo creía que ya su merced se había olvidado de su negra vieja. Dos días que no la veíamos... ¿dos días?... tres... deje ver, miércoles... tres días cabales. Ya yo estaba con el credo en la boca, creyendo que había sucedido algo en la familia; pero es verdad que ha estado lloviendo sin parar... Quítense de encima de la niña Irenita, diablitos, que le van á hacer trizas la ropa... Lucía, mira que cojo las correas, y llevas una de que te vas á acordar hasta la semana que viene... ¿Habrase visto mulatica más arriscada? Camina á sentarte en aquel rincón; y tú, Periquillo, sucio, cochino, atrevido, apéate de esa silla para que se siente la niña.

—Déjalos, Rafaela, que los pobrecitos no saben lo que hacen,—decía Irene, riéndose de la mejor gana.

—Por eso es preciso enseñarlos, niña; si no

¿dónde vamos á parar? se la comen á una viva como los alacranes... Déjeme pasar un paño por la silla. ¡Ajá! siéntese su merced... Niña ¿será verdad lo que me han dicho hoy? Mire, fué como si me echaran un jarro de agua. El boyero me lo echó... Dios se lo perdone... el boyero mismo fué; y yo dije: «Ahora la niña Irenita no vendrá más á ver á los criollitos, y Rafaela se queda sola, sola.»

—¿Qué es lo que te han dicho?

—Que viene la familia al *Palmar*.

—¿Al *Palmar*?

—Sí, niña, al cafetal del marqués; y, por supuesto, la casa se va á llenar de gente, y habrá convites y bailes, y su merced se irá de aquella vuelta.

—¿Has estado tú alguna vez en el Palmar?

—¿Que si he estado? Si yo conozco á toda la familia.

—¿Vienen muy á menudo al Palmar?

—Todos los años, niña; pero yo donde he estado con la familia es en la Habana... ¡Vaya! y bien que los conozco á todos.

—¿Cómo es eso, Rafaela?

—Escúcheme la niña,—dijo con aire de importancia la negra.—Ahora años... ya hace muchos años, niña, y yo no era tan vieja, ni tenía estas

carnes que Dios sabe lo que me pesan... Pues, como iba diciendo, vinieron al Palmar, que entonces era un potrero, lo mismo que Santa Rosalía, que el amo hizo luego cafetal... su merced no había nacido entodavía, niña. Vinieron al Palmar á ver si había una buena criandera para el niño de una parienta del señor marqués que se llamaba la condesita de Palmasola; porque sucedió que la condesita murió de sobreparto. Yo no la ví nunca; pero toda la gente decía que era la niña más bonita de la Habana. Cuando tuvo el primer hijo, la condesita se murió. En el potrero del Palmar había una comadre mía, que se llamaba Micaela. Micaela estaba criando á su hijita, y yo estaba también criando á mi hijo Manuel, el único que he tenido en toda mi vida, niña Irenita. Micaela era una muchacha sana, y buena criandera; con que así, á ella se la llevaron á la Habana y la hijita se quedó en el potrero. Un pobre esclavo es hijo de Dios, niña, y tiene sentimiento. De nada valió el trato que le dieron á Micaela en la Habana... figúrese la niña cómo la tratarían. De nada valió saber que su hijita estaba buena y sana, y bien cuidada, y que le probaba muy bien la leche de vaca... Nada, niña, Micaela tenía su sentimiento, y se fué poniendo triste, y no tenía ganas de co-

mer, y la leche se le fué secando, secando, poco á poco. Entonces no hubo más remedio que mandar al potrero á Micaela. En el Palmar no había ninguna otra negra criando; pero el mayoral sabía que aquí estaba yo, y que se me acababa de morir mi pobrecito Manuel... Porque así era de verdad, que se me murió de una calentura mala. No he tenido otro hijo en mi vida, niña Irenita; pero en el cielo está, porque me lo dijo el padre cura de Bahía Honda que lo bautizó. El mayoral del Palmar mandó un propio á la Habana, diciendo que en el potrero de Santa Rosalía había una buena criandera y que se le acababa de morir la criatura; y aprisa, aprisa, volando, volando, hablaron con el amo, y... Rafaela para la Habana. Cuando yo ví el niño, me eché á llorar, acordándome de mi hijito. Parecía un angelito, niña, como los que ponen en el altar de la iglesia; y me tendía las manecitas, y se me pegaba al pecho como una sanguijuela. Dos años enteros le dí de mamar y nunca tuvo ni un dolor, sinó cuando lo vacunaron. Ya caminaba y comía de todo; pero siempre que quería dormir, siempre que estaba cansadito, andaba buscando á Fela por toda la casa... porque me llamaba Fela. En ese tiempo el conde se murió, y dejó dicho delante de mí y de los que tenía

á la cabecera cuando se estaba muriendo, que me dieran la libertad en cuanto se acabara de criar el niño. El niño se acabó de criar, y... Rafaela otra vez para Santa Rosalía. El niño creció y ahora él es el conde de Palmasola; pero parece que él no sabe nada de eso: la verdad es, niña, que yo me quedé esclava. Y gracias á Dios que me ha dado un amo tan bueno y una amita como su merced.

Es de presumir que la criandera del conde de Palmasola no llegaría al término de su relato sin frecuentes interrupciones de parte de sus refractarios súbditos; pero, por lo que toca á Irene, ésta escuchó silenciosa y pensativa, y al llegar la narradora á aquel desenlace, se levantó en ademán de partir, llevando en la cesta hasta media docena de huevos frescos que á doña Clemencia mandaba Rafaela, junto con otros tantos plátanos pasos que ella misma con mucho esmero y limpieza preparaba.

La llegada de los Valmorales á su cafetal del Palmar hizo todo el ruído que deben necesariamente hacer personas de tan elevada categoría. Paseos, bailes, juegos, representaciones teatrales, todo se dispuso para el entretenimiento y recreo de los numerosos convidados, entre los cuales contábase un príncipe extranjero. Un poeta compuso,

con más diligencia que fortuna, una loa que recitó á su tiempo Carolina con gran aplauso. No falta quien diga que esta poética efusión había sido hecha por encargo especialísimo del joven don Fernando Arenas; y que, en pago, se había dado el vate por satisfecho con una invitación á las magníficas fiestas del Palmar. Verdad es que corría asimismo muy válida la voz de que el autor de la loa ponía, cuando se le ofrecía, una mano, si no las dos, en los bolsillos de su protector, gracias á que, á vueltas de ser un mediano repentista, tenía no escaso conocimiento en materia de gallos de pelea, lo cual parece confirmar la ojeriza que, es sabido de buena tinta, le tenía Dimas Caspa, que, como hemos visto ya, era de la ralea de los oficiosos, y tenía á Fernando una afición particular. Por lo demás, dicen de este vate los manuscritos de donde tomamos los sucesos de esta verdadera historia, que no había aún entrado por el aro del romanticismo, y lo probaba la turbamulta de diosas, náyades y ninfas que, para ingerir en la mencionada loa, hizo bajar de un Olimpo ya bamboleante.

Pidiendo humildemente perdón por estas digresivas observaciones, proseguiremos asegurando al lector que el elegante conde de Palmasola, sin el

cual ninguna fiesta aristocrática podía llamarse completa, formaba parte de la brillante constelación que venía á alumbrar el cielo de Bahía Honda. Los vecinos, como es de razón, acudieron presurosos á presentar sus respetos al marqués de Peñas Altas: el capitán del partido, el cura, el médico y otros muchos, luciendo los trajes que no salían del armario sinó en las grandes solemnidades, abrían, desde los rincones donde encogidos se agrupaban, tamaños ojos delante de tan escogida concurrencia. Don Bernardo y su hermosa hija, si no los primeros, tampoco los últimos, llegaron también al Palmar á ofrecerse á sus nobles vecinos, manifestando el pesar de que á doña Clemencia le impidiesen sus achaques acompañarlos.

La acogida que á estos últimos hizo el marqués fué señaladamente cordial. Al verlos llegar, con pasos apresurados atravesó el pórtico, ayudó cortesmente á Irene á bajar del quitrín, y, sin dejar ir su mano, la condujo á la sala, donde estaba doña Matilde. Carolina, al oír la voz de su amiga, salió de uno de los cuartos inmediatos, tendiéndole amorosamente los brazos.

Concluídos los comedimientos de estilo, diéronse las dos jóvenes arte y maña para entregarse, solas, á la expansión de su tierno cariño.

—Tenía hambre de verte, Irene,—dijo Carolina llenando de besos la cara de su amiga.—No sabes lo que ha pasado por mí durante estas pocas semanas en que no nos hemos visto, y que me han parecido un siglo. Nunca he necesitado más de tus consejos; porque no sé qué va á ser de mí. Te aseguro que hay momentos en que quisiera morirme.

—¿Morirte? ¡Vaya! siempre la misma,—dijo Irene riendo alegremente.

—No seas cruel: ¿por qué has de reirte cuando me estás viendo tan afligida?

—Pues es claro: te he visto tantas veces llena de aflicción sin que haya una verdadera causa, que ya te oigo como quien oye llover.

—Tienes razón: bien me acuerdo que no te reías, sinó que llorabas á mi cabecera cuando estuve yo tan enferma en el convento. ¿Quién me cuidó entonces? ¿quién me animó sinó mi Irene, tan buena? Pues figúrate que ahora estoy también enferma y ten un poco de lástima de mí. Mi aflicción tiene causa, y muy grande; créelo... Déjame decírtelo de una vez... Desde que llegué á la Habana, Fernando Arenas, que es pariente mío por su madre, me ha estado siguiendo las pisadas por todas partes. Tú le viste en el baile que dió

papá. ¿No te parece que es buen mozo y muy amable?... En resumidas cuentas, él me ha declarado su amor, y yo le he correspondido.

—¿Tan pronto? ¿Así, de buenas á primeras?

—¡Pronto! pues si no me dijo nada hasta una semana después del baile!

—¡Gran puñado! ¿Cómo, en tan poco tiempo, has podido conocer sus cualidades, y dar por seguro que ha de hacerte feliz ese joven?

—¡Buena cantinela! la misma de papá y de mi abuelita... Pero si mi corazón no me puede engañar. En casa lo notaron al momento, y empezó la guerra... Mira tú si tengo razón de afligirme.

—No hay duda que la tienes, mi pobre Carolina; pero tú debes de considerar que algún motivo habrá para esa oposición, siendo Arenas pariente tuyo, y queriéndote como te quieren tu padre y doña Matilde.

—Ellos dicen que Fernando es un calavera, que no piensa más que en los gallos y la baraja, y tiene medio arruinada á su madre, que es viuda y no muy rica. Dicen que ha perdido en el juego y en despilfarros todo lo que le dejó su padre... Y si le oyeras á él... Confiesa que es gastador; pero me asegura que se enmendará; y jura por todos los santos de la corte celestial que lo que dicen de

él en casa es una pura exageración. Lo que hay de verdad, Irene, es que Fernando no es rico ni tiene título, y papá quiere que yo me case con Carlos.

—¿El conde?

—Ese mismo, que está más hinchado que un portugués. No le puedo ver. Yo, de mi cuenta, tengo averiguado que Carlos es un derrochador; y si no juega, es un desidioso... Ahora dime tú ¿qué debo de hacer?

—¿Me preguntas lo que debes de hacer? ¡Linda salida! Si tú ya todo lo has hecho por tí misma, y te has despachado á tu gusto.

—Pero ¿qué me aconsejas? Acuérdate que tú siempre me sacabas de todos mis apuros en el colegio.

—Y ¿qué puedo aconsejarte yo? No conozco ni á Arenas ni al conde para poder formar un juício acertado. Lo que sí me parece es que tú has procedido muy de lijero en dar tu palabra sin más ni más á Arenas; porque esos amores no pasarán adelante; tú lo verás.

—¿Por qué no?

—Si tienes amor y respeto á tu padre, al fin habrán de hacerte fuerza sus razones. Acuérdate de que más de una vez has dado pruebas de no ser muy constante...

—He sido constante en quererte.

—Verdad es.

—Conque ya ves, ya ves, Irene, como lo mejor que puede sucederme es morir... No te rias.

En efecto Irene reía; y Carolina, con los ojos llenos de lágrimas, acabó por hacer lo mismo.

Irene y su padre, á pesar de las vivas instancias que les hicieron para que prolongasen la visita, se retiraron pronto, alegando el estado de salud de doña Clemencia; pero no sin que don Bernardo diese la promesa de permitir á Irene en otra ocasión pasar todo el día en una casa donde tanto y tan de veras se la estimaba.

No era, por cierto, esta promesa de difícil cumplimiento, pues la misma doña Clemencia que había sido causa, aunque involuntaria, de que la ida de Irene al Palmar se circunscribiese á una mera visita, fué la que con tesón insistió, viendo con pena el aislamiento de su hija, en que ésta aceptase tan cordial invitación. Así es que, dos días después, volvió Irene al cafetal del marqués para disfrutar del gran baile y la representación teatral que habían de celebrarse por la noche, como obsequio especial al príncipe extranjero, que, según hemos dicho antes, figuraba entre los huéspedes, y debía de partir al día siguiente. Y

séanos permitido decir aquí, de paso, para satisfacer la curiosidad que pueda esta circunstancia haber despertado en el ánimo de nuestros lectores, que este gran personaje era un joven, ó, mejor dicho, un muchacho que servía á bordo de uno de los buques de guerra de su nación, el cual, en sus viajes, había tocado en el puerto de la Habana. Acompañábale su ayo; y aunque era una alteza, sus méritos no pasaban aún de los últimos planos de la perspectiva.

Cuando Irene llegó al Palmar, la casa estaba desierta. Una gran pelea de gallos había atraído á todos los huéspedes al pueblo inmediato. Doña Matilde, sin embargo, estaba allí, y al punto se ofreció bondadosamente á acompañar á Irene para que no se privase de aquel espectáculo.

—Todavía es tiempo,—dijo,—no hace media hora que salieron de aquí.

—No, señora, no puedo permitir que usted se tome esa molestia; y crea usted que agradezco en el alma tanta bondad. Ni yo tendría gusto de ir tampoco, se lo aseguro á usted; porque me causa repugnancia la vista de una valla de gallos. Días pasados me llevó allá mi padre, aunque él no gusta mucho de esa diversión. Fuí por complacerle; y tanta gente extraña gritando como ener-

gúmenos me interesó un instante; pero luego que ví aquellos animales tirar á despedazarse, tuve que irme más que de prisa.

—No podía ser de otra manera,—repuso doña Matilde, mirando á Irene afectuosamente y pasándole la mano por los bellos rizos que jugaban en torno de su cuello al más leve movimiento de la cabeza.—Tampoco es mi hijo Diego María aficionado á esa bárbara diversión... ya que diversión la llaman. Tú sabes que es mal visto que asistan á ella las señoras; y sólo en alguna temporada de campo puede pasar. Mi hijo ha ido por acompañar al príncipe, que desea naturalmente conocer las costumbres del pueblo... Ven, te enseñaré mi jardín, y luego recorreremos la casa.

Hiciéronlo así. El paseo terminó por un refresco de frutas; y durante uno y otro, no pudo menos de notar Irene cierta preocupación en el ánimo de la marquesa, que atribuyó al sinsabor que necesariamente debía causarle la conducta de Carolina. Así era en efecto; pues luego que hubieron discutido á su sabor los méritos relativos del jazmín y la rosa, de la naranja y la caña, doña Matilde, que estaba hacía tiempo impuesta de la influencia que en el convento había ejercido Irene sobre Carolina, sin valerse de preámbulos, que no eran muy de su

gusto, habló á su joven interlocutora de los amores de la imprudente nieta. Entre suspiros y gestos de impaciencia y despecho, manifestó la buena señora serios temores de que Carolina, en uno de sus intempestivos arranques, pudiese, mal aconsejada, dar algún paso que produjese en su padre inquietudes y pesares, y en ella misma quizá la desgracia de toda su vida.

Irene no sabía qué contestar.

—¡Ay! ¡ay! si esa pobre niña,—continuó la marquesa,—tuviese un poco siquiera del juício y la discreción de cierta personita que yo me sé, no nos veríamos seguramente en los aprietos en que hoy nos vemos. Y eso mismo, sí, eso mismo me decía antes de ayer mi hijo. No puedes imaginar la opinión que de tí ha formado el marqués. Desde que tuvo la desgracia de perder á su esposa, he visto con dolor, y sé que á él también le pesa, que no muestre inclinación á mujer ninguna... Un joven como él... en la flor de la edad, por más que tenga ya una hija casadera... Verdad es que no había llegado todavía á la mayor edad cuando contrajo matrimonio con Brígida, que en paz descanse... Luego, su genio apacible, su índole afectuosa... vamos... todo le acompaña para hacer sus hogares venturosos. Ese aislamiento en que

vive es una desgracia, y sólo puede sacarle de él una mujer virtuosa y discreta. Cuando antes de ayer me hablaba de tí, aunque no se expresó por lo claro, á mí me pareció que por sus palabras podía traslucirse el estado de su alma, y estoy segura de que ha visto en cierta persona lo que él busca y ansía.

Esta manifestación tan inesperada dejó á Irene toda sorprendida y confusa, de tal manera que se notó visiblemente su estado en el encendido rostro.

—¿Qué dices á esto, hija?—prosiguió doña Matilde.—Pero perdona esa agitación que te he causado, y que veo en tu semblante... ¿Acaso habrás dispuesto ya de tu corazón?

—¡Oh!.. no, señora... Dispénseme usted; yo no sé qué contestarle... nunca han pasado por mi cabeza semejantes ideas...

—No me pesa, con todo, mi buena Irene, haberte expresado de esta manera mis sentimientos; y puedes estar segura de que cualquiera que sea, tocante á esto, tu conducta, has de contar siempre con mi cariño.

Así dijo doña Matilde; y participando un tanto de la agitación de Irene, la atrajo hacia sí para darle un beso en la enrojecida frente.

CAPÍTULO VII.

LAS FIESTAS DEL PALMAR.

El marqués no tardó en llegar con sus distinguidos huéspedes, con gran alivio de Irene, que así pudo ocultar el penosísimo efecto causado por la conversación tan extraña como inopinada que con doña Matilde había tenido. Nuevos huéspedes se presentaron con los recien venidos; y de repente todo fué movimiento y algazara en la casa, desierta pocos momentos antes y silenciosa. Por una parte distinguíanse las voces de los que ensayaban una comedia que iba á

representarse; por otra las de aquellos que con gran calor y mucha gesticulación, discutían las sorprendentes peripecias de la pasada lidia de gallos; aquí el repiqueteo de platos, copas y cubiertos anunciaba la hora próxima de la comida; allá, en fin, por los alrededores de la casa, cruzábanse en todas direcciones los caballos y quitrines que para el paseo se habían usado, relucientes de plata y conducidos por los orgullosos caleseros, que ostentaban sus brillantes y vistosas libreas.

El anuncio de que la sopa estaba en la mesa motivó un cambio de frente en los diferentes grupos de los huéspedes. Ocupáronse las largas y suntuosas mesas, pues había más de una, vestidas todas de lustroso alemanisco y resplandecientes con la profusión de la plata y la cristalería. Por un rato, el repiqueteo de que hemos hecho mención predominó considerablemente. A la vez, sin embargo, que la más apremiante necesidad del apetito fué gradual y agradablemente satisfaciéndose, la jovialidad recabó, sin hacerse mucho de rogar, sus naturales derechos, manifestándose decididamente con el empeño que puso Dimas Caspa en que el autor de la loa había de brindar en verso. El vate, que estaba profundamente consagrado á rimar la pechuga del pavo con una lonja

de exquisito jamón, hacíase el sordo; pero tuvo al fin que ceder al «Vamos, vate, no te hagas de rogar, pues para eso has venido,» que *sotto voce* le dirigió Fernando Arenas; el cual, no pudiendo sentarse junto á Carolina, se había colocado de manera que se dirigían el uno al otro furtivas miradas al través del vapor suculento de los guisados y el perfume de los vinos. El versista, al escuchar la orden, púsose en pié, copa en mano, y en miserables décimas, empezando por el príncipe, celebró cuanto había que celebrar, de tal suerte que fué preciso suplicarle que descansase. En cuanto á su alteza, debemos asegurar á fuer de verídicos historiadores, que buscó con los ojos por toda la mesa algún manjar cuya apariencia correspondiese con las minuciosas relaciones que en sus libros había leído de la confección de la española olla podrida, mas como no vió ninguno, supuso racionalmente que no había de aquel plato nacional en la mesa, ya que no era posible suponer que se hubiese pasado por alto hacérselo gustar, circunstancia que hizo sospechar á su alteza que la tal olla podrida era un mito que no existía fuera del fertilísimo cerebro de los viajeros.

Irene, por su parte, tenía materia más que suficiente para monopolizar su atención, y dábase,

en consecuencia, poca cuenta de lo que en su alrededor pasaba. Sentada entre doña Matilde y el apuesto conde de Palmasola, que tenía del otro lado á Carolina, con dificultad tomaba parte en la conversación; y, ora hincando el blanco y menudo diente en la jugosa aceituna, ora bañando los dulces labios en el menos dulce moscatel, sondeaba su propia alma, tratando de arrancarle sus más recónditos secretos.

El conocimiento de las pasiones no había penetrado en el alma de Irene por el medio de la realidad de los hechos. Verdad es que su talento, como todo verdadero talento, era observador; pero, áun en el campo de la observación, era su horizonte asaz limitado. En Carolina había ella visto despertarse la pasión del amor y seguirla en su veloz carrera hasta tocar la meta donde hoy esperaba ya recibir una triunfal corona. Su buen juício, empero, la compelía á preguntarse á sí misma si el de Carolina y Fernando era el verdadero amor que se eleva á las más altas y puras esferas del espíritu y llena por sí solo toda una existencia. Comparaba aquellos dos amantes á dos pescadores que se propusiesen coger perlas en la superficie de las aguas; y veníale insensiblemente á la memoria un hermoso verso de Dryden que

mister Eddy, en su ardor por profundizar en los estudios literarios, con frecuencia repetía:

He who would search for pearls must dive below.

Eran aquellos amores, en cuanto ella alcanzaba á entenderlo, una equivocación del corazón; y se estremecía, aunque sin realizarlas de lleno, pensando cuáles serían las consecuencias de esa equivocación en aquel momento en que cayese la venda de sus ojos.

Por otra parte el deseo que había manifestado su padre de que correspondiese al cariño tan sincero de su primo Pancho Rojas, había hecho muy poca mella en el ánimo de Irene. Don Bernardo mismo decía que miraba al sobrino como si fuera su hijo: Irene, pues, desde el primer día le cobró cariño, cariño que en poco tiempo aumentó rápidamente, merced á las excelentes prendas de que estaba el joven adornado. Pero ese cariño era, ni punto más ni punto menos, el de una hermana.

Mayor impresión había causado en su alma la singular manifestación hecha por doña Matilde, que venía acompañada del aliciente de la sorpresa. Su pecho sencillo á la par que noble, no se volvió, sin embargo, ni por un instante á considerar las ventajas materiales del enlace con un hombre de la categoría del marqués de Peñas Altas; porque

su alma no encerraba germen alguno de ambición; y si un anhelo vehemente la movía era sólo el legítimo de aspirar á esas perfecciones que la guían por las multiformes sendas de la vida á las eternas alegrías. Su corazón, pues, permaneció cerrado á la pasión del marqués, á quien desde el día que había visto en él al padre de Carolina, trató siempre con afectuoso respeto.

Hemos dicho que Irene sondeaba su alma, y debemos añadir que no hacía esta operación sin guía. El talento de Irene era natural, y natural era asimismo en ella la sensatez; mas es de advertir que entrambas cualidades se habían desarrollado bajo la influencia de una educación religiosa á la cual debieron la dirección justa. Sus acciones, sus pensamientos mismos, tenían siempre que ir ajustados á la obligación que conduce á la conciencia del católico cristiano á presentarse frecuentemente ante el augusto tribunal de la penitencia; y si para modelar su conducta, éranle necesarios ejemplos que sirviesen á ilustrarla ó darle estímulo, muchos y grandes ofrecíale la larga serie de mártires y santos, donde encontraba retratado hasta en sus más íntimos sentimientos el corazón humano. Guiada por estos principios, sujetaba á ellos Irene su proceder, y vivía feliz y

contenta: el amor que á sus padres profesaba era acendrado y lleno de ternura, al paso que por todos los que la rodeaban sentía también esa generosa simpatía, ese respeto delicado, esa urbanidad sin tesura, ese prevenir del deseo ajeno, ese desprendimiento sin tasa, ese decoro, en fin, desnudo de afectación, prendas todas que formaban una atmósfera de irresistible atracción en torno suyo, y que, en el interior de su pecho, concentrábanse si se nos permite esta expresión, en un conjunto sintético, generador de la serena alegría que se reflejaba en sus hermosos ojos, como se refleja el puro cielo azul en la tersa superficie de un lago tranquilo.

Mientras hemos estado describiendo los sentimientos de esta interesante joven, los manjares han ido desapareciendo, el espumoso vino de Champaña ha corrido con estrepitosa profusión y hase demolido una torta ó ramillete monumental, cuidadosamente elaborada por el jefe de las cocinas del marqués y dedicada al príncipe extranjero, según lo indicaba el escudo de armas de su alteza que formaba su más conspicuo adorno. Nada de esto, sin embargo, era parte á divertir el ánimo preocupado de Irene. Sus pensamientos seguían asaltándola á cada instante, áun en medio del tor-

bellino de la danza y durante la representación de la comedia, que era uno de esos cuadros de costumbres trazados con todas las galas de un fértil ingenio por la pluma del célebre Bretón de los Herreros.

Cuando se hubo calmado el estrepitoso aplauso con que la concurrencia manifestó su agrado por la feliz ejecución de la comedia, oyó Irene pronunciar su nombre y vió al mismo tiempo acercarse á ella al conde de Palmasola, el cual, con mucho ahinco y en muy lisonjeras razones, venía á rogarle que hiciese oír su peregrina voz. Mientras él hablaba, otros muchos, elegantes señoras y almibarados caballeros, y el marqués mismo, la rodearon acompañando en su solicitud al conde.

—¡Oh!... seguramente... con mucho gusto... me alegro en el alma de poder contribuír de alguna manera á las fiestas de este día,—se apresuró Irene á contestar.

El conde la condujo al piano, atravesando los grupos, de donde se volvían cien ojos á contemplar aquella feliz pareja, conjunto admirable de belleza y bizarría. Después de algún trozo de las óperas que más en boga á la sazón estaban, animada por los repetidos aplausos, cantó la joven

una canción andaluza que hizo llegar á su colmo el entusiasmo de los oyentes.

La luz del alba comenzaba á difundirse por el claro oriente, cuando la gozosa concurrencia buscó el reposo y volvió en sueños á sentir las placenteras impresiones de aquellas horas tan deleitosamente pasadas.

No había aún secado el sol el copioso rocío de la noche, cuando Irene, preocupada todavía con los pensamientos á que había dado lugar su conversación con la marquesa, salió de su aposento y se dirigió al pórtico, que estaba á aquella hora desierto, y donde, como en la casa toda, reinaba el más profundo silencio. Dirigíanse sus ojos, no sin cierta ansiedad, hacia la calle de palmas, que, como hemos dicho, se extendía frente á la casa y daba el nombre al cafetal, esperando ver llegar á su padre, el cual, según habían convenido, debía venir para llevarla á casa. Y no será difícil conjeturar la causa de su ansiedad, si se considera que tenia sus motivos para evitar un encuentro, así con el marqués como con su madre, durante las horas del día, que se prestaban á conferencias privadas.

Vestía un traje de finísima muselina blanca, rayada á menudos cuadros de azul bajo, cuya

falda cercaban varios vuelos de diferente anchura que la hacían semejante á esas magníficas fuentes compuestas de dos ó más tazones por los cuales se desbordan las aguas en vistosas caídas. Por debajo del vuelo inferior veíase asomar el breve pié, cuya media de seda brillaba á la par del raso negro del pulido zapato con cintas del mismo color cruzadas sobre la alta curva de la bien modelada garganta. El pelo, recogido todo sencillamente, formaba lo que se llama una castaña, y se sostenía en una peineta calada de bruñido carey. Una sarta de lucientes corales abrillantados rodeaba el cuello descubierto, y sus reflejos, así como los de un gran pañolón encarnado de espumilla de China, bordado de flores blancas, que se había echado al desgaire sobre los hombros, contribuían á desvirtuar un tanto la palidez que su agitación, unida á la trasnochada, ligeramente difundía en su rostro peregrino.

Viendo Irene que ningún carruaje parecía por la guardarraya de palmas, tendió lánguidamente los ojos por el vecino jardín; y, atraída por la frescura y fragancia de las flores, sin darse á sí misma cuenta de su propia voluntad, bajó los escalones que conducían al pórtico, y se encaminó hacia los seductores arriates. Un ligero rumor de

pasos, empero, la hizo sospechar con no poca sorpresa que alguna otra persona se encontraba en el jardín, y retrocedió al punto; pero ¡cuánto subiría de punto esa sorpresa al ver salir de entre el frondoso ramaje del emparrado que en el centro del jardín se alzaba, la noble y gallarda figura del conde de Palmasola!

Descubriéndose con su acostumbrada cortesía é inclinando ligeramente el cuerpo, adelantose el conde hacia ella, y le dirigió la palabra, de manera que no quedó á Irene otro recurso que detenerse y prestarle atención.

—Permítame usted, señorita,—dijo el conde, —que le dé mi enhorabuena por el gusto que demuestra usted de visitar las flores, antes que el sol acabe de secar el rocío que les dejó la noche. ¿Ha descansado usted?

—Gracias... cúbrase usted, conde... Ya empezaba á clarear cuando nos retiramos, así es que no ha habido mucho tiempo de descansar; pero estoy esperando á mi padre que ha de venir por mí esta mañana, y esto me ha hecho salir... dispénseme usted que le haya interrumpido, y permítame que me retire.

—Un momento,—repuso el conde, haciendo el ademán de detener á Irene.—¿Será posible que

tan pronto quiera usted privarnos de su amable compañía?... Eso es una crueldad.

—Mi madre... delicada... sola,—contestó Irene titubeando;—si no fuera así, tendría mucho gusto en permanecer más tiempo en una casa donde con tanta bondad me han tratado.

—¡Ah!... ¡lástima! ¡lástima!... ¿por qué no es usted de nuestro círculo, y así la tendríamos siempre entre nosotros?—exclamó el conde con un acento que parecía arrancado por el más profundo dolor.

—¡Lástima! no comprendo á usted, conde.

—Perdone usted... ni yo me comprendo, ni sé lo que me digo... ni creo que pueda usted alcanzar lo que en este momento pasa en mi alma... esta lucha en que apenas logro verme vencedor cuando me encuentro vencido... ¡Oh! no vuelva usted el rostro, no se retire usted... yo me explicaré, dígnese usted escucharme por un instante... Sí, aquí me ha encontrado usted, y aquí he estado desde que todos se retiraron... Aquí he visto romper el día éste tan claro, tan sereno, mientras en medio de densas tinieblas bramaba la tempestad en mi corazón... Cosa extraña es que precisamente en la hora en que más dueño me juzgaba yo de mí mismo, aparece usted como un ángel

triunfante, y vuelvo á verme derribado... ¡Oh! porque... sí... usted aparece, hermosa Irene, usted, usted que es la causa de esta agitación, de esta lucha, usted que ha obligado á mi alma á rendirse, usted á quien amo como no se ama sinó una vez en la vida... no desde hoy, no desde ayer, sinó desde el primer momento en que se presentó usted á mis ojos... Y con todo...

El conde se detuvo, extendiendo las manos hacia Irene y temblando de emoción.

Irene, como si estuviera clavada en el sitio que ocupaba, no sabía qué hacer ni qué pensar mientras el conde con voz precipitada abría de par en par las puertas al torrente de su pasión delirante. Por grados, empero, comenzó á ver claro en medio de la confusión de ideas de su interlocutor, y entonces la palidez que hemos notado en su rostro y que había aumentado con la sorpresa ocasionada por la súbita aparición del conde, se trocó en el ardiente carmín del rubor y la indignación. Los ojos que habían permanecido fijos en el suelo, alzáronse entonces para clavarse en la cara del conde; y, vacilando al principio, su voz recobró pronto la natural energía que su alma sencilla y franca le prestaba.

—Me parece,—dijo,—que he comprendido á

usted, conde; y bien veo qué corto favor me hace usted, describiéndome esa lucha en que ha estado el alma de usted, para arrojarme á mí de ella y evitar hacer una declaración que viene al fin forzada á los labios de usted...

—Yo, Irene... escúcheme usted...

—También me parece que comprendo cuál es la causa de esa lucha...

—No... no...

—¡Lástima! ¿quién inspira á usted esa lástima? Bien puedo presumir que soy yo, y no se me esconde la causa tampoco...

—Pero yo, Irene... permítame usted... mi intención...

—La veo muy clara, Palmasola; y es deber mío rechazar una idea que parece poner una tacha en el nombre de mis padres á quienes amo mucho.

—No, no es eso, señorita; pero usted no podrá negar que sus padres de usted, cuyas excelentes prendas yo soy el primero á reconocer, no pertenecen...

—¿Á la clase noble?... Vea usted cómo sé yo completar la frase... Y ¿quién es usted para estimarse superior á mi padre? ¿quién es usted para atreverse á tratar á don Bernardo Albar con el desdén con que, como yo misma lo he visto, le ha

tratado usted el día que vine á esta casa por primera vez? Todo el que con recto juício compare la conducta de usted con la suya, no podrá menos de encontrar más nobleza en su vida que en la de usted. Mientras él se consagra fielmente al cumplimiento de todos los deberes de su estado, usted pasa la vida en una indolente indiferencia, sin saber siquiera... que la mujer que crió á usted, es una pobre esclava todavía.

Temblábanle al infeliz Carlos de Valmoral los labios, y temblábale en el pecho el corazón con la sangre que en él violentamente se agolpaba. Su frente, herida de tal mano, se inclinaba mustia; y en medio de su confusión y anonadamiento, no podía dejar de admirar á aquella joven que parecía más hermosa aún con la dignidad que le daban el acento y la significación de sus palabras, y el ademán digno y señoril que las acompañaba. Su altivez encontraba en ella una altivez que cobraba bríos en un orden de ideas que para él era punto menos que desconocido, ó al cual no había querido nunca dar entrada, como ajeno á las tradiciones de su clase.

Hubo un momento de silencio que rompió el conde exclamando:

—¡Tenga usted compasión de mí, señorita!

Estas palabras, el tono con que fueron acentuadas, la actitud del conde que apenas si se atrevía á levantar los ojos, sorprendieron de repente á Irene y le hicieron observar el acaloramiento de que se sentía poseida. Su semblante se trasformó completamente; y con una expresión llena de modestia y áun de ternura, bajó los ojos, que se humedecieron de lágrimas, al exclamar, dando un paso hacia el conde:

—¡Oh!... ¡Palmasola!... ¡Carlos! yo debo pedir á usted perdón... Tal vez me he excedido; pero no ha sido mi ánimo faltar al respeto que debo á usted... usted que ha sido tan atento conmigo... ¡Ah! yo misma no podré perdonarme... Permítame usted que me retire... No, no me siga usted, se lo suplico... Necesito estar sola...

Y cubriéndose el rostro con las manos, entró Irene en la casa, y se dirigió apresuradamente á su aposento, mientras Carlos caía desplomado en uno de los bancos que había bajo el emparrado; y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, lloró como pocas veces llora un hombre.

El golpe que acababa de herir á Carlos de Valmoral arrancaba una venda que su educación y el trato de todos los que le rodeaban, desde sus nobles parientes hasta su calesero esclavo, habían

hasta entonces mantenido pegada á sus ojos. Esa adulación, que no es menos servil porque vaya revestida de un respeto y un cariño verdaderos, le había hecho creer, como cosa infalible, que todo, y muy particularmente el corazón de la mujer, debía rendir parias, áun dejando á un lado sus prendas físicas, que eran considerables, á sus grandes riquezas, á la finura de su trato y al título que servía de apéndice á un nombre ya por sí solo altamente distinguido.

Sentíase humillado, porque encontraba una repulsa donde daba por segura la victoria. Había imaginado que iba á conferir una gracia, y que para conferirla tenía que ceder alguna parte de su dignidad, é inclinar la frente altanera; y, con inexplicable sorpresa, encontrábase con que el humilde objeto de su condescendencia, en vez de rendirse, se erguía hasta pasar muy por encima de su frente. En un alma baja el resentimiento, á no dudarlo, hubiera triunfado; y Carlos, despechado, dando un á Dios á sus ilusiones y su amor, hubiera para siempre abandonado á la hermosa joven á quien acababa de revelar el secreto de su corazón apasionado. Aquella alma, empero, en medio de las sombras que la circuían, no había perdido la luz que enseña el camino de los intentos genero-

sos. Hemos dicho que se sentía humillado, y quizá no sea esta la expresión que mejor cuadre al sentimiento de que en aquella ocasión estaba poseído. No era la suya aquella humillación que abate y envilece, robando al hombre el puesto de su dignidad nativa, pues, al contrario, Carlos se alzaba, alzándose al conocimiento de las propias faltas. Como visión celeste aparecíasele en Irene el ángel de la verdad, con mano áspera pero benéfica, arrancando el velo con que ante sus propios ojos se veía cubierta su naturaleza. No es de extrañar, pues, que su amor, lejos de disminuír, aumentase, ganando en profundidad.

Las faltas del conde de Palmasola estaban en la superficie, como el advertido lector habrá sospechado, si es que ha sido concedido á nuestra desaliñada pluma presentar á nuestro héroe con el interés que le prestan los apuntes de donde hemos sacado los materiales para formar esta narración. Nacido en la opulencia, ni sus padres, ni él mismo creyeron jamás que su educación debía ser encaminada por las mismas sendas comunes al resto de los mortales; y de este principio fatal surgió naturalmente la indolencia, que era en él tan poderosa como la soberbia. Ya que era preciso que recibiera, por lo menos, alguna instrucción

en ramos del saber que son de todo punto inexcusables, vino á recibirlos en su propia casa por medio de maestros que desgraciadamente dieron con su adulación é indulgencia pábulo á la altivez del alumno. Apenas hubo visto la luz, cuando, como hemos sabido por su nodriza Rafaela en sus confidencias con Irene, perdió á su madre; y no pasó mucho tiempo sin que le cupiese la misma suerte con respecto al padre. Quedó entonces bajo la tutela de unos tíos tan vanos como sus padres, y menos interesados, como es de presumirse, en su felicidad futura. Pasaron años, y la vanidad hizo que éstos en él se adelantaran, concediendo al adolescente los fueros y privilegios de hombre. Como veía siempre sus deseos satisfechos, jamás le pasó por las mientes pensar dónde estaban los manantiales de sus riquezas, y si éstas servían para algo más que la propia satisfacción. La sociedad no era para él nada fuera del círculo elegante en que vivía, el cual le elevaba, por su posición, sus modales amables y su hermosa presencia, al grado de favorito. El movimiento civilizador que en nuestra patria se efectuaba en la época á que se refieren los sucesos que narramos, reducíase, para él, á las caprichosas importaciones de la moda, y, cuando más, al conocimiento, un

tanto cuanto somero, de la literatura que, en el campo de la poesía, relucía con insólitos resplandores.

Justamente en la edad en que sus faltas habían de echar hondas raíces ó elevarse sus virtudes á predominar en su existencia, vió á Irene Albar el día del regreso de esta á la Habana, y su vista produjo en él una impresión indecible. Por una equivocación de que tiene el lector conocimiento y que era quizá hija de un deseo vehemente, creyó que la joven que de tal manera había llenado todo su sér, era la hija del marqués de Peñas Altas, con quien estaba íntimamente ligado por lazos de amistad y parentesco. No dudando que, en su tierna edad y viniendo, como venía, del convento donde se había educado, estaría libre el corazón de la que él miraba como prima suya é igual á él en todos conceptos, no vió Carlos á su pasión obstáculo ninguno. Halagado, pues, por las más risueñas esperanzas, en un pestañear fabricó castillos tan altos como los que, en el momento de ver á Irene, desde los muelles de la Habana descubría, si bien asentados sobre menos sólidos fundamentos. No pasaron muchas horas sin que descubriese su error, merced á la indiscreta parla, en el café de la Lonja, de los celebé-

rrimos Dimas Caspa y Fernando Arenas. La hechicera joven, pues, no era Carolina, la hija y heredera de Peñas Altas, sinó simple y sencillamente Irene Albar, hija de un mercader. Entonces comenzó la lucha, esa lucha tremenda entre el amor y el orgullo, en que este último quedó al fin vencido después de pasar por tan desastroso desenlace.

Si después de esta peripecia quedó el corazón del conde herido y desgarrado, no lo estaba menos el de la joven que con tanto efecto había ocasionado el fiero golpe.

El célebre escritor Javier de Maistre, entre las pocas obras que dejó y que son joyas preciosas de la literatura francesa, refiere, en versos llenos de delicados conceptos, que un prisionero, encerrado en oscuro calabozo, vió entrar por su estrecha ventana un rayo de sol, en el cual revoloteaba alegre una pequeña mariposa. Así Irene, en medio de las tinieblas de que se revestía la entrevista que acababa de tener con Carlos de Valmoral, veía una luz, y en esa luz, que brillaba serena, algo que se destacaba con toda la plenitud y todo el movimiento de la vida. Palpitaba su corazón como jamás antes había palpitado, y el alma instintivamente buscaba la causa de aquella emoción:

buscábala en esa misma entrevista, en los sucesos del día anterior, en los recuerdos del baile en la casa del marqués; pero de ninguna manera alcanzaba á darse entera cuenta de lo que sentía. Por fortuna su padre llegó poco después de haber salido ella del jardín. Despidiose de Carolina que estaba aún en su aposento, encargándole que la despidiese del marqués y de doña Matilde, y partió, ansiosa por llegar á su casa y verse sola con sus tumultuosos pensamientos.

CAPÍTULO VIII.

UNOS AMORES BORRASCOSOS.

El rostro inmutado de Irene, los ojos enrojecidos por el llanto, que don Bernardo, si los notó, atribuyó á la fiesta de la pasada noche, llamaron más particularmente la atención de la madre, cuando ésta vió á su hija entrar en el cuarto para saludarla. Lejos de esforzarse á esconder su agitación, buscole Irene un desahogo cuando se vió sola con doña Clemencia; y, antes que ésta tuviese tiempo de hacer alguna observación, ella, recostando la enardecida frente en los

hombros de la buena señora, le refirió menudamente todo lo que con doña Matilde y el conde de Palmasola había pasado. La madre escuchó con atención, sin interrumpirla, salvo en este ú otro punto que pedía alguna explicación, ó hacía arrojar alguna piadosa exclamación de sorpresa. No desaprobó su conducta enteramente cuando hubo concluído la relación; pero hizo ver á Irene que, en resumidas cuentas, había hecho al conde una reprensión; y que, por más que él se la hubiese atraído, sin embargo, ella había ido quizá demasiado lejos en expresarse con acritud.

—Ya tú ves, hija,—dijo doña Clemencia para concluír,—que, pensando y considerando bien las cosas, ni el conde de Palmasola ni ninguno de sus parientes ha ofendido nunca á tu padre de una manera que pudiera tratarse de insolente ni desdeñosa; y la prueba está en que no ha puesto obstáculos á que tú fueras á casa del marqués, y te ha llevado él mismo. Cada uno es dueño de escoger sus amistades, ó de tratar con más ó menos consideración á una persona que á otra, según sus gustos ó sus ideas. No hay criatura humana exenta de flaquezas; y tú sabes muy bien que es obra de misericordia sufrirlas con paciencia. Todos los Valmorales tienen humos; pero ni en el

conde, ni en el marqués, ni en doña Matilde, que es muy cristiana mujer, cabe un proceder que pueda llamarse ofensivo. Tú te acordarás que yo fuí quien manifesté mayor empeño para que tú fueses ayer á las fiestas del Palmar; y seguramente no lo hiciera, si me hubiera pasado por la cabeza que te exponía á sufrir el más leve sonrojo.

—¿Qué dirá el conde de mí?—exclamó Irene, juntando entrambas manos, con los dedos cruzados sobre las rodillas, y manifestando una pena profunda.

—No te angustie eso, hija,—contestó doña Clemencia, apoyando sus manos en las de Irene con una cariñosa presión;—el conde habrá atribuído tus palabras á la inexperiencia de tu edad y al amor de hija: no lo dudes.

En seguida, para distraerla, comenzó doña Clemencia, dejando á un lado las indirectas de doña Matilde, á hacer á Irene preguntas sobre el baile, el convite, el príncipe extranjero, la comedia; y así poco á poco fué serenándose aquel corazón que acababa de pasar por tan violentas tempestades.

La pena que Irene había sentido escuchando las observaciones de su madre, era, como hemos dicho antes, profunda; pero quienquiera que contemple su situación, calculando y midiendo los vai-

venes del corazón, comprenderá que no vamos de todo punto fuera de camino si aseguramos que, á la par de esa pena, de esa inquietud que manifestaba, sentía una especie de consuelo y satisfacción en pensar que su proceder había sido injusto, y que era, por consiguiente, Carlos de Valmoral merecedor de una estimación más alta.

Esta consideración, el desahogo con su madre y las caricias de ésta, devolvieron á Irene su natural buen humor, de tal suerte que se halló dispuesta, al declinar el sol, á hacer una visita á la casa de los criollos. Caminaba tranquilamente, deteniéndose, ora para observar los efectos de luz en el follaje de un árbol, ora para recoger alguna de las flores silvestres que al paso hallaba, ó sorprender á los insectos en los misterios de su vida. Al llegar á la orilla del platanal, vió con sorpresa el bulto de un hombre que parecía recatarse de ella, circunstancia que, por no haber nunca encontrado antes alma viviente en aquel camino, la sobresaltó entonces, y fué lo primero de que habló con Rafaela al llegar á la casa.

—Yo también he visto esta tarde á ese mismo hombre que su merced dice, niña,—contestó la nodriza,—y á mí me parece que ayer también cruzó el platanal, haciendo siempre como que que-

ría esconderse. Esta mañana se lo dije al boyero, que pasó por aquí con el buey bermejo, que está cojo de una pata delantera; y por las señas que le dí, dice él que debe de ser Martín, el que anda solicitando á la niña Isabelita, la hermana del mayoral, que trajeron á Santa Rosalía porque le daba mucho que hacer á su madre en su casa.

—¿Qué intención llevará? Si Lunares le ve, puede queriñan... ¡Dios nos libre!—exclamó Irene.

—El mayoral está fuera hoy, niña. Desde esta mañana lo mandó el amo en busca del carpintero que va á hacer las tres carretas nuevas. Martín vendrá á tener un poco de palique.

A pesar de la indiferencia con que Rafaela parecía considerar este incidente, Irene experimentó una desazón que no sabía cómo explicar, pero que la puso al punto en movimiento para volverse á casa y dar á su padre cuenta de lo ocurrido. Al llegar tuvo el disgusto de saber que éste había salido á caballo, tomando el camino de Bahía Honda, de manera que no era probable que regresase antes de algunas horas. No queriendo alarmar á su madre, que se hallaba á la sazón en su aposento, no entró á verla; y tomando un libro, sentose á leer á la escasa luz que todavía el abierto pórtico le ofrecía. Cuando llegó ésta á faltarle, con el ánimo

ya más sosegado por la lectura, se llegó á hacer un rato compañía á doña Clemencia, la cual, á la luz de una vela y ayudada de una criada, se entretenía en coser alguna pieza de ropa destinada á las esclavas del cafetal.

Así como vió Irene que ya era de noche y su padre no venía, salió del aposento, y, sentándose en la sala bajo la lámpara que la alumbraba, volvió de nuevo á la lectura de su libro.

Leía Irene en calma, y en su bello rostro, sombreado á medias por la suave luz de la lámpara, reflejábase, por algún levísimo movimiento de la cabeza ó de la boca, ya la alegría, ya el dolor, ya el asombro, á la vez que se identificaba con lo que leía; sin que escuchase en torno suyo otro rumor que el de algún suspiro que ella misma exhalaba, ó el doblar de las hojas del libro. Mientras ella leía, cerca de allí corría rugiente y amenazador el torrente de desbordadas pasiones.

Martín Quintana, pues no era otro el hombre que Irene había visto en el platanal, á favor de la oscuridad de la noche salió del arbolado, y se dirigió á la casa del mayoral Lunares. Oculto detrás de una cerca de piedras que á corta distancia de ella había, dió un silbo, imitando la áspera y desapacible voz de la lechuza. Isabel, que sin duda le

esperaba, comprendió la seña; porque algunos minutos después se presentó recatadamente en la puerta de la casa; y dirigiendo hacia el interior más de una furtiva mirada, agobiando el cuerpo, pisando quedo, fué con toda cautela aproximándose al sitio de donde la voz había partido. Martín, que la vió venir, alzó la cabeza, y un instante después estaba Isabel á su lado.

—Al fin estás aquí,—dijo la joven en voz baja, sin que introdujese sus palabras con alguna expresión de saludo;—ya yo me estaba creyendo que te habías muerto ó que tenías miedo.

—Ni me he muerto, ni tengo miedo de nadie ni de nada,—contestó Martín apagando la voz cuanto podía:—anoche estuve aquí... ¿No oiste la seña?

—Demasiado que la oí...

—Y no saliste.

—No pude.

—No quisiste.

—No pude... ¡caramba!... no me vengas con esas.

—¿Había gente?

—Mi hermano y Simón.

—No me mientes á ese hombre, Belica.

—¿Que no te lo miente?... Pues ten entendido

que el domingo que viene se ha de leer en la iglesia de Bahía Honda la primera amonestación. Así dicen.

—Veremos... Y tú ¿qué dices?

Isabel, por toda respuesta comenzó á tararear la tonada de una canción que cantaban en aquella época hasta los negritos de la calle, y en cuya letra entraba la siguiente redondilla:

Primera amonestación
que en la iglesia se leyere,
será el primer parasismo
que á mi corazón le diere.

—Mi hermano está que echa chispas,—dijo Isabel después de tararear la canción;—pero yo me rio... A ver cómo... el padre cura no nos ha de casar si yo no quiero... Contigo ó con nadie... Yo no soy una negra esclava... ¡caramba!

—Contigo ó con nadie,—repitió Martín: —así ha de ser, ó nos lleva á todos el mismo demonio... Mira, Belica, si tú tuvieras corazón, ahora mismo se acababa toda esta tragedia... En el platanal dejé mi caballo...

—Corazón no me falta, Martín; pero yo no me huyo con nadie, sinó que quiero irme contigo pasando por delante de la puerta de la iglesia... ¿No oyes ruído?

—Algún pájaro en las ramas... ¿Sabes que es despotismo el de tu hermano?

—A bien que con buena viene á dar... Dice que tú tienes sangre de mulato.

—¡Válgame la Virgen! ¿de dónde ha sacado eso?... Tan blancos son los Quintanas como los Lunares... Simón debe haberle metido esos cuentos en la cabeza; porque, como tiene un pedazo de tierra tamaño como la palma de la mano, ya se ha figurado que es pariente del marqués.

—Bueno, sea lo que sea... ya yo lo tengo dicho y de ahí no me saca nadie... O salgo contigo de esta casa, ó me han de llevar con los piés por delante.

—Así te quiero yo, mujer. Quítame los ojos de encima, porque, con la noche y todo, los veo como dos luceros, y me hacen pensar en hacer las del demonio, si llego á encontrarme cara á cara con ese indino de Simón...

—¡Pues aquí me tienes!—gritó el mismo Simón con la voz sorda del odio reconcentrado, levantándose como un espectro, y saltando como un tigre por encima de la cerca para ponerse del lado en que se hallaba Martín.

—¡Virgen santísima!—exclamó Isabel aterrada, cubriéndose la cara con las manos, y corriendo hacia la casa en busca de su cuñada.

—¡Alto ahí, Simón!—dijo con calma Martín,—no me pongas la mano encima... Ya que lo quieres, te llegó la hora...

—¡A tí, perro, á tí. . ¡Vamos!

—¡Vamos!

Simón había escuchado toda la conversación de los dos amantes, y tanta era su celosa cólera, que la hubiera interrumpido antes, á no ser que quería aprovechar la ocasión que su escondite le brindaba para averiguar si se forjaba entre ellos algún plan de fuga. La aparición de Simón no era casual. En la mañana de aquel mismo día, estando Lunares ya á caballo para ir á cumplir el encargo que, como á Irene había dicho la bien informada Rafaela, le hizo don Bernardo, supo por un negrito de la finca que un hombre había estado, la noche anterior, gritando como la lechuza, detrás de la cerca. Lunares sospechó al punto que no podía ser otro sinó Martín, y comunicó á Simón, que había pasado la noche en su casa, la noticia del negrito y sus propias sospechas. Entre los dos trazaron, pues, el mejor modo de averiguar si había, como naturalmente presumían, algún plan de fuga; y su traza fué que, sin decir nada á Candelaria para que su proceder no alarmara á Isabel, partiese Simón con Lunares, como que iba á acom-

pañarle, pero en realidad se quedase en acecho hasta la noche por aquellos alrededores. Hízolo así Simón, y luego que hubo oscurecido, acercose sigilosamente á la casa. Oyó el silbo de la fingida lechuza, vió á Isabel salir de la casa, y favorecido por las tapias de un chiquero inmediato á la cerca, pudo sin dificultad enterarse de la conversación hasta que, no pudiendo contener por más tiempo la furia de sus celos, echó á rodar el sigilo y se lanzó sobre los descuidados amantes.

Hecha esta aclaración que pone en su punto los hechos, volvamos ahora á Isabel que corre precipitadamente hacia la casa; y antes de llegar á la puerta, encuentra á la misma Candelaria en cuya busca iba y que á los gritos acudía; díoele lo que pasa, vuelve con ella al lugar fatal y encúentra que los dos mozos habían desaparecido.

—¡Virgen de los Dolores!... y ¿qué hacemos ahora, Candita?— exclamaba sollozando Isabel, con las manos en la cabeza.

—En esto habían de parar tus cosas, Belica... Bien lo decía Lunares.

—Pero se van á matar... ¡Dios mío!

—Vamos á dar aviso á don Bernardo.

—¡Sí, sí!

Esto era lo más acertado; y, sin cesar en las

exclamaciones. el llanto y las reconvenciones, dirigiéronse con pasos apresurados á la casa, donde en tan apacible ocupación dejamos á la hermosa Irene. Pronto llegó el rumor de las dos mujeres á los oídos de ésta; y, soltando el libro, salió al punto al pórtico para enterarse de la causa y evitar, si posible fuese, á su madre una alarma repentina. Pero esto fué imposible: doña Clemencia, seguida de todos los criados de la casa, casi simultáneamente se presentó en el pórtico; y todo fué confusión y espanto al saberse que los dos pretendientes de Isabel habían desaparecido con intención evidente de pelear. La ausencia de don Bernardo y el mayoral aumentaba la angustia y el sobresalto de todos. El tiempo era, sin embargo, precioso; no había un segundo que perder; la vida de aquellos dos hombres enfurecidos pendía de un cabello. Había que tomar una resolución pronta; y quien primero cobró ánimo para tomarla fué Irene, que, llamando á dos criados de confianza, expresó su determinación de ir al punto en busca de los combatientes.

—¡Tú, hija!—exclamó doña Clemencia asombrada.

—No hay otro remedio, mamá... Candelaria va conmigo... Isabel se quedará con usted... No, Isa-

bel, de ninguna manera; usted no puede venir... La presencia de usted, en vez de calmarlos, los irritará más... Que vaya Luís inmediatamente, á todo escape, á Bahía Honda á buscar á papá... Ya estoy lista... vamos.

—Pero, hija...

—No tenga usted miedo, mamá... es una obligación, y el Señor me ayudará.

—Verdad es, hija... vé... corre.

En tanto que Irene hablaba, habíase prendido un pañolón y atádose á la cabeza un pañuelo para resguardarse de la humedad de la noche, ayudando á su compañera á hacer lo mismo.

Partieron al fin. Los dos criados, provistos de faroles, iban por delante, sirviendo de guía, como conocedores de los lugares que en las inmediaciones había, y que, por lo retirados que estaban, presumíase con razón que fueran la escena del combate. A cada paso deteníanse á escuchar, con la esperanza de que en el silencio de la noche, llegase á sus oídos alguna voz ú otro rumor cualquiera que determinase la dirección de sus pasos.

Clara y apacible estaba la noche. Brillaban las estrellas con todo su esplendor en un cielo profundamente azul. La luna menguante, como un arco de plata, se levantaba sobre los palmares, que re-

flejaban su pálida luz en las inmóviles barnizadas hojas. Sólo el áspero graznido de algún ave nocturna, ó el blando murmullo de algún arroyuelo quebrándose entre las guijas, rompían el silencio y la serenidad del solemne reposo de la naturaleza. Irene no podía prescindir de comparar aquella paz tan profunda, aquella armonía tan maravillosa con el afán tormentoso que agitaba su propia alma; y pedía fervorosamente á Dios derramase en ella el dulce bálsamo de la conformidad.

Durante dos largas horas las pesquisas de Irene fueron inútiles, y ya iba á retirarse, cuando los ladridos de un perro que había salido con ella de la casa, llamaron la atención de los criados. El animal, al mismo tiempo que ladraba, corría adelantándose á todos. Siguiéronle, y al doblar una curva que hacía la vereda por donde iban, divisaron á un hombre tendido al pié de un frondoso cedro. Corren á él, se acercan y reconocen á Simón, perdido el sentido y bañado en su propia sangre. Irene al punto despachó á uno de los criados en busca del carruaje; y sin detenerse, con la ayuda de su compañera, rasgó la camisa del desventurado joven, guiada por el movimiento de la sangre, encontró en el pecho una que parecía profunda herida, y la vendó lo mejor que

supo y pudo con parte de sus propios vestidos.

Apenas quedó concluída esta operación, oyéronse las voces de los que venían con el carruaje: en él colocaron los criados al herido, acompañándole uno de ellos, según lo dispuso Irene; y ésta y Candelaria, silenciosas y entristecidas, seguían á pié, cual si fuera aquel un fúnebre cortejo.

Cuando llegaron á la casa, esperábalos en el pórtico don Bernardo que acababa de volver, y que, mientras venía el médico del pueblo inmediato, administró al herido algunos medicamentos restaurativos que le hicieron recobrar el conocimiento. Todos estaban agrupados en torno del ensangrentado joven, para el cual hizo á toda prisa disponer doña Clemencia uno de los aposentos de la casa. La misma Isabel, de rodillas junto á la cabecera, parecía presa del más acerbo dolor; y sus grandes ojos bañados de lágrimas fué el primer objeto sobre que se fijaron los del infeliz Simón, el cual, con el anhelo de una trabajosa respiración, pudo, entre otras incomprensibles, pronunciar estas palabras:

—Yo tengo la culpa... Yo provoqué á Martín... Si muero de esta, lo perdono... Tú, Belica, perdón... ¡Jesús, María y José!... ¡Un padre!...

Y volvió á caer en un profundo desmayo, que parecía que se le acababa la vida.

La llegada del médico, que, tratándose de una familia como la de don Bernardo, no se hizo esperar, tranquilizó un tanto á las afligidas mujeres; pues luego que hubo él examinado las heridas, declaró que, aunque una de ellas era grave, ninguna tenía el carácter de mortal, y que el estado de postración del enfermo era debido á la pérdida de la sangre, y no á otra cosa. A pesar de una opinión tan autorizada y de tan favorable pronóstico, doña Clemencia insistió en que el médico, cuyo nombre era Vena, y á quien por cortesía se daba el título de licenciado, permaneciese en la casa durante la noche. El licenciado no dijo que no, según es de presumir, antes puso una cara que daba por lo claro á entender la prudencia y oportunidad de semejante determinación.

Los mamotretos, si no muy antiguos, bien apolillados, de donde se ha sacado esta relación, mencionan muy particularmente á este señor, y explican sin ambajes ni reticencias por qué era debido á pura cortesía el título universitario que á Vena se daba. Dicen, pues, que en la grande y primera invasión del cólera, ocurrida pocos años antes, era Vena barbero y áun medio algebrista

en un pueblo de campo en las cercanías de la Habana. Como había, en lo más recio de aquella calamidad de funesta memoria, pocos médicos para tantos enfermos, el protomedicato se vió en el forzoso caso de hacer la vista gorda con los que, sin haber pisado las aulas, se daban por discípulos de Galeno. Vena fué uno de estos. Soltó las navajas, con un gran frac dió respeto á su cuerpo, que era exíguo en demasía, empuñó un bastón no mucho más corto que él, y lanzose con no menos arrojo que fortuna á combatir al implacable huésped del Ganges. Algunos servicios hechos á personas de influjo, le valieron la posesión de dos cosas á cuál más importantes: fué la primera una licencia en debida forma para ejercer el arte de curar, y la segunda unas botas, ó más bien polainas, con que Vena estaba tan orgulloso como con su licencia. Porque, según añaden aquellos mamotretos, era este famoso galenillo muy pulcro de su persona, y daba siempre á todos los diablos el lodo que, andando por los caminos, á sus ropas se pegaba. Ahora bien, las polainas del regalo salvaban cumplidamente este inconveniente; y Vena podía ir en su mansa cabalgadura de finca en finca y de pueblo en pueblo con la incolumidad que apetecía. Y véase aquí un ejemplo que nos

demuestra lo fácil que es hacer feliz á un hombre. Era para Vena una verdadera fortuna la adquisición de un calzado, que casi casi cubría la mitad inferior de su persona. ¡Cuál se gallardeaba con él! Y añádase á esto que el tal apéndice indumentario daba á su dueño no poca autoridad entre las personas que miran las cosas por de fuera y que creen á pié juntillas que deben de ser mejores y más eficaces las recetas de un médico con botas. Verdad es que las polainas que causan esta importante digresión, cuya moralidad la observación que acabamos de hacer pone fuera de toda duda, tenían, para asegurarse, ciertos resortes de acero que no cedían fácilmente, de manera que, después de adaptadas las polainas á las piernas, no era cómodo ni hacedero quitárselas y ponérselas como pudiera hacerse con el sombrero; con tanta más razón cuanto que el correaje de las espuelas ayudaba á darles mayor firmeza. Esta dificultad no tuvo un adarme de peso en la balanza de la feliz posesión de las polainas; pues Vena la salvó inmediatamente prometiéndose no quitárselas cuando, por estar fuera de su casa, se hallase privado de la ayuda de su cara mitad, la cual desde el principio se había dado buena mano para ajustarlas. Y dice más el autor de los ya más de una vez ci-

tados apuntes, que era cosa de ver el licenciado cuando, como en la presente ocasión, dormía en cama ajena, tendido en decúbito supino, según la frase técnica, con las piernas, armadas de polainas y espuelas, saliendo tiesas media vara fuera de la cama; para lo cual tenía que poner la cabeza media vara más abajo de la cabecera. Por lo demás, dícese de nuestro licenciado que era de una modestia digna de ser imitada; porque no sabiendo mucho, ni poco, de la gerigonza con que sus más ilustrados colegas empiedran el discurso, desdeñó siempre la adquisición y uso de frases coruscantes y el empleo de los medicamentos sutiles é ingeniosos. Con esto cobró gran fama; porque, como no tenía que administrar, cuando para algún paciente le llamaban, otra cosa fuera de aquello que habían ya administrado ó pensaban administrar las dos, ó tres, ó cuatro, ó seis mujeres que se dan siempre arte y maña de hallarse, con su ciencia infusa, á la cabecera de todo infeliz enfermo, el encontrarse el licenciado de acuerdo con éstas era motivo de vanagloria y al mismo tiempo de asombro para los titilantes corazones femeniles.

Pero dejemos tranquilamente roncar en sus polainas al digno licenciado, en el catre que doña Clemencia le ha hecho disponer; y, pidiendo mil

perdones al lector por haber cortado nuestra narración, volvamos á atar sus hilos.

El día siguiente al de los importantes sucesos que dejamos referidos, circuló por todos aquellos contornos la noticia del crimen perpetrado. Dimas Caspa se apareció desde temprano á hacer á don Bernardo una visita de parte del marqués, haciendo los más corteses ofrecimientos. La autoridad del distrito, asimismo, se presentó con sus apéndices, y tomó declaración á Simón, el cual, en un intervalo de alivio, pudo darla; y también á Irene y á sus compañeros en la expedición de la noche anterior. Ya que por la declaración del herido no quedaba duda sobre la culpabilidad de Martín Quintana, se expidieron por aquella autoridad las órdenes más estrictas para apoderarse de su persona, y áun el mismo Simón quedó en la casa de don Bernardo en calidad de preso hasta que estuviese en disposición de ser conducido á la cárcel de la Habana. Cuando volvió Lunares y se enteró del lance, fué de todo punto imposible contenerle, airado como estaba contra su hermana. Esta se refugió en el cuarto de doña Clemencia, que se había compadecido de ella, y estaba resuelta á ampararla á todo trance. No pudiendo desahogar Lunares su ira en Isabel, ofreció unirse á la auto-

ridad para ir en persecución del reo; y, gracias á la actividad que desplegó y al conocimiento de los lugares donde presumía que podía Martín estar oculto, fué éste, como explicaremos á su tiempo, antes de pocos días preso y conducido á la Habana.

Para Irene no hubo un instante de descanso; y ocupada en los cuidados que á los otros tan repentinamente habían sobrevenido, apenas tenía espacio para ver cara á cara los que vinieran á turbar la placidez de su alma. Para todo, sin embargo, hallaba espíritu y fuerzas en la más fervorosa oración y en el ofrecimiento de sus sinsabores al Todopoderoso. Sin desatender á su buena madre, á quien las recientes ocurrencias habían causado una dolorosa impresión, se dedicó á la asistencia del herido; y, no satisfecha aún con esto la caridad de su corazón, hacía cuanto estaba de su parte por moderar el odio violento de Lunares y el no menos violento dolor de su hermana: personas ambas de tal temperamento, que parecía imposible pusiesen sus sentimientos bajo el justo dominio de la razón. Otro motivo de solicitud para ella era el riesgo que corría Martín, riesgo que podía de un momento á otro convertirse en un inminente peligro, si, por desgracia, á pesar del favorable pronóstico del licenciado Vena, las heridas

de su rival daban lugar á alguna complicación que trajese consigo un resultado fatal.

Tres ó cuatro días después de la riña, estaban, ya entrada la noche, Irene y su padre en la sala leyendo algunas cartas que acababan de recibir. Una de ellas era de Carolina, y anunciaba su vuelta y la de toda la familia á la Habana en medio de una retahila de exclamaciones de alegría y felicidad en estilo melodramático que diera que reír á Irene, si no hubiera estado poseída del temor de que fuese su amiga arrastrada á la pendiente de ineludible desgracia.

No decía la carta, en medio de todo, la causa de la repentina partida de la familia, por la sencillísima razón de que la misma Carolina la ignoraba. Nosotros, como es de razón, mejor informados, podemos comunicarla al lector curioso. Cuando el marqués invitó á sus parientes y amigos á las memorables fiestas del Palmar, se vió en el caso de no poder dejar de incluír en el número de aquellos á Fernando Arenas, si bien dando por debajo de cuerda ciertos pasos que habían de parar en el resultado apetecido de que el galancete se quedase en la Habana. El marqués, empero, no había contado con la huéspeda, quiero decir con la juventud que suele ser sorda á toda indi-

recta, y mucho más si va acompañada de un temperamento mercurial como el que predominaba así en Fernando como en Carolina. El primero puso piés en pared de que había de ir al Palmar, y no dejaba de fundarse al tomar esta resolución; «Porque,» se decía á sí mismo, «si no quieren que yo vaya, ¿á qué viene el haberme invitado?» En cuanto á Carolina, también ella puso... pero, y perdónennos ella y el lector, tratándose de una señorita tan distinguida como Carolina de Valmoral, futura heredera de Peñas Altas, no nos cumple, como caballeros narradores, emplear aquel enérgico modismo de nuestra lengua; y así diremos simplemente que Carolina determinó que su Fernando había de adornar con su bella presencia las fiestas del Palmar; «Porque,» decía ella por su parte con no menos fundamento, «si le han invitado, ¿por qué no ha de ir?» El marqués que, contra todas sus prudentes esperanzas, le vió llegar, y que comprendió desde luego todos los inconvenientes de que bajo el mismo techo se hallasen el importuno huésped y su atolondrada hija, torció el gesto, cosa que, merced á su natural cortesía y afabilidad, pocas veces le acontecía; y determinó sembrar desde el primer día, ya uno, ya otro pretexto á cual más plausible para recoger

á su debido tiempo la cosecha de poner pronto término á las fiestas. La partida del príncipe fué uno de estos pretextos; y sucedió tan bien que más de un convidado se retiró junto con su alteza.

El lector nos perdonará esta digresión en gracia de nuestro deseo de poner en su punto cosas pertenecientes á elevados personajes, cuyos pasos deben de servirnos de norte y guía; y tanto más tenemos que pedir este perdón cuanto que, olvidados por un momento de toda urbanidad, dejamos á Irene y don Bernardo con las cartas en la mano. Hemos dado ya cuenta de una de Irene; y, por lo que toca á la de don Bernardo, diremos que la leyó con alguna sorpresa, como lo probaba el pasarse repetidas veces la mano por la barba. Luego que la hubo recorrido, púsola en las manos de su hija diciendo:

—Esto es cosa tuya, Irene.

—¡Mía!—exclamó ésta, fijando en su padre los ojos, que, adoptando un símil que se ha hecho de moda, parecían dos puntos de interrogación.

—Lee, lee, y verás.

Una ojeada bastó para que Irene se enterase del contenido de la carta; y con el color del rostro encendido, devolvió el papel á su padre, exclamando solamente:

—¡Papá!

—Todo me lo ha dicho tu madre,—dijo don Bernardo, no menos conmovido que su hija;—y ella te ha hablado, Irene, como hubiera podido yo hacerlo.

La carta que á Irene causaba tanta impresión, era del doctor don José María Ibáñez, uno de los abogados más distinguidos de la Habana, con quien no tardaremos en entablar más íntimas relaciones. Escribía á ruego del conde de Palmasola, y proponía entrar en ajuste para obtener la libertad de Rafaela, esclava perteneciente á la dotación del cafetal nombrado *Santa Rosalía*, ubicado en la jurisdicción de Bahía Honda, *de la propiedad de usted*, etc. etc.

—Mañana puedes anunciar á Rafaela que es libre,—añadió don Bernardo.

La contestación de Irene fué ir á pasar los brazos por el cuello de su padre, derramando una lágrima que sirvió de bálsamo á su ternísimo corazón.

CAPÍTULO IX.

EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA IBÁÑEZ.

Había aún una tercera carta, cuyo contenido puede interesar á nuestros lectores; esto es, dado el caso de que nuestra poco amaestrada pluma haya despertado en su ánimo algún interés á favor de los personajes cuya historia referimos.

Anunciaba esta carta simplemente la captura de Martín Quintana... *por heridas inferidas por el dicho Quintana... en la persona*, etc. etc.

Esto no fué una sorpresa para don Bernardo, que ya lo sabía y áun se lo había comunicado á

Irene, así como la necesidad en que ésta se hallaba de ratificar su testimonio en la causa ya iniciada por el juzgado correspondiente. Irene estaba muy distante de recibir con indiferencia esta nueva, pues se había interesado vivamente por la suerte de los dos desventurados amantes; así es que suplicó con las mayores instancias á su padre que fuese él mismo á la Habana para estar al cabo de lo que pudiera acontecer.

—Porque,—decía ella con razón,—la circunstancia de que este desgraciado suceso haya tenido lugar en esta finca, parece como que pone á esta pobre gente bajo el amparo de usted.

—Tienes razón, hija; tú siempre tienes razón... Dios te bendiga... Mi primer impulso fué pensar en despedir á Lunares tan pronto como Simón estuviese en estado de ponerse en camino... Pero, no hay duda, están bajo mi amparo, como tú dices, y haré por ellos lo que pueda.

—No crea usted, papá, que Simón está fuera de todo riesgo,—repuso Irene con ahinco;—la fiebre continúa, y el médico no deja de tener sus temores á causa de la herida del pecho, que, según dice él, está muy cerca de ser una herida mortal... Quintana es pobre: ¿quién sabe si no encuentra quien le defienda como es debido, interesándose

por él, poniendo sólo la mira en hacer una obra de misericordia... además, es inocente...

—No hay más que decir... todo corre de mi cuenta,—contestó don Bernardo, animándose bajo la bienhechora influencia de su piadosa hija.—Te prometo que Quintana tendrá por defensor al mejor abogado de la Habana.

—¿Ibáñez?

—El mismo.

—Ninguno como él, papá; porque, en medio de todas sus cosas, dice mamá que tiene un corazón de oro.

—Nada le faltará á tu protejido.

—¡Oh!... gracias, papá, gracias... pero ¿á qué dar á usted las gracias, si usted, mejor que nadie, sabe dónde ha de encontrar la recompensa?

—Ahora escribe en mi nombre á Ibáñez que es dueño de hacer lo que guste con respecto á Rafaela... El negocio queda completamente en sus manos... ¡Ah! y anúnciale que dentro de cinco ó seis días, á más tardar, me tiene por allá... Sí, eso es... para el martes ó miércoles voy á la Habana; y cuando sea preciso que vayas á ratificar tu declaración, vuelvo á Santa Rosalía y nos vamos de una vez... Apuro no hay por ahora; pues nada de importancia se hará, mientras no se vea

más claro el sesgo que puedan tomar las heridas de Simón.

Nada, por fortuna, hizo posponer el viaje de don Bernardo. Su llegada á la Habana fué para él un tanto cuanto penosa: la primera mirada de su sobrino, su afectuoso apretón de mano y el modo un si es no es embarazado de preguntar por Irene, daban á conocer á ojos vistas al tío que el buen Pancho buscaba en su semblante algún rayo de esperanza, y no encontraba en él sinó el más amargo de los desengaños. Porque, efectivamente, la presencia del joven aquel á quien como á hijo quería, trájole á don Bernardo al pensamiento lo que en los pocos días anteriores había pasado, y que tan mal auguraba para el éxito de las pretensiones amorosas del sobrino. Y tanto más daba á conocer el semblante del padre de Irene los pensamientos que en aquel momento le dominaban, cuanto no dejaban éstos de ir mezclados con el disgusto que él mismo, por su parte, sentía de ver que parecían defraudadas sus propias esperanzas, que tan enlazadas iban con las de Pancho. La conversación que con su hija había tenido y de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, y el evidente pesar de ésta al escuchar la declaración concerniente á los deseos de Pancho, dejaban

fuera de toda duda que no era para éste el codiciado corazón de Irene. Luego habían sobrevenido los incidentes del marqués y el conde que Irene confió á su madre, y de que, por conducto de ésta, se enteró don Bernardo, según se desprende de las razones á que dió lugar la carta del doctor Ibáñez relativa á la manumisión de Rafaela. La pretensión del marqués de Peñas Altas, aunque presentada indirecta é indistintamente, era muy digna de toda consideración; y, á pesar de eso, sin que don Bernardo pudiese explicarse el por qué, esa consideración no era bastante á persuadirle de que llegara aquel noble á alcanzar sus miras. Daba mucho más que pensar al buen padre lo ocurrido con el conde de Palmasola; y no obtante el rápido y desastroso desenlace, por la relación de doña Clemencia, que había observado con ojos de madre el semblante de Irene, presumía que á este último se inclinaba la voluntad de su amada hija. Su presunción, con todo esto, no llegaba hasta el grado de creer que la inclinación de Irene hacia el conde siguiese adelante: en primer lugar, esta inclinación podría ser pasajera; y en segundo lugar, aunque era evidente que la pasión del conde presentaba todo el aspecto de una gran vehemencia, éralo asimismo que junto á ella había con no menos

fuerza levantado la cabeza el orgullo de familia con todas las apariencias de un obstáculo que la repulsa recibida podía hacer de todo punto invencible.

No hay que decir, que en la entrevista de don Bernardo y Pancho, al volver el primero á la capital, nada se habló de estas ocurrencias privadas. Las fiestas del Palmar, los trágicos sucesos de Santa Rosalía, y, por fin, las negociaciones de la casa, reclamaron pronto la atención de tío y sobrino.

—Pues vaya que no es mala la canalla que ha metido usted en el cafetal, tío... ¿Será preciso buscarle otro mayoral?

—Te diré, Pancho,—contestó don Bernardo, sentándose frente á su escritorio y repasando los papeles que sobre él había;—te diré. En eso mismo pensé yo al principio. Pero ya tú conoces á Irene. En cuanto me oyó decir que iba á despedir á Lunares por quitarme de encima disgustos y tragedias, manifestó el mayor interés por aquella pobre gente... ¿Qué vamos á hacer? Ella tiene razón... Si quieres que te diga la verdad, lisa y llana, el principal objeto de mi venida á la Habana es atender á la defensa de Martín Quintana; y mañana mismo mi primera diligencia será verme con Ibáñez.

—Irene es una santa, tío, y ha de interesarse por los afligidos... Diga usted lo que me toca á mí hacer, que yo no he de quedarme con los brazos cruzados.

—Lo sé, hijo, lo sé... Vamos á ver ese asunto de los pagarés vencidos de la partida de tasajo.

—Dinero perdido, tío.

—Puede ser... en cuanto á Mendoza y compañía, no hay que apurarlos.

—Pero tío...

—No hay tío que valga... Son gentes de bien, y las desgracias que han tenido son grandes... tú lo sabes... ¡vaya...! ¿voy yo á hundirlos?... Pues tendría que ver... con tanta prosperidad como Dios ha mandado á mi casa... ¡punto en boca! ¡punto en boca!

La opinión en que tenían á Ibáñez así doña Clemencia como don Bernardo, no era errada. Conocíale este último desde que uno y otro eran muy jóvenes, y aunque no le daba mucho que hacer, porque tenía poco de litigante, sin embargo, había tenido ocasión de consultarle más de una vez, y habíanse hecho mútuos servicios, los cuales dieron por resultado una amistad cada día más estrecha.

Perteneciente á una de las familias más distin-

guidas de la Habana, emparentada, si no mienten las historias, con la de Valmoral, ocupó don José María Ibáñez desde el principio de su carrera un puesto eminente en el foro, dando á su nombre lustre y fama, merced á la brillantez con que hizo sus estudios en el seminario de San Carlos, en los tiempos en que el insigne habanero, presbítero don Félix Varela, había elevado aquel noble instituto al nivel de los más acreditados, así en los dominios de España como en los países extranjeros. Ciertos beneficios eclesiásticos de que su familia disfrutaba, indujeron á ésta á inclinar al joven seminarista á que adoptase el santo estado eclesiástico. No opuso él objeción alguna, antes del mejor grado aspiró á recibir órdenes, y áun recibió las menores; mas después, sin que ocurriese una causa ostensible, mudó de parecer, dijo que carecía de la vocación que tan sublime ministerio demanda, y se decidió á cursar leyes, continuando en su determinación hasta que fué investido con el bonete y la borla roja. Nunca pudo averiguarse el motivo que le indujo á este cambio, ni se expresó nunca en el sentido de que había sido un error, como justamente lo estimaban sus más íntimos amigos. Tal era su vida, y tan ajustada iba á los más severos principios religiosos; tan solícito

era en enseñar, aconsejar y socorrer; tan fiel había sido al celibato que insensiblemente habíase impuesto, que, como decían los muchos parientes que tenía y que suplían la falta de una familia propia, no le faltaba á Ibáñez más que la corona para ser sacerdote.

Vivía en una casa de un solo piso, cuya antigüedad atestiguaban las rejas de las ventanas, de balaustres de caoba pintada de verde. El manejo interior de la casa estaba á cargo de los criados, no sin la directa y efectiva intervención de una su parienta, oficiosa por demás, doña Martina Alerte, que hemos tenido ya, en la sala de baile del marqués de Peñas Altas, el honor de presentar á nuestros amables lectores. Doña Martina tenía dos ideas, las cuales eran todo lo que podía contener su pulpa cerebral: la primera y principal era casar, «á esta Dolorcita,» decía, «que en mala hora tropezó con esas comedias románticas, que Dios confunda.» Era la segunda idea que «es un dolor,» si se nos permite de nuevo citar sus propias palabras, «es un dolor ver como este muchacho José María se deja robar de sus criados: todo anda en su casa manga por hombro... ¡qué despilfarro!... ¡Ave María! ¡qué despilfarro!... ¡En la vida se ha visto!... ¡Es un bendito!»

Doña Martina llamaba siempre á Ibáñez muchacho, porque le había visto nacer y le había sacado de pila.

—Harto tienes tú que hacer en tu casa,—contestaba á las variaciones sobre el segundo tema de doña Martina su marido, en el estilo de dudosa interpretación de los oráculos

—Desengáñese, madrina, su Dolorcita se va á quedar para vestir santos,—era la estereotipada frase con que don José María replicaba á las especulaciones funestas de la idea número uno.

Hemos dicho que la casa del doctor Ibáñez era de un solo piso. Ocupaban el zaguán una volante de corte y manufactura desconocidos ya completamente en las calles de la Habana, y un banco de cedro, donde había siempre uno ó dos negros, si no tres ó cuatro, cuyo único oficio no era otro, al parecer, sinó respirar el aire ambiente, fumar tabaco y darse ruidosas bofetadas para matar algún atrevido mosquito que hostilmente les disputaba la pacífica posesión de aquella estancia. Daba paso el zaguán, según una distribución tan general como inconveniente, al comedor, donde se veía, durante todo el día, la mesa puesta ó á medio poner, pero con más frecuencia á medio quitar, no por falta de individuos que la mantuviesen

en orden, por cierto, pues había tres criadas, cada una con su chico, especialmente encargadas de aquel menester. Un lado del comedor estaba separado del patio por un arco escarzano, tendido sobre sus correspondientes pilastras, del cual bajaba una cortina de gante listado que interrumpía los importunos rayos del sol. Ocupaba el centro del testero un gran tinajero que así servía de aparador como de mantener frescas las alcarrazas del agua. Al lado opuesto, separaba una reja el comedor del primer aposento, y á ella veíase atada una gran penca de palma bendita, adornada de cintas moradas, memoria piadosa del último domingo de Ramos.

La sala, con dos grandes rejas á la calle, era á la vez sala y estudio. Hallábase en ella el monumental bufete de caoba maciza del letrado, con su escribanía de plata en el centro, flanqueada de pilas de legajos, altas como las pirámides de Egipto, y como ellas tan llenas de misterios. En el promedio del testero de la sala, veíase la biblioteca, encerrada en un armario, también de caoba y también macizo, con llaves y goznes de plata. Y hay que observar que estas llaves, así como las de las gavetas del bufete, estaban ensartadas en una cadenilla de cobre de tres ó más varas de

largo, cadenilla cuya historia explicativa tenía que dar el bueno de don José María á cuantos por la primera vez le visitaban; pues siempre una buena parte de ella serpenteaba, ya en las sillas, ya entre los papeles, ya, por fin, en el santo suelo. El excelente señor se complacía en dar esta explicación que implicaba un descubrimiento, con honores de invención, de que no poco se vanagloriaba.

—Figúrese usted,—decía,—que, aunque tengo en mi casa diez y siete criados, entre varones y hembras, chicos y grandes, con la añadidura de otros diez y siete que están siempre de visita y ayudan en lo que pueden, con todo eso, las cosas andan Dios sabe cómo, que yo no lo sé; porque ha de saber usted que todavía se hallan por deslindar los derechos míos y los deberes de los diez y siete... Sí señor, justamente docena y media menos uno; pero no tardará en completarse la descabalada media docena, pues alguna de mis criadas debe de estar en meses mayores... Esta silla no está firme... perdone usted... tome usted otra, señor de... ¿su gracia de usted?... ¡Ah!... Pérez... señor de Pérez... Espere usted un momento, que está toda empolvada... ¡Rosario! ¡Severiano!... ¡Dianche! ¿dónde se meten esos negros?... ¡Nada! permita usted que con el pañuelo sacuda... No,

no es molestia. Pues, como iba diciendo á usted, el caso es que, rodeado de sirvientes, no tengo quién me sirva... Y no es eso lo peor... ¿se asombra usted?... pues todavía he de decirle que entre los diez y siete, con probabilidades de llegar pronto á docena y media, hay unos cuantos que gatean todavía, ó no hace mucho andaban á gatas, los cuales se apoderan de todo lo que á la mano encuentran, y se lo llevan Dios sabe dónde... En este caso se hallaron mis llaves más de una vez con grande inconveniencia, como puede usted presumir. Me cansé de poner cerraduras nuevas; pero esto no obviaba el inconveniente: las llaves andaban siempre extraviadas. Por fin, ocurrió un día, que vinieron á colgar esa lámpara que ve usted, y, mientras se hacía el trabajo, hice alto en un mazo de cadena que para el caso trajeron... Fué una inspiración... hice cortar un pedazo... el mismo que está usted viendo... ensarté mis llaves, remaché la cadena por las extremidades; y desde aquel momento, aunque entre cadenas como los presidiarios, les dí la libertad; puesto que ahora andan por su cuenta, dejándome con la seguridad de que, á donde quiera que la lleven los negritos, no se ha de perder su rastro, teniendo, como tienen, esa larguísima cola.

No necesitaba don José María de muchas razones para probar que estaba mal servido, pues eso se echaba de ver á la legua; pero el buen señor á todo se avenía, gracias á su genial amabilidad y á la piedad que en su alma despertaban los pobres esclavos que bajo su amparo vivían.

Cuando, según lo había determinado, fué don Bernardo á casa del doctor Ibáñez, vió, al entrar en la sala, que estaba éste en conversación con un elegante joven, en quien reconoció al punto al conde de Palmasola.

—Amigo Albar,—exclamó nuestro letrado levantándose de la silla y adelantándose para ir al encuentro del recien venido, tendiéndole entrambas manos,—¿cómo es eso? ¿es posible que usted, que es un don Pacífico, tenga en su casa escenas de celos y desafíos?

—¿Qué quiere usted? nadie puede decir que está libre de que, sin comerlo ni beberlo, se vea metido en semejantes lances,—contestó don Bernardo.

Viendo éste que el conde se levantaba, y, después de saludarle, hacía ademán de tomar el sombrero para retirarse, añadió dirigiéndose á él:

—Señor conde, no interrumpiré á ustedes más que por un instante, ni me trae á hablar con don José María asunto ninguno reservado.

—Señor de Albar,—contestó el conde volviendo á saludarle,—me alegro en el alma de haber encontrado á usted para darle las gracias por haber accedido á mis deseos tan cumplidamente con respecto á la esclava de usted Rafaela.

—No mencione usted ese particular,—repuso don Bernardo;—para mí ha sido un verdadero placer el que se presentara una ocasión de poder servir á usted.

—Ya eso está arreglado,—dijo Ibáñez interrumpiendo á sus amigos,—tomen asiento, tomen asiento... Carlos, un puro... Usted no fuma, Albar... ¡Rosario! ¡Severiano! candela.

Esta vez, á lo menos, la voz del amo recibió la debida atención de parte de los criados, pues Severiano, que era un mulatico de unos catorce años, se presentó al momento con el brazo izquierdo cruzado sobre el estómago, mientras el derecho, extendido, presentaba en la mano una copilla de plata colocada en un platillo del mismo metal. Rosario, negra vieja y gorda, seguía á Severiano sin ostensible objeto. Este exceso, lujo pudiera decirse, de solicitud, que podía en aquella casa calificarse de fenomenal, hizo sonreír á entrambos visitadores, y hasta al mismo don José María, el cual pasó de un salto de la sonrisa á la

risa, al advertir que el anafe tan diligentemente ofrecido, no tenía lumbre.

—Si digo á ustedes... ¡Muchacho!—gritó don José María.

Severiano salió corriendo, y Rosario detrás, tableteando al andar en chancleta.

—Tendrá usted que echarle cadenas al fuego como á las llaves,—observó el conde.

La segunda tentativa de los dos fámulos tuvo mejor éxito, y el abogado y su noble huésped se envolvieron como dioses del antiguo Olimpo en el humo perfumado de la famosa hoja de Vuelta Abajo.

—Veamos, Albar, qué le trae á usted por acá... pero, antes de todo, ¿cómo está aquella hermosa Irene, aquella enemiga de mi reposo, que por mi mal volvió de la ciudad de Hércules? ¿qué dice aquella ninfa del Betis?

Por este exabrupto se comprenderá que el buen doctor no había arriado la bandera ante las tiránicas exigencias de la escuela romántica, que estaba entonces de moda. Todavía había para él ninfas en el Almendares y pastorcicos en las vegas, y Apolo regía sus briosos corceles, y Cupido no había sido despojado de arco, carcaj y flechas, aunque nuestro amable letrado oía misa todas las

mañanas y confesaba y comulgaba, como lo manda nuestra santa Iglesia. En prueba de su clasicismo tenía el valor, raro entonces, de poner cara y cabeza en manos de peluqueros y barberos para que las rasurasen, peinasen y acicalasen.

—Ella es la que me hace hoy venir á ver á usted,—respondió don Bernardo.

—¡Dichoso mil veces yo!

—En dos palabras me explicaré, pues no quiero robar á ustedes el tiempo. Ya veo, Ibáñez, que está usted enterado de lo que ha ocurrido en el cafetal...

—Y ¿quiere usted que caiga de lleno el brazo de la justicia sobre el malhechor?

—Todo lo contrario. Irene, que por una casualidad se ha visto envuelta en este asunto, está muy compadecida de Martín Quintana, y tiene empeño en que usted sea su defensor...

—¡Yo! por supuesto...

«Dadme la lanza,
ceñidme el casco fiero y refulgente,
volemos al combate...»

gritó Ibáñez, levantando el brazo y sacudiéndolo como si amenazase á la turba de sus treinta y tantos sirvientes.—Cuente usted conmigo, y ó yo

valgo poco, ó hemos de sacar al ahijado de Irenita á la orilla.

—No esperaba yo menos de su buen corazón, amigo Ibáñez,—dijo don Bernardo tendiendo una mano.—Martín no tiene nada... Las expensas que haya que hacer corren de mi cuenta.

—De eso se tratará después, amigo Albar, que no ha de ser usted el único buen samaritano.

Con esto, levantose don Bernardo, y despidiéndose, se retiró.

—Este hombre, Carlos, es la suma benevolencia,—dijo Ibáñez cuando ya Albar había salido de la casa,—y tiene una hija dotada de excelentes cualidades: son ellas de tal suerte, que se reflejan en cada una de sus palabras y en cada una de sus acciones, y hasta en el mismo semblante. Tú quizá la habrás visto: es amiga de Carolina y estaba en casa de Diego María la noche del baile... y verla es conocerla, lo cual no es común. ¡Dichoso el hombre que logre hacerse amar de tan digna mujer!... Pero volvamos al asunto de que tratábamos cuande vino Albar. Apruebo tu idea de arreglar por tí mismo tus negocios antes de emprender el viaje que acabas de anunciarme. Haces perfectamente. Ya sabes que ahora y durante tu ausencia me tienes á tu disposición para lo que gustes man-

darme... Con franqueza... No es por lisonjearte, Carlos; tú sabes que yo no soy amigo de lisonjas, ni estarían tampoco bien en boca del que amó á tu padre como á un hermano; pero siempre he creído que tú no has nacido para pasar la vida en el ocio. Te congratulo cordialmente por este cambio que hoy veo en tí; y me atrevo á augurar felices resultados, no sólo para tí mismo, sinó para nuestra patria.

—Gracias por tan buena opinión,—contestó el conde visiblemente conmovido.—Hoy mismo salgo para el ingenio de Jaruco... Mis proyectos están todavía en embrión; pero, Dios mediante, iré dándoles forma... Una palabra sobre ese negocio de que habló á usted el señor de Albar. Es innecesario que yo haga á usted recomendaciones de ninguna clase, porque sé que usted dará los pasos posibles á favor del reo; pero si yo puedo tocar algún resorte, acuérdese usted de mí, y se lo agradeceré en el alma.

—Pierde cuidado,—repuso Ibáñez; y al mismo tiempo decía para sí:—estoy asombrado... ¿qué puede haber hecho cambiar á este muchacho? ¿Estará enamorado?... pues ¿de quién?... ¡Bendito sea Dios!

En este momento llegó el escribiente de Ibáñez,

con los papeles bajo un brazo, el bastón bajo el otro, el sombrero en una mano, en la otra el cigarro, y los faldones del frac meciéndose en todas direcciones.

El conde se retiró. El carruaje le esperaba á la puerta. El calesero, resplandeciente con la librea amarilla galonada de oro, y las hebillas, espuelas y pasadores de bruñida plata, dejó caer el látigo sobre el hermoso caballo, en cuyos arreos lucía asimismo la plata con profusión oriental; y el quitrín, forrado en seda, rodó muellemente sobre el empedrado. Después de indicar el conde varias veces la ruta con un *á la derecha*, ó *á la izquierda*, dijo al fin: «Pára,» y se detuvo el auriga en la casa del señor don Indalecio Alerte.

¿Qué no ven los ojos de una mujer? Y si estos ojos son los de doña Martina Alerte ¿qué puede escapar á su perspicacia?

En la sala estaba la señora doña Martina; conoció como por instinto la librea antes de verla bien, y corrió desaladamente al aposento interior donde, en aquel momento, estaba su hija recorriendo embebecida las calles de la antigua París con la *Esmeralda* de Víctor Hugo.

—¡Dolorcita, Dolorcita!... por fin, hija, se realizan mis esperanzas... ¡Llegó la hora!... Ahí está

Carlos de Valmoral... Yo salgo á recibirle; y luego que pase un rato, te dejas caer por la sala, como por casualidad... Suelta esa comedia, muchacha... ¡malditas sean!

—Es la novela que me prestó Ramón de Palma, mamá,—contestó Dolores cerrando el libro con un lánguido suspiro.

—Todas son comedias... ponte otro vestido... y no hables de comedias ni de románticos.

Tomando en seguida, al pasar por delante de un espejo, su aire de sorpresa y su sonrisa de bonachona, entró en la sala, donde el conde la esperaba viendo las estampas que, en grandes marcos de relumbrón, colgaban de las paredes, y representaban la historia de la reina Ester.

—¡Conde!...

—Sentiré en el alma haber molestado á usted á una hora tan intempestiva, mi señora doña Martina.

—Nada de eso.

—¿Doloritas?

—Buena, gracias: no sabe que está usted aquí... ¿No se sienta usted?

—Dispénseme usted... ¿el señor Alerte?

—Está arriba en su escritorio.

La cara de doña Martina tenía ya la verdadera

y genuína expresión de la sorpresa, y el aire de bonachona iba desapareciendo.

—Si quiere usted,—añadió,—haré que le pasen recado.

—No se moleste usted... Yo subiré. . con permiso de usted.

Añadiendo á estas palabras un amable saludo, y poniendo los guantes de cabritilla en la abertura del chaleco, de manera que los dedos quedasen afuera, se dirigió el conde de Palmasola á la escalera que conducía á las habitaciones altas de la casa.

—¡Carlos de Valmoral habla con Indalecio!—soliloquió doña Martina, moviendo la cabeza como para dar una sacudida á sus ideas;—es cosa hecha... ¡Bendita sea la Virgen!... Y Carolina cada vez más encalabrinada con Nandito... Si el corazón me lo decía, señor... si no podía ser de otra manera... Lo que sí no alcanzo á comprender es el silencio de Carlos conmigo... una indirecta siquiera... pero, al fin, vea yo casada á esta Dolorcita...

CAPÍTULO X.

MARTÍN QUINTANA.

Pasaron algunos días. La familia de Albar había vuelto á la Habana, y con ella Isabel Lunares, la cual, temerosa de quedarse en Santa Rosalía con su airado hermano, suplicó á doña Clemencia la llevase á su casa, favor que le fué fácilmente concedido.

Simón había muerto. Las halagüeñas esperanzas dadas por el licenciado Vena cuando verificó el reconocimiento de las heridas, salieron completamente frustradas. Doña Clemencia, viendo con alarma el estado del enfermo, y juzgando piado-

samente que á ella le tocaba no poca parte de responsabilidad en lo que pudiera sobrevenir, hizo que Irene escribiese á su padre á fin de que suplicase al médico de la familia que fuese lo más pronto posible á Santa Rosalía. Era éste el doctor Gutiérrez, que ya desde entonces tenía justamente adquirida fama de gran cirujano. Su examen hizo al punto evidente el error del colega campestre; y, para consuelo de este último, y también de doña Clemencia, afirmó que sólo un milagro del cielo podía salvar la vida del desdichado joven. Este tuvo lugar de ratificar en debida forma la declaración hecha el día siguiente al de la riña, declaración que en todos sus puntos estaba conteste con la de su matador.

Martín Quintana, que estaba dotado de una singular serenidad, hija de un corazón verdaderamente valeroso, trató en la noche de la fatal contienda, de calmar el ánimo de su rival, al cual cegaba, antes que un amor intenso hacia Isabel, el sentimiento de creerse humillado y despreciado. Su temperamento arrojado é impetuoso lanzó á Simón á la exaltación del delirio, á lo que no poco contribuyó, sin duda, la misma calma de Martín, que él, en su ciego furor, tomaba por el más insultante desdén. Desde que llegaron al lugar que

pareció á Simón á propósito para el combate, y fué el mismo donde se le encontró moribundo, desenvainó, atacó á Martín y le hirió, aunque levemente, antes de darle el tiempo necesario para ponerse en guardia. Viendo entonces que ya se trataba de su propia defensa, Martín, que era diestro en el machete del campesino cubano, atacó con vigor, tendiendo principalmente á desarmar ó inhabilitar á su antagonista. Así fué encrudeciéndose el combate: las hojas de bruñido acero relucían, con el reflejo de la luna, como relámpagos, siniestros precursores del rayo; excitábanse los combatientes uno á otro pronunciando el nombre de Isabel, como si el fantasma de su fascinadora mirada fuese una ascua ardiente que encendiese sus corazones. Por fin, en el momento de hacer Quintana el ademán de dar una estocada con el objeto de revolver el machete y dejarlo caer sobre el brazo derecho de Simón, tropezó éste en una piedra, y se precipitó sobre la punta del arma enemiga, viniendo súbitamente á tierra.

Quintana, creyéndole muerto, corrió espantado en busca de su caballo, y se puso en salvo en las espesuras de los montes vecinos. En ellos pasó el resto de la noche y todo el día siguiente, sin tomar otra cosa que el agua de los arroyos con que

apagaba la sed que incesantemente le devoraba. En vano traía á la memoria todo lo que había hecho por esquivar el lance; y cada acto, cada palabra se le presentaba con realidad aterradora. En vano decíase á sí mismo que no había hecho otra cosa sinó defender su propia vida. Como un espectro presentábase, con porfía tenaz y cruel, ante sus ojos el horrible espectáculo de un hombre que pasaba de una actividad febricitante á la postración más completa. Mirábase las manos y la ropa ensangrentadas, miraba en la vaina de su machete la sangre escurrida al entrar en ella el acero, y pensaba que aquella sangre prestaba vida, hacía un día, hacía una hora, hacía un instante, á un hombre; y que él era quien la había hecho saltar de las venas.

Impelido por el desasosiego de su espíritu, determinó volver al sitio de la lucha, sin pensar en el riesgo que corría de ser descubierto. Nada encontró allí. Era una plácida tarde, y el cedro, mudo testigo de la sangrienta escena, mecía sus ramas al blando soplo de la desmayada brisa, dibujando en el suelo su sombra prolongada y dejando oír en su pomposo follaje el canto alegre de las aves. La vista del lugar, que reconoció al punto, pareciéndole como que todos los objetos te-

nían vida é inteligencia, las manchas negruzcas de sangre que aquí y allá deslustraban el esmalte de la yerba, lejos de aumentar la excitación en que Martín se hallaba, le tranquilizaron repentinamente; y, dejándose caer al pié del cedro, dió rienda suelta á las lágrimas de un sentimiento consolador.

Muchas horas pasó allí el infeliz. Más de una vez echó á andar hacia las casas del cafetal con la intención, si lograba que la fortuna le favoreciese, de adquirir alguna noticia y saber positivamente si aquel hombre, que él creía muerto, estaba real y verdaderamente muerto. Pero al mismo tiempo el temor de llegar á saber una noticia fatal, le detenía. Luego que hubo pasado esta ansiedad y esta lucha de encontrados anhelos, comenzó á sentir con hastío y tedio su soledad; y este nuevo sentimiento llegó á apoderarse de él de tal manera, que, montando á caballo, se dirigió por escondidas veredas á una casita que por aquellos alrededores, al pié de una agria cuesta, en otras ocasiones había visto. Al acercarse á ella, mudó de intento, y, retrocediendo un buen trecho del camino andado, llegó hasta una encrucijada, donde de repente puso espuelas al caballo, y se encaminó á una tienda que estaba de allí á una media legua de distancia. Sor-

prendiole de pronto no ver gente en ella; pero apenas se hubo apeado, viose rodeado de los mismos que le buscaban, y que, viéndole venir, se habían escondido, por temor de que, alarmado, se les escapase.

Sin decir una palabra, sin prestar atención á las ásperas recriminaciones y apóstrofes injuriosos y provocativos del enfurecido Lunares, se dejó Martín maniatar y conducir á la cárcel, dando en su interior las más fervorosas gracias al cielo porque, según pudo colegir de lo que el mismo Lunares decía, no sólo vivía Simón, sinó que sus heridas no eran mortales.

Además de que Martín Quintana no tenía temor ninguno de ser condenado á muerte, ya el lector ha visto que, merced al vivo interés manifestado por la bondadosa Irene, se había encontrado el pobre preso, sin saber cómo, rodeado de protectores eficaces y poderosos. De parte de don Bernardo, fué Pancho á hablar con el alcaide de la cárcel, obteniendo para Quintana todas las ventajas que las ordenanzas de la casa permitían. A esta, que para el mísero reo fué una inesperada sorpresa, se añadió la más extraordinaria aún de que se ofreciera para dirigirle y defenderle nada menos que D. José María Ibáñez, cuyo nombre, unido á

la fama que dan la generosidad y el talento, más de una vez había llegado á sus oídos..... Pero cedámosle á él mismo la palabra, trascribiendo textualmente una carta suya dirigida á Isabel.

Esta joven, si bien entendía con perfección todo lo tocante á los más finos trabajos de aguja, como podía probarse presentando más de una randa hecha á hurtadillas para las camisas de Martín, en punto á leer y escribir andaba tan á ciegas como la prole de Adán antes de venir al mundo el ingeniosísimo Cadmo. Así fué que cuando Irene puso en sus manos la carta, púsose colorada la guajirita, dió vueltas al papel con señales evidentes de sorpresa, acompañada de una buena dosis de curiosidad; y al fin, confesando el atraso de su educación literaria, devolviósela á Irene, la cual leyó de esta manera:

Carta de Martín á Isabel.

Mi estimada amiga: Un caballero que está preso en la cárcel, compadecido de mi desgracia, se ha prestado á escribir por mí esta carta; porque yo quería pedirte perdón por todos los disgustos que te estoy haciendo pasar, y suplicarte que trates también de conseguirme el de tu hermano y el de su esposa. No dudo que conseguiré lo que pido;

porque Simón, que en paz descanse, me perdonó antes de morir, según me han dicho. El Señor me ha favorecido en esta fatal desgracia en que me veo envuelto. Tal es la fuerza del sino, y tal la opresión en que vive la mísera humanidad. Cuando yo me creía solo y abandonado, parece que algún santo me ha socorrido, porque he encontrado todo cuanto podía yo apetecer. Todos dicen que no tengo que temer por mi aniquilamiento. Mi defensor es un caballero muy distinguido. Me han dicho que hay un señor conde que va á hablar con el capitán general para que yo salga libre bajo la condición de ir á España y entrar en el ejército. Esto es cosa muy dura; pero no se podía esperar menos de un mundo que al acaso debe su existencia. La virgen de Regla nos amparará y hará que algún día vuelva á reunirse contigo tu amante que más desea verte que escribirte.

MARTÍN QUINTANA.

Esta carta fué dirigida al cafetal Santa Rosalía, y llegó allá pocas horas después de la salida de la familia de Albar para la Habana; pero, antes de que se enterase Lunares de la tal correspondencia, y sospechando de donde venía la carta, diole curso la compadecida Candelaria, á cuyas manos fué

acaso á parar. En su contenido se habrá observado alguna incongruencia, y sabemos por persona fidedigna que los dientes y hoyuelos de Irene, con más de una sonrisa, tuvieron parte en la lectura de las líneas del preso.

Una rara y para nosotros felicísima circunstancia, de que, sin cometer una imperdonable indiscreción, no podríamos prescindir de dar cuenta á nuestros lectores, es que haya venido á nuestras manos el autógrafo de aquel documento, que conservamos entre los comprobantes de la verdad de nuestra relación. Esta carta no podía menos de dar lugar á largas y minuciosas investigaciones, y áun cuestiones acaloradas entre personas poseídas del natural deseo de no desviarse un punto de la autenticidad de los hechos. Doloroso es decir que haya personas que nieguen la de la carta de Martín Quintana á Isabel, ó Belica Lunares, y fundan su aserto en ciertas ideas que en ella se vierten, y que son consideradas como ajenas del estado y círculo especulativo de un guajiro, como lo era Martín Quintana. Este mozo, además, estaba tan atrasado en letras como la niña cuya mano pretendía. El último argumento, que parece incontrovertible á primera vista, se deshace como espuma ante la fría razón. En efecto, ¿no puede un

individuo ignorar el abecedario, y ser, sin embargo, autor de una carta auténtica?

El primer argumento es de más peso y mayor consideración, y fué una espuela que nos puso en movimiento para tratar de hallar el hilo que nos llevase al ovillo de la dificultad. Según se desprende de los mamotretos que tenemos á la vista, en medio de las discusiones ocasionadas para probar la autenticidad de la carta, á nadie ocurrió acudir, para aclarar los hechos, al mismo Martín Quintana, cuyo paradero era fácil de averiguar por conducto de los condes de Palmasola. Esto hicimos nosotros, por lo cual deben vivirnos agradecidos los lectores de esta historia.

Escribió la carta en cuestión, digámoslo de una vez, el licenciado D. Leonardo Cantarribera. A Quintana ni siquiera le pasó por la imaginación escribir cartas á nadie; y cuando más, para ponerse en comunicación con Isabel, hubiera pacientemente esperado á que se presentase alguna alma caritativa que se hiciese cargo de un recado verbal, medio natural en países en que las letras están en mantillas. Pero Cantarribera vió en la cárcel á aquel pobre joven; y como no le fué difícil enterarse de sus aventuras, le dijo luego que oyó su detallada relación:

—Si se le ofrece á usted algo, Quintana, avíseme usted.

—¡Qué! nada, señor, nada... ya el caballero lo ve... nadita me falta... algún santo me proteje, —contestó Martín, tendiendo los brazos y abriendo las manos.

—Pero bien, suponga usted... si se le ofreciese á usted escribir alguna carta...—repuso el complaciente compañero de prisión.

—¿Yo? ¿á quién?

—¡Hombre! á su novia.

—¡Ah! es verdad... mire usted yo... dice bien el caballero... sería bueno escribirle una carta á Belica... pero ¿cómo?...—contestó Martín enseñando todos los dientes de la boca.

—Sí, sí, lo más fácil del mundo, cuando usted quiera, ahora mismo, repuso Cantarribera, sacando avíos de escribir, y añadiendo entre sí:—que se aburre uno sin hacer nada en esta miserable cárcel.

Y poniendo Quintana algo de su cabeza y Cantarribera algo de la suya, en un decir Jesús, cate usted la carta escrita.

El lector ahora ha de permitirnos con su acostumbrada benevolencia que le demos cuenta de tan solícito amanuense, más favorecido que Mar-

tín Quintana por las aulas escolares, y á quien aquel había encontrado en la sala de distinción de la cárcel, donde, gracias á los pasos dados por Pancho Rojas, tenía cómodo alojamiento.

Hemos dado á Cantarribera el título de licenciado, y añadiremos ahora que lo era en leyes por la universidad de Madrid, en cuyos círculos literarios y políticos era tan conocido como en los de la Habana, donde había nacido. La causa de su prisión era historia curiosa, y peculiar á aquella época. Hallábase en la corte concluyendo sus estudios cuando en 1836 fué restablecida en la monarquía española la constitución de 1812, y fué testigo de los ruidosos acontecimientos que condenaron á las provincias de Ultramar al estado de simples colonias, privándolas de la representación en Cortes. Respirando la atmósfera que respiraba, púsose del lado del partido constitucional, cuya existencia era legítima. Su nombre sonó al pié de sus lucubraciones en prosa y verso, que con grande aplauso vieron la luz en los periódicos de la metrópoli española.

Llegole por fin á Cantarribera el día de volver á la isla de Cuba, y, lleno de las más placenteras esperanzas, tocó las queridas playas; mas ¡ay! que al tocarlas, sintió la férrea mano del poder sobre

sus hombros; y, después de haber gozado por cuarenta días ó más el espectáculo de la inmensidad del libre océano, vió sus horizontes circunscritos por las paredes de tristísima cárcel. Era su delito amar y defender lo que, por boca de una reina gobernadora, no solamente amaba y defendía, sinó que mandaba que se amase y defendiese, la augusta soberana de la nación. Por ese mismo amor, en defensa de idénticos principios, bajo la misma bandera, y en nombre, en fin, de la misma real persona, encontrábase privado de su libertad Leonardo Cantarribera. Era el juego de los cubiletes: Aquí está... ¿la ve usted?.... pues ya no está..... pues mírela usted.

Diremos en conclusión, ya que este joven se ha presentado y volverá probablemente á presentarse en nuestra historia, que el licenciado don Leonardo Cantarribera, si bien legítimo poseedor de un nombre de tanta sonoridad y tamañas dimensiones, era de estatura muy pequeña, y si no sucedía que dejase de todo punto de fijarse en él la atención del público, debíalo á sus finos modales, á su agradable conversación y á la ancha frente y vivos ojos que mostraban un alma llena de generosos instintos.

Errado va el lector si imagina que con estas un

tanto prolijas explicaciones, dejamos despachada la carta de Martín Quintana. No á humo de paja la hemos traído á colación. Circunstancias hay en ella que para uno y otro corresponsal eran tan misteriosas como las peripecias de su vuelta á la patria para el amanuense. En la mujer, empero, que tiene un corazón generoso, es discreta, y ama, hay instintos con los cuales parece que la razón nada tiene que ver, pero que no por eso dejan de ser seguros como el calor del sol, y como su luz claros. Mientras Irene leía la carta y se reía de sus raras contradicciones, pensaba que, además de lo que por el preso su padre y su primo habían hecho, lo cual sabía ella punto por punto, otras diligencias manos ocultas en favor suyo estaban haciendo. ¿Quién era este agente desconocido? La relación que don Bernardo había hecho á su hija de la visita á Ibáñez, fué un rayo de luz para Irene. ¿Quién era el conde que hablaba á la autoridad superior de la Isla en favor del pobre guajiro vueltabajero? ¿Quién podía ser sinó Carlos de Valmoral? A este hecho, pues como tal lo consideraba, unía ella el de la libertad de Rafaela, libertad que fué acompañada de la donación de una casita situada en Bahía Honda, donde estaba ya instalada la hasta entonces olvidada nodriza, y de uno y

otro hecho fatigábase la bella Irene por sacar sus conclusiones.

¿Qué motivos podían haber impelido al conde de Palmasola á apresurarse á obrar de esta manera? ¿Era que su orgullo, herido por la repulsa de Irene, quería hacer un alarde de fuerza y de poder? Y aquí volvía aquel instinto á trabajar y dar el sesgo mejor á las cosas, y pesarlas luego, y creerse equivocado, y ver que no hay tal equivocación, y acabar por decir á la sencilla Irene, en voz queda, al oído, haciéndola estremecer de puro gozo: «Te ama todavía.» ¡Cuán dulce era llegar á esta conclusión! ¡cuán dulce divisar, en medio de las sombras de atormentadora duda, una de esas esperanzas en cuya realización va envuelta la ventura de toda la vida! Y eran esas sombras tanto más densas cuanto Irene vivía en un círculo que apenas tocaba la órbita en que brillaba el noble y elegante Carlos de Valmoral. Nunca supo ella, á lo menos entonces, la memorable visita de éste en la casa de don Indalecio Alerte; que si lo supiera, y á esta noticia hubiérase añadido el objeto y resultado que tuvo, quizás, ya que no muerto, mal su grado hubiérase velado aquella naciente esperanza.

No nos placen los misterios; y como ya hemos

apuntado algo sobre el particular en la entrevista de que dimos cuenta entre el conde de Palmasola y el doctor Ibáñez, vamos sin preámbulos á hacer partícipe al lector del plan de Carlos, el cual no era otro sinó ofrecer sus servicios al gobierno é ingresar en las filas del ejército que defendía en las provincias del norte de la Península, contra las pretensiones de su tío, los derechos de la augusta hija del séptimo Fernando.

Para llevar á cabo su plan, quería Carlos que el señor de Alerte, el cual, tras de ser, como hemos dicho, empleado del gobierno, era amigo del capitán general, hablase con éste sobre sus intenciones y obtuviese de él cartas de recomendación para el ministro de la Guerra. Y no es de extrañar que tuviese que valerse de otra persona, pues, aunque el conde de Palmasola ocupaba una elevada posición, sin embargo, como joven y elegante, sólo en una que otra ocasión de gran ceremonia, subía las escaleras del palacio de aquel magnate. Don Indalecio, que siempre gustaba de hacer valer la influencia que aquella amistad le proporcionaba, tratándose ahora de tan distinguido cliente, con quien, á fuerza de deslindar, le unían lazos de un remoto parentesco, imagínese el lector si no se daría importancia y haría cuanto de

su parte estuviese para salir airoso del empeño.

Era Alerte de esos hombres que al paso que ván perdiendo el pelo, adquieren formidables dimensiones en el cerco de la cintura. Doña Martina, su amable consorte, trataba un tanto cuanto de reparar ambas calamitosas contingencias, merced á un casquete del patrón y manufactura más modernos, y, según decían lenguas indiscretas, á un corsé ó faja fabricado en la que era entonces corte de Luís Felipe; mas á pesar de estos ingeniosos artificios, en ocasiones como la de que estamos tratando, el arquear de cejas de don Indalecio, su estirarse el chaleco, su ahuecar la voz, su cruzar de piernas, hacían que perdiese la movible cabellera su justo encaje y que se derramasen sus carnes como río que sale de madre. Debemos añadir, con respecto á lo del corsé, que sobre este punto había opiniones diversas: Fernando Arenas, que era muy de casa, negaba redondamente la existencia del tal vendaje, mientras Dimas Caspa, que era perrito de todas bodas, sostenía lo contrario, apostando lo que quisieran. En lo que todos parecían estar de acuerdo era que doña Martina tenía á su respetable consorte metido en cintura.

Alerte, pues, agenció las cosas de tal manera que el conde consiguió lo que quiso, y, áun en

una visita que, para manifestar su agradecimiento, hizo este último al capitán general, obtuvo el perdón de Quintana bajo las condiciones expuestas en la carta que ahora por vez última mencionamos.

CAPÍTULO XI.

UNA VISITA Á DOÑA MATILDE.

Hicimos en el capítulo anterior mención del círculo en que vivía Irene, tan distante del de los Valmorales; y lo confirmamos ahora, diciendo que apenas si había visto á Carolina después de su vuelta de Santa Rosalía. Creyó, pues, nuestra amable joven que debía ir á hacer una visita á su amiga, cumpliendo con los deberes de la amistad y dándose á la vez el gusto de tener un rato de conversación con ella. Fué con una criada formal de casa, remedo y resto de las antiguas dueñas, la cual la acompañó en el carruaje

hasta la puerta de la casa del marqués de Peñas Altas.

No dejaba Irene de llevar algún encogimiento consigo; pero el recibimiento tan afable como urbano que le hizo el marqués, el cual en el momento de subirlas ella, bajaba las escaleras para salir, las excusas que le dió porque ocupaciones urgentes le impedían volver atrás, todo la hizo presumir que nada sabía el buen señor del resultado de la conversación de doña Matilde en el Palmar. En cuanto á esta última, la alegría que manifestó al verla y los tiernos agasajos que le hizo, pusieron desde el primer momento á Irene en su terreno natural de ingenua jovialidad. A la que encontró un si es no es inclinada á la reticencia, fué á Carolina, pero no dudó atribuirlo á la presencia de su abuela. Pareciole notar en ella cierta turbación en medio de la volubilidad con que salpicaba la conversación de una y otra memoria de los días de la vida colegial y de los incidentes del viaje de Cádiz á la Habana. Después de uno que pudiera llamarse monólogo, pues no era permitido á Irene meter baza, pasó de repente Carolina al registro é inspección de armarios y gavetas, siempre haciendo por sí sola el gasto de la conversación.

—Mira, Irene, mira,—decía;—todas estas telas son para los bailes del carnaval, y estas otras para las fiestas de la Semana Santa. Con este tafetán azul voy á mandar á hacer un dominó... ó puede ser que al fin y al cabo me decida por este rosado... Tú me dirás, tú que tienes gusto para elegir los colores... ¿Qué te parece esta mantilla de blonda blanca para la misa de Jueves Santo?... Ven, he de vértela puesta... No me digas que no; yo digo que sí... Estás lindísima... La mantilla es para la misa; y para la retreta, por la noche, este sombrerito de terciopelo que me ha regalado Martina, la madre de Lola Alerte, aquella muchacha romántica que te enseñé en el baile... ¡Ay hija! un siglo me parece que ha pasado desde aquella noche del baile; y fué, como quien dice, ayer... ¡Las cosas que han sucedido!... ¿Te acuerdas de tu vestido de listado? ¿Qué has hecho de él?

—Se lo dí á una pordiosera: eso era parte de la promesa.

—Por supuesto: y yo lo sabía; pero no me acordaba. ¡Qué cabeza la mía!... Estabas aquella noche más guapa que nunca; y ahora estás más guapa que entonces.

Diciendo así, Carolina, en uno de sus repentes, puso las manos en las sienes de Irene, y atrayén-

dola hacia sí, le dió un beso en cada uno de los hoyuelos, que con la risa parecían abrirse para recibirlos.

En este momento se oyó rodar un carruaje por el empedrado de la calle y parar en la puerta de la casa.

—¡Son ellas!—exclamó Carolina, arrancando los rojos labios de la dulce prisión en que los tenían los blandos y provocativos hoyuelos.—¿Qué hago ahora, mamita?—añadió con la cara entre alegre y compungida, volviéndose hacia doña Matilde.

—Irenita te excusará, niña,—contestó ésta.—Es que la viene á buscar Martina para que vaya á comer con Doloritas.

Irene, al oír esto, reprimió un movimiento de disgusto, que de todos modos hubiera pasado inadvertido, pues no había aún acabado de hablar doña Matilde, cuando, con toda pompa y majestad, dejando con su contoneo flotar en torno las extremidades del chal de gasa, entró doña Martina Alerte, seguida de la lánguida Dolores. Para esta señora la entidad de Irene no tenía espacio en ninguna de sus dos ideas, así es que no hizo caso de ella; pero de Dolorcita mereció una melancólica sonrisa, merced á la relación que á sus

oídos había llegado de la parte tomada por aquella en los románticos sucesos del ya famoso Martín Quintana.

—Vengo con una jaqueca, hija,—dijo doña Martina á la marquesa, después de saludarla, dándole la mano,—que parece que se me quiere partir la cabeza... Y el polvo de esas calles... ¡Jesús!.. estoy que no veo... Se conoce que se acerca la cuaresma con sus ventarrones que matan.

—Descansa un rato,—contestó doña Matilde;—haré que te traigan un refresco... ¿Quieres bañarte la frente con un poco de agua de Colonia?

—Gracias, gracias... prefiero volver á casa cuanto antes... ¿Qué tal la ópera de anoche, Carolina? ¿no estuvo sublime Montresor?... Bellini es divino: no en balde le llaman... ¿Cómo le llamaba anoche en el palco Ramón de Palma, Dolorcita?

—El cisne de Catania, mamá,—contestó Dolores con un suspiro ahogado, encogiendo los delgados hombros y extendiendo los brazos sobre la falda del vestido.

—Sí, eso es... yo estaba confundida con las castañas... Mañana es *El Pirata:* en el teatro nos veremos... Conque ¿vamos, Carolina?

Por más que insistió doña Matilde, fué preciso

dejar á doña Martina volver á ser presa del viento del sur. Carolina se deshizo en excusas al despedirse de Irene; pero, aunque protestando que no quería salir de casa y dando con los lindos piesecitos en el suelo en señal de disgusto por el chasco que le causaba, disponíase á toda prisa para partir. Irene, por su parte, aseguraba que la criada debía de volver pronto con el carruaje, que ya había hecho una visita larga; y una y otra, en el último y más sonoro beso, hiciéronse recíprocas promesas de pasar un día juntas.

Debemos advertir en este lugar que la invitación de D.ª Martina no era fortuíta, ni debida á sus naturales inclinaciones hospitalarias, ó á que alguna otra idea hubiese surgido en su cabeza. Nada de eso: la invitación estaba tan distante de ser ajena á la órbita en que se movían las dos ideas de aquella inteligente y bien intencionada señora, que entraba en ellas como en un guante la mano. Como que desde el principio de la aparición de Carolina en el horizonte habanero, la consideró como la más formidable rival de su hija en la conquista de Carlos de Valmoral, con la más fina y previsoria diplomacia favoreció á dos manos los amores de aquella interesante niña con Nandito, según llamaba ella á Arenas, sin que de ello tuviesen la se-

ñora abuela ni el señor padre la menor sospecha. Con este laudabilísimo objeto, y atendiendo á que doña Matilde era muy dada á guardar la casa, á cada paso se ofrecía para acompañar á Carolina á espectáculos y paseos, á lo cual de buen talante prestábase Dolorcita, que creía firmemente que su fe de bautismo no podía menos de recibir favorables alteraciones, si las gentes la veían á menudo al lado de quien había nacido cuando ella estaba ya para salir de la escuela. El día, pues, á que nos referimos, debían comer en casa de doña Martina los dos amartelados amantes y renovar sus juramentos de amor eterno entre la sopa y los principios, ratificarlos entre el asado y los postres y sentir, por fin, el éxtasis de la felicidad suprema libando el café y los licores: cosas todas juntas, y cada una de por sí, de suficiente sustancia y eficacia para echar lastre á la nave de su pasión.

Por esto se verá cómo trabajaba en sus evoluciones la idea prodominante de doña Martina, y cuán errados andan los filósofos moralistas que pretenden sostener como mejor, entre todos los sistemas de educación, el de cargar la cabeza de una acumulación de ideas que necesaria é imprescindiblemente han de chocar y luchar, herirse y despedazarse, dando por resultado la más

desastrosa confusión y el más espantoso estrago.

Aquel mismo día, satisfecha de su penetración y sagacidad, luego que, merced á una buena comida, hubo desaparecido la importuna jaqueca, fué doña Martina á casa del doctor Ibáñez á probarle que por la mañana su cocinero no había empleado en el mercado más que la mitad del dinero dado para la compra, lo cual sabía de buena tinta, pues se lo había dicho el suyo, que hacía otro tanto, ó peor.

Volvamos, empero, á Irene, la cual, como es de presumir, sintió renovarse su confusión, cuando se halló sola con la marquesa; y para cubrirla, se dirigió á una mesa, donde, en un elegante camarín de labrada caoba, cerrado de cristales, se veía una imagen de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, de la cual era doña Matilde muy devota, y cuyo santuario, en cumplimiento de una promesa, había visitado. Ya hemos dicho que la señora madre del marqués ocupaba los aposentos del entresuelo de la casa. Ella misma los había escogido para sí después de la muerte de su esposo; y el hijo, con cariñosa solicitud, los había amueblado lujosamente, pero sin ostentación, según convenía á una mujer modesta de suyo, y tan sencilla en su vestido que jamás usaba otra cosa que el olán

blanco, si se exceptúa el traje de seda negro para alguna ocasión extraordinaria, y con el cual iba á misa.

—Esa es una preciosa imagen de talla,—dijo la buena señora, advirtiendo la atención con que Irene la miraba.—Mi hijo me la trajo á su vuelta de España. La mandó hacer en Sevilla, tratando de que se imitase, en lo posible, una Purísima que hay en aquella catedral.

—La del Montañez,—contestó Irene—; la recuerdo muy bien, así como su San Jerónimo... Parece viva... Si viera usted, señora, qué cuadros hay en aquella magnífica catedral... y en las otras iglesias de Sevilla.

—Tú eres aficionada á la pintura... Ya me ha hablado Carolina de los cuadros que pintaste en el convento.

—Mucho me gusta la pintura...¿Cómo es posible que haya quién vea con indiferencia una tela de Cano ó de Murillo? La madre superiora viendo mi afición, me recomendó, durante algunas vacaciones que pasé en Sevilla, que tomase de maestro á Bejarano, pintor sevillano de mucho mérito.

—¿Sí?... pues ven conmigo, y verás, hecha por él, una copia de la Concepción de Capuchinos.

Diciendo estas palabras, tomó doña Matilde á

Irene de la mano y la condujo á su oratorio, donde, aunque más pequeña que el original, le enseñó una valiente copia de aquella famosa composición del gran Murillo, hecha para que en el templo la rodease la vaporosa y perfumada nube del incienso de los altares, y que hoy, como flor arrancada del pensil, parece marchita en las frías paredes de un museo. Al pié de la copia, sobre una mesa chinesca de laca, y entre dos candeleros de bruñida plata con velas de blanquísima cera, veíase un Cristo de marfil, esculpido con exquisita delicadeza, y sujeto á una cruz de ébano con cabos de plata afiligranada.

Con el mayor placer examinaba Irene estas obras artísticas, haciendo resaltar sus bellezas.

—Da gusto oirte,—dijo la marquesa en extremo complacida;—yo no sé ver esas obras como tú... Siempre me han parecido muy hermosas, pero no podía explicarme de dónde viene tanta hermosura y tanto atractivo. Según he oído decir á mi hijo Diego María, y á otras muchas personas, las bellas artes están en un lastimoso atraso en nuestra tierra... ¿Cómo ha de ser?... Aquí hay una Sociedad Económica que hace mucho por la cultura del país. Diego María pertenece á ella, y es uno de los que más han contribuído al estableci-

miento de un taller de litografía en la Habana.

—He estado en él,—contestó Irene,—y los dos franceses que hacen los trabajos, me parecen buenos artistas. Mi padre me llevó allí, y me ha suscrito á las obras de Calderón que está publicando Oliva con láminas de Moreau, y á los paisajes de la isla de Cuba, de Mialhe.

—Lástima que Carolina no tenga esa afición que tienes tú á toda clase de estudios. Yo no estoy porque las mujeres dejen su carrera, que es cuidar de la casa, y usurpen las suyas á los hombres; pero eso no quita que reciban mejor instrucción. Por eso tuve empeño en que se educase Carolina en un buen colegio y que estuviese en él el tiempo necesario; pero esa niña no ama el estudio..... Nunca la veo con un libro en la mano... Algunas veces la insto para que lea siquiera por diversión... ¡Nada! toma el libro, se sienta y empiezan los bostezos... Te aseguro que esto da mucha pena á su padre... Y... ¡si fuera eso sólo!... Yo lo siento en el alma, porque de mí salió la elección del colegio... Pero no es el colegio... Bien sé yo de dónde viene todo esto, sí... aquellas tías y aquellas primas que tiene Carolina por allá... esas son las que le han trastornado el seso.

—Carolina tiene muy buen corazón,—opinó

Irene, viendo que doña Matilde se detenía, y no sabiendo qué decir.

—Sí, gracias á Dios; pero ¿qué hacemos con el buen corazón, si la cabeza no es también buena?... Dime, Irene, ¿no has notado algún cambio en Carolina de poco acá?

—Sí, señora; pero yo la veo tan de tarde en tarde...

—Ya un día te hablé de su desgraciado capricho... Fernando Arenas ha comprendido por fin las indirectas de mi hijo, y no viene á casa..... ¡Tanto mejor!... Pero cuando empezábamos á concebir la esperanza de que se evaporasen esos amores y que Carolina se inclinara á Carlos, cate usted con que Carlos sale de buenas á primeras con la de que se nos va... ¿Sientes alguna novedad, hija?

—No, señora, no es nada,—contestó Irene, cuyo corazón dió un vuelco, al dejar caer de sus labios doña Matilde aquella noticia, cuya influencia en la joven que la escuchaba, no podía la buena señora ni remotamente sospechar.

—Este cuarto está muy cerrado... ese viento del sur abrasa y levanta unas nubes de polvo... Estás pálida, Irene... vamos á la antesala, que está más resguardada.

Irene se dejó llevar; y un ansia ardiente la de-

voraba. Temblaba con el miedo de que perdiera doña Matilde el hilo de la conversación, y dejara sin explicar aquellas palabras que tan inesperadamente había echado á volar, y que eran para ella de tal importancia, que, como una descarga eléctrica, la habían conmovido toda. ¡Cruel sacrificio! ¡no poder manifestar interés, no poder hacer una pregunta, ni pedir la más ligera aclaración! ¡ver descender súbitamente el velo fúnebre de la duda, y no poder tender la mano á descorrerlo! ¿Qué misterio encerraban aquellas palabras?... ¡Partir el conde!... ¿Por qué?

Fortuna fué para Irene que la misma ansiedad que manifestaba por ella, hizo á doña Matilde andar de prisa. En un instante la colocó en una cómoda silla poltrona, y le hizo tomar un poco de agua; y tan ocupada estaba su mente de la materia que había sacado á plaza, que la interrupción no fué bastante á desviarla.

—Pues, como te iba diciendo, Carlos se nos va, y nada podría ocurrir que fuese más contrario á nuestros deseos con respecto á Carolina... ¿Qué se le habrá metido á ese muchacho en la cabeza? Me devano los sesos, y no consigo dar con la causa de ese cambio que todos hemos notado en Carlos.

Irene no decía una palabra: temía que hasta su

propio aliento pudiese interrumpir la codiciada comunicación. Doña Matilde continuó:

—De pocas semanas acá... desde las fiestas del Palmar justamente... Carlos es otro hombre. Apenas se le ve en sociedad... No hace más que ocuparse de sus negocios, cosa en que jamás había pensado... Aquí nos trajo á todos el otro día al retortero, inquiriendo y averiguando acerca de una negra... Rafaela creo que se llama... que fué su nodriza... ¡Pues poco machacó!... Nadie se acordaba de ella; y á la fuerza quería él que nos habíamos de acordar.

Irene escuchaba y callaba; y una voz le decía en lo más profundo de su corazón: «Sí... te ama todavía.»

—Y ahora,—prosiguió doña Matilde,—para completar tan misteriosa conducta, que yo, á la verdad, llevada de mi deseo, atribuía á la intención de irse disponiendo para declararse con respecto á Carolina, se nos viene con que está haciendo sus preparativos para ausentarse de la Isla... Y si le preguntamos hasta cuándo, no hay modo de sacarle otra cosa que «Eso, Dios lo sabe.»

Irene pensaba, y se decía á sí misma: «Pero si me ama, ¿por qué se va?» Y tanta era su turbación, y tal la dificultad de dominarla, que dió las

más fervientes gracias á Dios, porque en este punto se oyó, desde el descanso de la escalera, al cual, como hemos dicho al describir la casa, daba la puerta del entresuelo, la voz bien conocida y un tanto alta del doctor Ibáñez.

—Matildita, Matildita, he estado á ver al marqués un momento... Sí, ahora acaba de llegar; pero ya he concluído... Negocios de Carlos, que con ese viaje nos trae á mal traer... No quiero retirarme, sin embargo, sin saludar á usted.

Tras la voz, que así decía, fué entrando en la antesala el mismísimo don José María, con el sombrero en la mano izquierda y en la derecha el bastón de carey con puño de oro. Conocíasele que su Fígaro, el cual era un mulato, cuyas entradas y salidas en la casa de su patrono no estaban circunscritas á las horas destinadas al peine y la navaja, acababa de pulir su clásico rostro, y levantar el tupé que coronaba su bien modelada frente. Vestía todo de blanco, excepto el frac de bombasi y el alto corbatín de raso, que eran negros; y cubríanle el pié escarpines con hebillas de oro y finas medias de seda.

—¿Cómo va, Matildita? ¿cómo va?... ¡Hola! que está aquí la mortal enemiga del género humano, que nos tiene á todos suspirando en la cadena,

sin que nadie pueda gloriarse de ver cercano el día de salir del cautiverio.

—Usted siempre de buen humor, don José María,—dijo Irene riendo.

—Y tú siempre empedernida,—replicó el doctor, dando con el bastón en el suelo, como para indicar enojo; porque en verdad que con las facciones del rostro no le hubiera sido posible fingirlo.

—A José María,—observó doña Matilde,—todas las muchachas de la Habana van á ponerle pleito por su veleidad.

—Quemo mis libros, señora, quemo mis libros... ¡una hoguera!... y me rindo á discreción, atado de piés y manos... Pasando á otra cosa, yo esperaba encontrar á Carlos aquí esta mañana.

—No ha venido todavía,—contestó doña Matilde.—Y á propósito... Verdad es que ustedes los abogados la echan de diplomáticos... Pero díganos usted, si puede, qué misterio es ese del viaje de Carlos.

—No hay diplomacia que valga, Matildita... el hecho es evidente... Carlos se nos va; y cómo va á haber bailes en la Sociedad Filarmónica el próximo carnaval sin estar presente el rey de la moda y la elegancia, es más de lo que yo pudiera decir.

—Pero ¿cuál es la causa de una determinación tan repentina?—volvió á insistir doña Matilde.

—¡La causa!... yo ¿qué sé?... Será que se ha cansado de pasar la vida en la indolencia, y ser el caudillo de la moda y la galantería... Que tiene aspiraciones muy legítimas, no cabe duda; yo se lo aseguro á usted, y le aseguro también que Carlos ha de llamar la atención por sus nobles virtudes como hasta ahora la ha estado llamando por su elegancia. . ¡La causa!... ¿quién sabe?... puede ser que algunos ojos hermosos, negros, azules ó verdes, hayan producido estas mudanzas... Ello, el tiempo lo dirá.

Mientras don José María hablaba, Irene tenía fija en el suelo la mirada, como si temiese que sus ojos revelasen su secreto, y decía para sí una y más veces: «Carlos es un hombre digno, y yo le he agraviado... ¡Dios mío!» Ya no necesitaba saber más, ó, á lo menos, comprendía que ya no podría saber más. Así fué que, con más gusto todavía que la interrupción del doctor Ibáñez, recibió la del portero de la casa, el cual entró anunciando que estaba á la puerta el quitrín de la señorita con una criada que venía por ella.

—Has de volver otro día,—dijo doña Matilde despidiéndose de Irene,—porque no es justo que,

cuando vienes á pasar un rato con Carolina, te encuentres, como hoy, sin más compañía que la de su abuela.

—No, señora, no diga usted eso,—contestó Irene;—el rato que yo he pasado en la compañía de usted, ha sido para mí muy agradable.

—Te creo, hija, porque tú no puedes decir una cosa por otra; y quiero tener el gusto de que lleves un recuerdo de esta visita.

Diciendo así, doña Matilde se dirigió á un armario y sacó de él, para ponerlo en manos de Irene, un lujoso librillo de los oficios de la Semana Santa, que acababa de salir del taller de encuadernación recientemente abierto en la Habana por el famoso Alegría.

No sabía Irene cómo agradecer un regalo tan magnífico, hecho con tan buena voluntad; y, dando toda conmovida las gracias, admiraba en aquella obra del arte de la encuadernación el delicado tafilete adornado de exquisitos dibujos dorados al fuego, el corte de las hojas que parecía una plancha de oro bruñido y las cantoneras y manezuelas de plata cincelada.

Doña Matilde acompañó á Irene hasta la puerta del entresuelo, donde con un beso se despidió de ella. Don José María, con su urbana galantería,

haciendo que el sombrero, que todavía tenía en la mano derecha, fuese á acompañar al bastón en la mano izquierda, dejándola libre, la ofreció á la joven, y la condujo de esta manera por la escalera y el zaguán hasta ayudarla á entrar en el carruaje, sin cesar en su afectuoso é inofensivo galanteo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.

---

4 de Mayo de 1898.

V. M.

4 de Mayo de 1898.
V. M.


3 2044 013 564 794

